



TRISTÁN

DÉJATE LLEVAR

JENNY DEL

TRISTÁN

DÉJATE LLEVAR

JENNY DEL

Primera edición.

Tristán: Déjate llevar

Jenny Del

©Febrero, 2021

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1



Metí las cosas en el maletero y me dirigí hacia la ubicación que me habían enviado, estaba de lo más nerviosa con mi nuevo trabajo y veréis el por qué...

Tenía veintinueve años y un futuro de lo más incierto, mi madre alcohólica y no había manera de ayudarla, me había dejado la vida en ello, incluso había sacrificado mis estudios que llevé hasta el final, me saqué el bachillerato, pero ahí tuve que parar.

Mi madre vivía de la pensión que mi padre le había dejado cuando murió, además muy buena pensión, ya que él era un cirujano muy reconocido, así que nos dejó bien cubiertas.

La vida en mi casa era insostenible, no se gastaba todo el dinero en alcohol, pues la verdad que tenía una posición cómoda, pero era un desastre. Por las tardes comenzaba a beber y se acostaba como una cuba, al día siguiente no era persona hasta la hora de la comida, donde también comía bien poco y, tras ella, de nuevo a su vaso de whisky a palo seco.

Yo me encargaba de la casa, de la compra, de todo, incluso de ella, intenté de mil formas que saliera de ese túnel en el que estaba metida, pero nada.

Para colmo se había echado un novio que, aunque no bebía como ella, no aguantaba a los dos en el salón por las tardes entre charlas de lo más absurdas. No sé cómo ese hombre no hacía por sacarla de esos malos hábitos que se la iban a llevar por delante cualquier día.

Con la llegada de Manuel, su novio, comencé a trabajar limpiando casas, cuidando niños, todo lo que me salía con tal de salir de ese lugar en el que se me caía el techo encima.

El trabajo me lo conseguía una empresa de trabajo temporal, esa que, tras un año conociendo mi seriedad a la hora de trabajar y el impecable grado de satisfacción que ocasionaba en los que me requerían, no dudaron en ofrecerme este nuevo empleo al que estaba a punto de llegar.

Mi nuevo empleo consistía en estar durante un año de interna en una casa a las afueras de Salamanca, en una casa de lujo ubicada en plena sierra en medio de un terreno. Mi jefe sería el señor Tristán, un arquitecto de treinta y nueve años que vivía con su hijo Fidel, de cuatro, solo los dos, así que mi trabajo sería encargarme del niño a tiempo completo, desde que se levantara hasta que lo acostara por la noche.

Durante ese tiempo intentaría ahorrar al máximo para poder alquilar un apartamento y conseguir un empleo rápido con el que mantenerme, todo menos volver a la casa que me estaba matando en vida.

Manuel, el novio de mi madre, era funcionario en el ayuntamiento, divorciado con cuatro hijos que ya vivían independientes, él se había encaprichado con mi madre y ahí estaba, bailándole todas las aguas, al menos le hacía compañía, pero vamos me daba mucha rabia que él, que entre semana no bebía, no fuera capaz de sacarla de ese vicio.

Mi coche llevaba cuatro años conmigo, pero cuando lo compré tenía ocho, así que ya estaba un

poco a falta de todo, pero bueno, me llevaba y me traía, me lo regaló mi madre unos Reyes.

Quince minutos después llegué ante aquella imponente casa, vamos que se notaba que era arquitecto y que estaba diseñada por él.

Una casa donde la planta de arriba salía en ala de la de abajo, todo en cristal, pero no se veía hacia dentro, era rectangular, mirando hacia fuera, pero claro, ya no veía más, pero arriba de esa ala había otra planta más pequeña, esta de madera con ventanas abuhardilladas.

Llamé al timbre de la puerta principal y, tras identificarme a una señora muy simpática a través del portero automático, se abrieron las puertas.

Dios si flipé con lo que tenía ante mí...

Toda la parte de abajo estaba acristalada, pero esta vez sí se veía y entre medias, separando habitáculos, unas tiras anchas de madera de árbol en relieve, tal cual, alucinante, se veía el salón, y la cocina donde una mujer miraba hacia mi coche.

Había un camino por el que ir hasta la izquierda donde había unos aparcamientos techados y divididos, así que en uno de los huecos aparqué, solo había dos coches y por lo menos veinte plazas.

Esa entrada a la casa era espectacular, nada hacía presagiar que dentro de esos muros había ese impresionante jardín que tenía de todo. Ni en las mejores novelas que veía en la tele salía una casa así.

En esta zona de la izquierda, el aparcamiento estaba techado en ladrillos toscos, era una maravilla como todo a lo que alcanzaba mi vista.

Al otro lado había una piscina en forma de lago, con dos palmeras que a la vez hacían de mesas altas y entre ellas una tabla de madera uniéndolas.

Detrás de la piscina y pegado al muro, un techo gigante con sus pilares de madera y debajo una mesa para unas doce personas, con bancas alargadas, por supuesto todo en madera, además un billar, minibar, unas mesas individuales y fuera del techado una barbacoa impresionante con un diseño de lo más moderno, como todo lo que ahí resaltaba.

Balancines, camas tipo balinesas... Aquello parecía el exterior de un resort, madre mía la de dinero que había ahí invertido, todo el que yo no ganaría en la vida.

Tiré de mis dos maletas por el caminito de madera hasta la entrada de la casa, de donde salió la mujer que debía de ser la que estaba en la cocina, una señora de unos cincuenta años.

—Hola, Jimena —sonrió cogiendo una de las dos maletas, me había gustado que me llamara por mi nombre—. Me llamo Rosalía, y soy la mujer de la limpieza y cocina.

—Hola, Rosalía, gracias —sonreí siguiéndola.

—El señor y su hijo no están, salieron a hacer unas compras.

—Vale —murmuré sonriendo mientras la seguía por aquellas zonas que me dejaban perpleja, y es que toda la parte baja era un salón enorme, pero de lo más impecable, la cocina, que era igual de impresionante, y un baño que vi desde fuera al pasar, ya que estaba abierto, pero era impresionante también.

Al fondo a la izquierda estaba la escalera, pero es que había una puerta que daba al jardín trasero donde vi una mesa en el porche con sus buenos sillones, una piscina para niños, un parque de madera para el pequeño y una tienda grande de camping con dibujitos, se veía que esa zona era para el disfrute de su hijo.

Subimos y en esa planta había cuatro puertas, una estaba abierta y pude ver que era la del niño, una habitación impresionante con su baño privado según me iba explicando ella. La siguiente era la de Rosalía, me quedé impactada cuando la abrió y vi aquella preciosidad todo hecho con

troncos de árboles y a la que no le faltaba detalle, con un baño precioso, era para morir de amor.

Mi cuarto era igual, estaba en frente, impecable, olía a nuevo, la cama gigante con ese edredón blanco y en alto, impresionante armario, mesitas de noche, cómoda y el baño igual que el de Rosalía.

—La habitación de al lado es la de invitados, pero vamos, que aquí no viene ni Dios —murmuró sonriendo—. La buhardilla de arriba es del señor, quizás algún día, si le coge de buen humor, te la enseñe.

—¿Suele estar de malhumor?

—No es malhumor, es seriedad, no se ríe ni con las cosas del niño —volteó los ojos—, pero es buena persona, si necesitas algo él te lo facilita todo.

—Menos mal, ya lo que me faltaba, serio y capullo —le causé una carcajada y sí, yo era muy payasa.

—Bueno, te dejo que coloques todo y te espero en la cocina para prepararte un té frío, que te va a dejar como nueva.

—Me encantan todos los tipos de té.

—Pues verás los que yo hago —me hizo un guiño antes de salir y cerrar la puerta.

En ese momento me di cuenta de algo, las ventanas daban a los laterales, no podías ver ni adelante ni hacia atrás de la casa, cosa que la hacía de lo más íntima, sí señor, ese hombre pensaba con la cabeza.

Coloqué toda mi ropa y mis objetos personales, quería dejarlo todo listo antes de bajar, no sabía cómo se me iba a dar ese primer día.

Me llegó un mensaje de Desiré, mi mejor amiga, preguntando qué tal había llegado. Ni que me hubiera ido en coche a Groenlandia, vamos, pero así era ella, exageradita a más no poder.

A ver, diré que la entendía, y es que un accidente de coche fue lo que le quitó al amor de su vida hacía ya diez años.

—Hola, cosa guapa —me dio como saludo al contestar a mi llamada. Para qué escribirla, cuando sabía que se quedaba más tranquila si me escuchaba la voz.

—Pues muy bien, Groenlandia no está tan lejos de mi casa, después de todo.

—¿Qué dices de Groenlandia, loca?

—Nada, hija, pero como te has preocupado por un viaje de quince minutos en coche, pues...

—Para matarte, chocho, de verdad que sí. ¿Ya has conocido a tus jefes?

—Jefe, solo es uno, el padre del niño.

—Pues por eso, boba, jefes, que el chiquillo también será un jefecillo.

—No están, la mujer que se encarga de la limpieza y de cocinar me ha dicho que han salido.

—Vamos, que me quedo sin saber cómo es él.

—¿En qué lugar se enamoró de ti...? —canté, y es que, si algo teníamos Desiré y yo, es que nos veníamos arriba enseguida cuando alguna decía una frase que nos recordara a una canción.

—Pregúntale, ¿a qué dedica el tiempo libre? Y luego me lo cuentas —solté una carcajada, y ella aún más fuerte.

—A ver, que he venido a trabajar, a encargarme del niño, no a ser tu reportera particular, que no soy periodista, hija mía. Si es que, tienes unas cosas...

—Vaya por Dios, y yo que quería que me contaras chismes de prensa rosa.

—Desiré, eso para tus clases de zumba.

—¡Por cierto! “La plásticos” le está tirando los trastos al monitor de spinning.

Sí, “la plásticos”, así llamaba ella a una de las habituales en el gimnasio donde ella trabajaba.

Y es que esa mujer no parecía de verdad, tenía silicona, Botox y a saber qué más, en todas las partes posibles del cuerpo. Si hasta la piel le brillaba como si fueran las piernas flexibles de una Barbie.

—Pues con bueno a ido a dar, que a ese no hace falta que lo animen mucho —Leo, el monitor al que se refería, era un hombre de treinta y seis años de esos que ves y crees que es modelo de ropa, guapete, atractivo, muy simpático y... un pica flor de tres pares de narices.

—Te digo yo que en una semana están liados.

—Pues igual.

—Bueno, cuenta. ¿Qué tal tu nueva residencia?

—Una pasada, Desi, una pasada.

Le conté con detalle lo que me había encontrado al llegar, ella tampoco salía de su asombro y me pidió que le enviara alguna foto de la parte de la piscina, le prometí que ya lo haría.

Charlamos un poco más y pensé que debía llamar a mi madre, al menos que supiera que había llegado a mi nuevo empleo y que se quedara tranquila, que me iban a tratar bien.

—¿Diga? —Dormida, así la había pillado, y no me extrañaba.

—Mamá, soy yo —como si tuviera más hijos...

—¿Jimena? ¿Por qué me llamas? ¿No estás en casa? —Ni me sorprendía por esa reacción, si lo raro es que recordara mi nombre a esas horas.

—No, mamá, ya estoy en el nuevo trabajo.

Los segundos de silencio que pasaron al otro lado de la línea, me hicieron pensar que se había cortado la llamada, pero no, ahí seguían corriendo los segundos en la pantalla de mi móvil.

—¿Mamá? —pregunté, por si se había vuelto a dormir.

—Sí, sí, tu nuevo trabajo... ¿Has llegado bien?

—Perfectamente.

—Vale, ya sabes que hay que conducir con cuidado.

—Lo sé.

—Entonces, ¿todo bien?

—Por el momento, sí. La mujer que trabaja aquí es muy agradable y simpática.

—Me alegro, me alegro.

—Sí, yo también. Bueno, te dejo. Cuídate, ¿vale?

—Y tú. Adiós, hija.

Ni tiempo me dio a decirle adiós, cuando ya había colgado.

No es que hubiera traído conmigo muchas cosas personales, pero no podían faltarme unas fotos con mis padres, de pequeña en aquellos buenos tiempos donde mi madre siempre estaba sobria y sonriente, y de un año antes de que mi padre nos dejara.

En esa en concreto estábamos solo nosotros dos y, mientras que yo miraba a la cámara sonriente, él me miraba con un amor, que era imposible que no me encantara esa instantánea que con tanto cariño guardaba.

Las puse en el comodín donde había guardado mi ropa interior, camisetas y pijamas, y fui a colocar los productos de aseo en el cuarto de baño.

Terminé y salí de mi habitación, esa que ocuparía los próximos doce meses, y no pude evitar entrar en la de Fidel.

No es que fuera una cotilla, pero quería familiarizarme un poquito con su entorno.

Había varias fotos y me sacó más de una sonrisa al ver una suya y lo feliz que se le veía. Era para comérselo.

Algunos muñecos, una estantería con cuentos y coches de juguete, una maqueta a medio terminar de un barco que, supuse, estaría haciendo con su padre.

Y lo ordenada que estaba, era increíble. Se notaba que, a pesar de su corta edad, entre su padre y Rosalía, le tenían muy bien educado.

Ya iba a salir de allí cuando me fijé en una foto en la que estaban él y Tristán. Me recordó tanto a la mía con mi padre, que la cogí entre mis manos.

Feliz, así estaba ese niño en brazos de su padre.

Y Tristán... no es que fuera una sonrisa de lo más amplia, pero se veía en la mirada que le dedicaba a Fidel, que era su tesoro máspreciado.

Dejé de nuevo la foto y salí de la habitación, ya tendría tiempo de pasar allí largos ratos con ese niño, de amplia y dulce sonrisa, al que tantas ganas tenía de conocer.

Capítulo 2



Llegué a la cocina y Rosalía no tardó en darme el té.

—Estoy haciendo una ensaladilla rusa y unos filetes empanados rellenos de jamón serrano y queso. ¿Te gustan?

—Me encantan, y la ensaladilla me vuelve loca —sonreí— De todas formas, tengo un buen estómago, no le hago ascos a nada.

—Al pequeño Fidel le vuelven loco estos filetes y cada cierto tiempo me lo recuerda para que se los haga. Te vas a enamorar de él, yo lo mimo mucho a escondidas —sonrió.

—¿Y por qué a escondidas?

—Bueno, el padre es un poco especial, aunque no escatima en el niño y le permite sus cositas, pero claro, es más estricto con no abusar de ciertas comidas, de no hacer ciertas cosas y, bueno, a sus ojos se lo respeto, pero por detrás le tengo a mi niño alguna chuche para darle a escondidas.

—Me lo imagino —reí.

—Tristán es muy especial para muchas cosas, ya lo verás, a la hora de la comida los platos se sirven mejor presentados que en los restaurantes de lujo —reía—. Todo tiene que estar colocado perfecto, es un obsesivo del orden.

—Vaya, ¿tiene algo bueno?

—Sí claro, es como te dije, generoso y predispuesto a ayudar ante algo que necesites.

—Menos mal, de lo contrario, vaya joyita —me reía.

—Es padre soltero, tuvo a Fidel de un vientre de alquiler y es un hombre solitario, no sé nada de su familia, amistades, nada, por aquí solo viene el repartidor o el cartero. Yo creo que es gay —murmuró.

—Puede ser, cualquier día sorprenderá con su pareja.

—Me extraña, no sale mucho, vive aquí, en su buhardilla tiene su despacho desde donde trabaja, va a reuniones y poco más, aunque hoy el Internet lo hace todo.

—Por eso.

—Ahí llegan —miré hacia fuera, donde se veía todo en amplitud, cosa que desde fuera hacia dentro no se veía nada.

Y se bajaron del coche, ese precioso niño que parecía alemán como su padre, un hombre alto, atlético, con un polito blanco, un pantalón corto vaquero y unas deportivas. Se le veía un hombre de esos de películas americanas, guapísimo, pelo rubio como con mechas castañas, pero natural, con la raya hacia un lado, con un corte moderno y perfecto.

Dejé de mirar cuando se iban acercando y esperé a que entraran, el pequeño Fidel no tardó en llegar con una pistola de agua en la mano para enseñársela a Rosalía, pero, al verme, se le cambió la risa a tímida y era para comérselo.

—Fidel, saluda a Jimena —le dijo Rosalía—, ella es la chica que ha venido a estar contigo.

—Hola —esa vocecita, tímida y casi en un susurró, acompañada de un leve movimiento de mano mientras se escondía detrás de la mujer a la que conocía.

—Hola, Fidel. Eres un niño muy guapo y, además, más alto de lo que pensaba. ¿Seguro que tienes cuatro años? —pregunté, llevándome la mano a la barbilla, dándome leves toquecitos con el dedo.

—Sí.

—Pues habría asegurado que tenías al menos seis.

—¡No! —rio, y aproveché su buena predisposición para ponerme en cuclillas delante de él.

—Encantada de conocerte —le tendí la mano y él la estrechó— ¡Vaya! Qué pistola más chula. Si llego a saber que ibas a tener una, me habría comprado yo otra de camino.

—¿Te gustan las pistolas de agua?

—¡Me encantan! De pequeña solía jugar con mi amiga.

—Yo tengo otra en mi cuarto de juegos, te la puedo dejar para que hagamos guerra de agua —dijo, saliendo de detrás de Rosalía.

—Eso sería muy divertido.

—Fidel, ve a lavarte las manos, hijo —miré a Tristán, mi jefe, que tenía los ojos fijos en mí, ni siquiera sonreía.

—Vale, papá.

—Vamos, mi niño, que te acompañe —Rosalía le cogió de la mano y, cuando pasó por mi lado con el pequeño, me puse en pie.

—Al menos le has gustado —me giré al escucharlo hablar y vi que se servía un vaso de té.

—Me alegro.

—Así que, Jimena, ¿cierto? —dio un trago al vaso mientras me miraba.

Esos ojos escondían algo, estaba segura. Tras ese azul oscuro de sus iris, había algo que no contaba, o no quería contar.

—Así es.

—¿Te has instalado ya en tu habitación?

—Sí, ya tengo mis cosas allí.

—Espero que sea de tu agrado, si hay algo que quieras cambiar o, cualquier cosa que necesites, no dudes en decírmelo.

—Gracias —sonreí—, pero es perfecta tal y como está.

—Bien.

Se quedó callado unos minutos, mirando por la ventana, con el vaso de té en la mano. Yo me bebí el mío y, cuando acabé, lo lavé para dejarlo en su sitio.

—De esas cosas se encarga Rosalía, no es necesario que lo hagas tú.

—Bueno, soy así, si ensucio algo, lo lavo, no se me van a caer las manos a cachos por hacerlo.

—¿Tienes claras tus tareas en la casa? —preguntó y, cuando fue a dejar el vaso en el fregadero, se lo quité de la mano para lavarlo.

Me miró arqueando la ceja y yo me encogí de hombros.

—Lo siento, pero me gusta ver todo recogido, soy un poquito quisquillosa con el orden. Y eso, por lo que me había contado Rosalía, era lo que tenía en común con mi jefe.

—Es bueno saberlo. ¿Entonces?

—Entonces, ¿qué? —contesté, guardando su vaso.

—Tus tareas, ¿están claras?

—Como el agua. Levantar a Fidel, ayudarlo a afeitarse, vestirse, desayunar con él, atenderlo, jugar, hacer las tareas que tenga que hacer... Encargarme de que coma, meriende, cene y se acueste a su hora.

—Veo que eres aplicada, además de ordenada.

—Me gusta ser responsable en mi trabajo.

—Sí, eso me dijeron en la empresa que te envió.

—Puedo preguntar, ¿cuántas no cumplían con los requisitos?

—Cinco currículums antes que el tuyo.

Pues sí que iba a tener razón Rosalía, y ese hombre era de lo más peculiar.

Vale que no quiera poner a su hijo en manos de cualquiera, pero, a ver, imagino que no todas las candidatas serían malas, no sé.

Igual había alguna del estilo de Hortensia, mi profesora de primaria en el colegio, que esa mujer parecía una bruja de cuento.

Era ya mayor y de lo más estricta, a veces daba miedo.

—Papá, ya tengo las manos limpias —Fidel entró en la cocina, seguido de Rosalía, y Tristán le cogió en brazos.

—¿Está la comida lista? —preguntó mirándola.

—Sí, ahora mismo pongo la mesa y la sirvo.

—Te ayudo —me ofrecí.

Tristán y Fidel se fueron al salón mientras nosotras preparábamos todo. La mujer no dejaba de decirme que el niño, a pesar de su timidez del inicio, le había dicho que estaba deseando salir conmigo al jardín para jugar con las pistolas de agua.

—Es un niño muy cariñoso —dijo mientras servía la comida—, ya verás cuando le conozcas más.

—Sé le ve, además de lo bien educado que está.

—Como te dije, Tristán es muy estricto. De todos modos, se le cae la baba con ese niño.

—No me extraña —sonreí.

Terminamos de servir la comida y me pidió que fuera al salón a avisarles, en cuanto Fidel se levantó del sofá, me cogió de la mano para ir conmigo a la cocina.

Tristán nos observaba con los ojos muy abiertos, como sorprendido de que su hijo reaccionara así.

Nos sentamos a la mesa, los cuatro juntos, y me sorprendió que, para ser tan pequeño, Fidel se manejaba muy bien comiendo solo, únicamente tuve que cortarle en trozos no muy grandes los filetes, ya que los cuchillos, a su edad, cuanto más lejos mejor.

—Y ahora, la siesta —dije cuando acabamos, cogiendo la mano de Fidel.

—Adiós, papá —agitó su manita y después se despidió de Rosalía.

Entramos en su habitación y me la enseñó entera, yo me hice la sorprendida con todo, por supuesto, no iba a decirle que Rosalía me la había mostrado y que yo entré allí sola.

—¿Cuál es tu cuento favorito? —pregunté cuando se metió en la cama.

—Me gustan todos —se encogió de hombros, riendo mientras se tapaba la boca.

—¡Vaya! Y, ¿te gusta que te lean por la noche?

—¡Sí! Rosalía lee muy bien.

—Bueno, a partir de ahora lo haré yo.

—Vale.

—Venga, a dormir, granujilla.

—Jimena —me llamó cuando estaba llegando a la puerta.
—Dime.
—Tú... ¿tienes mamá?
—Sí.
—¿Te leía cuentos cuando eras pequeña?
—Sí, muchas veces, pero otras me los leía mi papá.
—¿Tienes mamá y papá? —Me miró con los ojos muy abiertos.
—No, ya solo tengo mamá. Mi papá se fue al cielo hace tiempo.
—¡Oh! —Hizo un puchero, que me dieron ganas de abrazarlo, así que volví a la cama y me tumbé a su lado— ¿Le echas de menos? —Se giró, apoyando las manos en la almohada, mirándome, y yo hice lo mismo.
—Mucho.
—¿Tienes hermanitos?
—No, cariño, no tengo.
—Yo tampoco —volvió a encogerse de hombros.
—Bueno, algún día puede que sí los tengas.
—¿Y tú?
—¡No! Mi mamá ya es muy mayor para que pueda darme hermanitos.
Se quedó mirándome un buen rato, como si estuviera pensando algo, y, entonces, volvió a hablar.
—¿Te gustaría ser mi hermanita mayor?
—¿Quieres que lo sea? —contesté.
—Sí, porque, los hermanitos juegan con las pistolas de agua, y a la pelota, y tú vas a jugar conmigo, ¿verdad?
—Claro que sí.
—Pues quiero que seas mi hermanita.
—Muy bien, hermanito —de nuevo esa risa, tapándose la boca—. Anda, duerme un poco que si se entera tu papá que estamos aquí los dos de cháchara... nos riñe —murmuré.
Cuando salí y cerré la puerta me di de bruces con Tristán, pero así, literalmente, y es que estaba apoyado en la pared junto a la puerta.
—¡Dios, qué susto! —Me llevé la mano al pecho cuando me aparté.
—Lo siento, no pretendía asustarte.
—No, estabas cotilleando una conversación privada, jefe —Arqué la ceja y él casi, casi, sonríe.
—Es mi casa, y yo no cotilleo, me preocupo por mi hijo.
—Muy bien, así me gusta, todo un padrazo.
—El primer día, y te quiere como hermana, si no lo hubiera escuchado, no lo creería.
—Bueno, digamos que se me dan bien los niños.
—Ya veo...
Y ahí seguía él, apoyado en la pared, con los brazos cruzados, mirándome tan fijamente que me estaba poniendo nerviosa. Vamos, a mis años y nerviosa delante de un hombre, pero, claro, qué hombre.
—Voy a trabajar —dijo al fin.
—Si necesitas algo, me avisas. Ahora que estoy yo también, no tienes que cargar a Rosalía con todo.

—Cada una tenéis vuestras tareas.

—Sí, pero yo soy de ayudar mucho así que ni se te ocurra prohibírmelo —le señalé con el dedo. Que igual me había pasado, pero es que yo era así, y me salía serlo.

—Vale, ayuda a Rosalía en lo que necesite, sé que le vendrá bien.

—Perfecto entonces. Que vaya bien el trabajo —sonreí y me fui a la cocina para prepararme un café.

Rosalía estaba liada ya con las cosas de la cena, así que me salí al jardín a tomármelo tranquilamente.

Un mensaje de Desiré preguntando si ya había conocido a mis jefes me hizo reír, le contesté que sí, que los dos eran casi como gotas de agua y que el niño era un amor.

Charlamos un rato por mensaje, hasta que ella se despidió porque tenía que salir para ir al gimnasio.

Ya me pasaría algún día por sus clases de zumba, esas que, hasta ahora, habíamos dado las dos solas en su casa o en la mía.

Entré en la casa, lavé mi vaso del café y subí a la habitación de Fidel, que seguía dormido, así que me fui a la mía, donde me quedé mirando por la ventana todo cuanto me alcanzaba la vista.

Capítulo 3



Escuché ruido en la habitación de Fidel y supe que se había levantado. Fui a ella y ahí estaba el pequeñajo, sentado en la cama frotándose los ojos.

—¿Qué tal ha dormido mi hermanito pequeño?

—¡Jimena! —Se puso en pie y vino a mí corriendo, lanzándose a mis brazos—. Creí que había soñado que estabas en casa.

—Pues ya ves que no —contesté dándole un toqucito en la nariz—. Venga, a bañarse que Rosalía tendrá la cena lista dentro de nada.

Arreglé la cama, preparamos su ropa, que dejamos sobre ella, y entramos en el cuarto de baño. Mientras el agua cogía temperatura, Fidel se desvistió y cogió un patito de goma.

—Siempre me baño con él —sonrió.

—Eso está bien. ¿Cómo se llama?

—Patito.

—Bonito nombre —sonreí.

Me encantaba la inocencia de los niños a esas edades, cuando todo lo que veían les llamaba la atención, aprendían cosas nuevas y se alegraban como si hubieran conseguido resolver el problema más complicado del mundo.

Entre risas e historias con sus amiguitos del colegio, le bañamos. La verdad es que era un niño de lo más bueno, cariñoso y tranquilo.

Cubierto por la toalla, le cogí en brazos y, cuando salimos a secarlo en la habitación, encontramos a Tristán sentado en la cama, algo que me resultó chocante, la verdad.

—Ya me he bañado, papi —dijo cuando le puse de pie junto a la cama y le iba secando con la toalla.

—Muy bien.

Para mi sorpresa, Tristán ayudó a Fidel a ponerse el pijama mientras yo recogía las cosas del baño.

Al regresar con ellos, el niño me dio a mí la mano, cosa que su padre nos miró arqueando la ceja y yo me encogí de hombros. De nuevo ese ligero amago de sonrisa, pero que no llegaba.

Bajamos a la cocina donde Rosalía ya nos esperaba con la cena lista y estaba a punto de poner la mesa, senté a Fidel en su sitio, al lado de Tristán, y la ayudé.

Olía de maravilla, y es que había preparado canelones de atún.

—Están riquísimos —dije tras unos bocados.

—Me alegro que te gusten, hija —sonrió.

—Ya te dije que no soy quisquillosa con la comida.

Tristán seguía serio, mientras que Fidel contaba sus cosas con una amplia sonrisa.

No sabía qué le pasaba a ese hombre, pero si yo tuviera un hijo como el suyo, tendría siempre una sonrisa en los labios.

Ese niño era la alegría de la casa, de eso no me cabía ninguna duda.

—Jimena, ¿podremos pasar algún día la mañana en la piscina? —me preguntó mientras jugueteaba con el tenedor en el plato, donde aún tenía comida, pero sabía que no quería comer más.

—Claro, podemos hacer un picnic.

—¡Sí! ¿Has oído, papi? Vamos a hacer un picnic de hermanitos en la piscina.

—Fidel, deja de jugar con la comida —se lo dijo tan serio, con el ceño fruncido, que hasta a mí me impuso.

—Lo siento —miré al niño, que estaba a punto de llorar, y le dije, sin hablar, que no pasaba nada.

—No puedo más, Rosalía —miré a la mujer, que entendía lo que le pasaba al niño, y me sonrió.

—Entonces no comas, hija, no te vaya a sentar mal y te pongas mala.

—Yo... —Fidel miró a su padre, que seguía serio— Tampoco puedo más.

—Pues nos vamos a la cama, ¿quieres? —dije, y él asintió mirando de reojo a su padre.

Me levanté, recogí nuestros platos y vasos para después coger al pequeño de la mano, que se despidió de Rosalía y su padre con un beso.

Cuando llegamos a la habitación y se metió en la cama, me pidió que le leyera un cuento, así que fui a la estantería a por uno de los muchos que tenía.

—El caballero y el dragón. Este tiene buena pinta —dije girándome, y él sonrió.

—Tumbate conmigo —dijo haciéndome un hueco en la cama.

Me apoyé en el respaldo y él se recostó en mis piernas, mirándome, y empecé a leer.

—*Erase una vez, un reino muy lejano, en el que vivía un valiente caballero que tuvo que enfrentarse al dragón que habitaba en una de sus muchas cuevas.*

Mientras leía, le acariciaba la cabeza a Fidel, jugueteando con su cabello. Me gustaban mucho los niños, de siempre, y el poder trabajar con ellos para mí era una bendición.

Los padres decían que yo les enseñaba muchas cosas a ellos, pero la realidad es que yo también aprendía cada día algo estando con esas personitas.

Fidel no me quitaba ojo, incluso reía cuando me escuchaba ponerle voz al dragón, o al caballero, incluso a la reina, quien le pedía a su hijo que tuviera mucho cuidado.

Y entonces se quedó dormido, cerré el cuento, que dejé en la mesita de noche, cogí a Fidel en brazos y lo acosté bien, le besé la frente, guardé el cuento y salí de la habitación.

Aún era temprano, así que bajé a la cocina, allí encontré a Rosalía terminando de recoger las cosas de la cena.

—¿Ya se ha dormido?

—Sí, es un angelito.

—Desde luego, y más bueno que todas las cosas. Tristán le quiere mucho, pero a veces...

—Ya, ya he visto que es algo estricto.

La ayudé para que terminara antes y pudiera retirarse a descansar cuando quisiera, y me quedé para prepararme un té, solía tomarlo antes de acostarme para dormir mejor, que había días que no conseguía conciliar el sueño.

Me salí fuera, al porche, a tomarlo, y es que la noche veraniega y la calma que envolvía la casa invitaba a ello.

Estuve un rato escribiéndome con Desiré, le dije que ya la llamaría para ir un día con ella al

gimnasio y me pidió que saliéramos algún sábado a cenar y tomar algo.

Desde luego que si podía iba a hacerlo, esas noches con ella me daban la vida y es que la muy loca, aunque nunca olvidaría al hombre que tanto quiso, ligoteaba con sus amigos, pero sin llegar a nada con ninguno.

Aseguraba que se quedaba así, sola para siempre, porque no encontraría a nadie como su querido Ángel, pero yo sabía que tarde o temprano llegaría el que le tocara el corazón para quedarse a su lado siempre.

Me fui a la cama después de esa charla, me acosté y, por más que intenté, con conseguí coger el sueño, era imposible.

La casa estaba bien climatizada, pero el calor a mí se me pegaba al cuerpo de una manera en esa época del año, que no había manera de refrescarme ni con una ducha.

Así que, ni corta ni perezosa, siendo la una de la madrugada y con más vuelta en el cuerpo que un coche de carreras, me bajé a la piscina.

Sí, así, con mi camiseta de dormir y en ropa interior, ni el bikini me molesté en ponerme, total, a esas horas en la casa ya estaban todos durmiendo.

Me quité la camiseta, que dejé caer al suelo, y me zambullí en el agua. Estaba algo fresca, cosa que agradecí enormemente a ver si conseguía quitarme el calor.

Unos largos, unos anchos, zambullidas y el cuerpo agotado, así acabé después de lo que supuse fue una hora en remojo, como si fuera un garbanzo.

Cuando salí a flote, la figura de Tristán me hizo sobresaltarme.

—¿Te he despertado? —pregunté, y él negó.

—Estaba trabajando, escuché ruido y bajé a ver.

Llevaba un pantalón de pijama de esos finos, una camiseta de tirantes y estaba descalzo. Qué brazos tenía, y esos pectorales... Con el polo que llevaba cuando le conocí apenas me fijé en esas cosas.

—Lo siento, no podía dormir, el calor a veces no me deja.

—Entiendo...

Y ahí, más muerta de vergüenza que todas las cosas, pedía a Dios y todos los santos que me estuvieran escuchando que ese hombre se marchara, porque vale que me pudiera ver en bikini alguna vez, pero en ropa interior... como que no.

—¿No trajiste toalla? —preguntó, y en ese momento caí en qué no, no tenía toalla para secarme. Mira qué bien.

—No.

—Espera, hay en esa caseta de allí —señaló a la izquierda de la piscina y fue para allá, regresando con una toalla de lo más amplia que extendió para que saliera.

Le vi cerrar los ojos, así que salí tan rápido como pude y me la coloqué para secarme un poco.

—Espero que no te importe que haya bajado.

—No, tranquila. Siempre que lo necesites, puedes hacerlo.

—Gracias.

—Me voy a la cama, buenas noches, Jimena.

—Buenas noches, Tristán.

Lo vi alejarse, caminando con las manos en los bolsillos, y una seguridad impresionante. Se notaba que era un hombre de negocios, aunque trabajara en casa y tuviera menos vida social que un muñeco de peluche, pero él sabía bien mantener su actitud ante los demás.

Cogí la camiseta y, aún con la toalla sobre mi cuerpo, regresé a la casa y fui a mi habitación, me

cambié de ropa, me metí en la cama y no volví a dar más vueltas, caí dormida casi de inmediato.

Si es que no había nada como agotar un poco al cuerpo antes de irse a dormir, para descansar un poco mejor.

Capítulo 4



Sábado, el día que más me gustaba para salir un rato con mi amiga y despejarme, pero no, ahora me esperaba un año por delante en esta casa y sin salir de fiesta, así que... ¡Aponerme las pilas!

Me asomé al cuarto de Fidel, que estaba en su cama jugando con unos dinosaurios.

—Buenos días, preciosidad. ¿Qué tal dormiste?

—Buenos días, Jimena —sonrió mirándome con esa carita que daban ganas de comérsela.

—¿Nos vamos a desayunar?

—Vale —se levantó y se puso de pie sobre la cama con esa preciosa sonrisa.

—¡Volando vamos! —dije cogiéndolo en brazos y saliendo del cuarto.

En ese momento nos topamos con Tristán, que bajaba a desayunar.

—Buenos días —sonreí con el niño en brazos.

—Buenos días, Jimena —le hizo un guiño al pequeño, pero sin sonreír, que ese hombre era más serio que el médico de cabecera de mi madre, y eso era mucho decir.

—Toca desayunar —sonreí.

—Está todo preparado en el porche trasero.

—Genial, al aire libre, me encanta —sonreí mirando al pequeño que me miraba con esa sonrisa permanente.

Saludé a Rosalía, que ya nos tenía todo preparado fuera, el pequeño cogió su vaso y no tardó en beberse, casi no nos había dado tiempo a sentarnos, cuando el padre lo miró arqueando una ceja.

—No me gusta que bebas así de rápido, estás con los nervios de irte a jugar.

—Papi, tenía muchas ganas de beber.

—Bueno, ahora te comes el pan tranquilito —intermedié para intentar quitar hierro al asunto.

Fidel sonrió, cogió la tostada y empezó a comer sin prisa, cosa que me alegraba porque al menos me iba a hacer caso.

Tristán no quitaba ojo al niño, como esperando que volviera a hacer alguna cosa que a él no le pareciera correcta y así reñirle de nuevo.

Cuando acabé, me puse en pie para recoger lo mío y lo del niño, que no tardó en levantarse conmigo.

—Jimena, ¿vienes a la piscina un ratito? —me preguntó, y cuando asentí, sonrió.

—Pero antes, dejo esto y subo a cambiarme.

—Vale.

Eso hice, ir a la cocina a dejar las cosas y, con Fidel siguiéndome, fui a la habitación para ponerme el bikini, le dije que me esperara en la suya y cuando entré ya estaba él con su bañador puesto.

—Te voy a dar crema protectora, ¿de acuerdo? —dije cogiendo el bote que había visto la noche anterior en el cuarto de baño.

Y así, cogidos de la mano y listos para una mañana de piscina, bajamos y nos cruzamos con Tristán, que me echó una mirada de arriba abajo que me puse hasta nerviosa.

Pero claro, es que me había olvidado de ponerme una camiseta, vestido o cualquier otra cosa, y solo llevaba el bikini.

—Ten cuidado, Fidel —le pidió a su hijo, que asintió con una sonrisa.

Pasó por mi lado y se fue a la buhardilla a trabajar.

El pequeño y yo salimos a la piscina que había solo para él, apenas cubría, pero me pude meter sin problemas.

—¿Sabes nadar? —le pregunté cuando le puse los manguitos.

—Sí, no muy bien pero sí. Me enseñó mi papi.

—Bueno, pues vamos a seguir practicando, ¿quieres?

—¡Sí!

Era un amor, ese niño era un amor. Me comía a besos, me abrazaba y no quería soltarme. Nadamos juntos, jugamos a la pelota, salimos a secarnos y tomar un zumo con pastas que nos sacó Rosalía a media mañana, y volvimos al agua para que siguiera aprendiendo a nadar.

—¡Muy bien! Ya vas tú solo —dije cuando iba por media piscina.

Cuando llegó al borde, se agarró y al girarse y ver que yo estaba en el otro extremo, empezó a reír y dar palmadas.

—¿Todo bien? —Ahí estaba míster alegría de la casa.

Qué serio estaba siempre, de verdad, no podía entenderlo, con el niño tan adorable que tenía en la casa, y él siempre con un palo metido por el culo.

—¡Ya he nadado solo, papi! —contestó feliz.

—¿Le has dejado solo?

—No, no me he movido de aquí. Simplemente le he dejado libertad de movimiento hasta llegar al otro extremo —le respondí caminando por la piscina hasta llegar a Fidel.

—Eso es una irresponsabilidad.

—Perdón, señor —me puse en plan empleada, y además con mi tono de retintín—, pero no es el primer niño con el que trabajo, ni al que enseño a nadar.

Me miró aún más serio, Fidel se abrazó a mí y le dije que no pasaba nada.

—Vamos a secarnos para comer, ¿sí? —El pequeño asintió y salí del agua con él en brazos.

Rosalía había servido la comida en el porche, igual que el desayuno, así que subí a ponerme una camiseta y un pantalón corto para no estar solo con el bikini.

De nuevo la seriedad de Tristán reinando en ese momento, menos mal que Fidel nos sacaba la sonrisa a Rosalía y a mí, contándole a ella, de lo más feliz, que había nadado solo y que quería volver a hacerlo, pero esta vez al día siguiente.

Recogí la mesa, Fidel me dio la mano y subimos a que se echara la siesta.

—Papi se enfada a veces conmigo —me dijo, con un tono de lo más triste.

—No, cariño, no es contigo. Es solo que quiere cuidarte mucho, eres lo más valioso que tiene en el mundo —le aseguré, acariciándole la mejilla.

—¿Te quedas conmigo? —Ver esa mirada triste me mataba, así que asentí, me tumbé en la cama con él y lo abracé.

Empecé a cantarle una canción que recordaba de cuando era pequeña, mientras le frotaba el brazo, hasta que noté que su respiración era más tranquila y vi que se había quedado dormido.

—Descansa, mi pequeño caballero —le besé la frente y salí de la habitación.

—No me gusta que me hablen en ese tono, delante de mi hijo.

Me asusté al escucharlo justo detrás, pero es que me lo estaba diciendo en el oído, y al girarme y verlo ahí, parado ante mí, con los ojos fijos en los míos, pues como que me impuso mucho.

—Lo siento, no volverá a ocurrir.

—Eso espero.

Pasé delante de él y entré en mi habitación, cogí el móvil y llamé a Desiré.

—Hola, preciosa. ¿Cómo va todo?

—Bien, bien.

—Me alegro. ¿Qué haces?

—Descansar, tirada en la cama mientras el niño duerme la siesta.

—Eso está bien, que hagas el vago. ¡Ya te vale! Te voy a mandar unas tablas para que hagas zumba, que tú ahí me echas carnes.

Rompí a reír y ella conmigo, la verdad es que le gustaba buscarme la lengua, porque ambas sabíamos que, de echar carnes, nada de nada. Ya tenía mis curvas y a más no iban a ir, que entre que me cuidaba y que tenía buena constitución, pues así me mantenía.

Pero nada, que en cuanto acabamos la conversación ella me mandó unas tablas como había dicho.

Y yo, que no tenía y si me echaba un ratito después me costaría dormir, pues me puse los cascos y empecé a hacer lo que la loca de mi amiga me había mandado en un vídeo suyo.

Agotada, así acabé una hora después antes de ir a buscar a Fidel, que ya estaba despierto.

—¿Qué tal está el niño más guapo de la casa? —pregunté.

—¡Jimena, soy el único! —contestó riendo.

—Pues por eso eres el más guapo. Venga, a bañarse.

Misma rutina que el día anterior, hacer la cama, preparar la ropa, el baño y, con el patito de goma jugó mientras le bañaba.

Y no, no faltó Tristán sentado en la cama para ayudar a su hijo a ponerse el pijama. Hablaría con Rosalía, a ver si siempre lo hacía o era solo ahora, que eran mis primeros días, para ver si trataba bien al niño. Ni que me lo fuera a comer o algo.

Bajamos a cenar y, una vez dejé a los dos hombres de la casa sentados a la mesa, ayudé a Rosalía a ponerla y servir la cena.

Esa mujer tenía el cielo ganado, santa paciencia con Tristán y su seriedad, y con cubrir al niño cuando no quería comer más.

—Buenas noches, Rosalía —le dio un beso y ella lo abrazó con el cariño que tendría una abuela—. Buenas noches, papi.

—Que descanses, hijo.

Le cogí en brazos y subimos a su habitación, nos tumbamos en la cama y continuamos leyendo el cuento de la noche anterior, en la misma postura, con él recostado sobre mis piernas.

Cuando se quedó dormido y lo coloqué bien en la cama, no pude evitar tumbarme a su lado y observarlo un momento.

Ese niño me iba a robar el corazón cada día más, lo sabía, y, para mi desgracia, cuando acabara ese año me daría una pena terrible marcharme de allí.

Salí y fui a mi habitación, me duché y bajé hacia la zona de atrás, tenía ganas de tomarme algo fresquito, ya que la noche invitaba a ello.

Fui a la cocina y Rosalía ya lo tenía recogido todo, se iba a dormir, le dije que iba a estar un

rato en el porche y me dijo que no había problema.

Salí y me senté ahí en el silencio de la noche, mirando el móvil, cuando apareció Tristán.

—¿Quieres un vino? —dijo poniendo dos copas sobre la mesa y una botella, cosa que no me esperaba.

—Claro, si me invitas —sonreí.

—Por supuesto, siempre vengo cada sábado a sentarme aquí a tomar unas copas relajadamente.

—Siento haber invadido tu espacio, si quieres me voy al jardín delantero, no me importa.

—Para nada, hay sitio para los dos si no te molesta.

—¿A mí? ¡Ni que fuera mi casa! —sonreí y él no, por supuesto, hacía el amago, pero no le salía.

—Me alegra que Fidel se sienta tan cómodo contigo.

—Es un chico muy fácil de contentar.

—No sale al padre —arqueó la ceja poniendo una copa delante de mí.

—En algo saldrá, estoy segura de que sí.

—Bueno, se irá viendo, por ahora es todo lo contrario, pero no me molesta.

—Un poco sí —carraspeé y luego me dije que me debería de haber callado, pero así era yo.

—Solo intento que sea educado.

—Pero es un niño, necesita sus guerras, sus juegos, sus cosas —apreté los dientes.

—Y también sus normas...

—Pero todo en la vida no puede tener normas constantemente —me la estaba jugando mucho.

—Cada uno decide qué normas quiere en su vida, al menos hasta que sea mayor se las tendré que poner yo.

—Bueno, cuando sea mayor imagino que hará lo que quiera, como tú y yo.

—Por supuesto.

—Pero le tienes que dar un poco de tregua, hazme un poquito de caso —apreté los dientes.

—Me gustan las normas...

—Para el pequeño, imagino.

—Y para mi vida.

—Bueno, imagino que más que normas es modo de vida.

—Reconozco que soy un poco especial —jugueteaba con la copa de vino.

—Un poco sí, nunca te ríes, por ejemplo.

—Claro que lo hago, pero cuando el momento lo requiere.

—Pues yo me río mucho, lo tomo como medicina para mi propia vida.

—¿Cómo es que aceptaste venirte interna durante un año?

—Pues la situación en mi casa me pesaba bastante y esto era como una manera de evadirme de todo un poco.

—Es un sacrificio...

—No lo veo como tal.

—Estás sacrificando un año de tu vida en el que solo vivirás para el pequeño.

—¿No podré salir alguna noche? —pregunté apretando los dientes y aguantando la risa.

—Claro, aquí a tomar algo...

—Es un no, vamos —me eché a reír y hasta un cosquilleo recorrió mi estómago.

—Has aceptado venir con unas condiciones...

—Ya, ya, lo asumo.

—Pero una vez que el pequeño se acueste los fines de semana, puedes bajar a tomarte algo,

además, allí, en ese cuarto, hay bebidas, máquina de hielo y puedes servirte lo que quieras.

—Chica marcha me voy a tirar sola —me eché a reír.

—Bueno, no te extrañe de encontrarme los sábados por aquí —arqueó la ceja—, como hoy, por ejemplo.

—¿Nunca sales?

—No, no me gusta la calle en la noche...

—Así no vas a encontrar pareja —vaya atrevimiento el mío.

—¿Quién te dice que la esté buscando?

—No sé, a nadie le amarga un dulce.

—Soy muy especial.

—¿Cómo de especial?

—Muy especial, no me gustan las relaciones serias, ni pretendo buscar a alguien con quien compartir mi vida.

—Vaya... —di un trago por no soltarle que me lo imaginaba matándose a pajas solo, tuve que aguantar de reír con mi pensamiento.

—Cada uno en la vida es feliz de algún modo, yo tengo el mío.

—¿Y qué te hace feliz? —joder que no me podía callar la boca, al final me mandaba a la mierda el señor seriedad.

—Mi casa, mi vida y ciertas cosas que creo que no te gustaría saber.

—¿Tengo que asustarme? —me reí mientras me servía otra copa.

—No —casi sonrío—. Tranquila, no te afectan en nada.

—¿No serás un delincuente? —pregunté a modo de broma.

—Para nada, no me gusta vivir al margen de la ley —carraspeó.

—¿Entonces? —Joder que me mandaba al final a la mierda.

—Soy muy peculiar...

—Eso lo sé, pero fuera de eso, ¿qué te hace más peculiar?

—Creo que me estás intentando sacar cosas que creo que no te gustaría saber —arqueó la ceja, pero no le vi que me respondiera con mala intención, así que podía seguir jugándomela.

—Y no me la vas a contar, soy consciente.

—Hay cosas que todos no ven de la misma manera y no te veo a ti capaz de entender el cierto tipo de vida de otras personas.

—Pues mira, no te entiendo, pero me gustaría saber, estoy abierta a todo, soy una persona que respeto que cada cual haga con su vida lo que quiera, siempre y cuando no le haga daño a los demás.

—En eso estoy de acuerdo.

—Vaya, un punto como empleada —me reí.

—No creo en el amor...

—Eso porque no te llegó la persona correcta.

—No lo creo.

—Si no has probado...

—No he dicho que no haya probado —ahí sí que le conseguí sacar la primera de sus sonrisas y casi me caigo al suelo de lo bonita que era.

—Pero si no sales, no tienes vida social nocturna y eso, ¿cómo vas a estar con una mujer?

—¿Qué tiene que ver todo eso para no hacer cierto tipo de cosas?

—¿Te vas de...?

—¡No! No me gusta pagar por sexo, ni mucho menos tenerlo a cambio de dinero.

—Ah vale, me dejas más tranquila —reí.

—Y tú, ¿te has acostado siempre estando enamorada?

—Bueno, por norma general sí, no es que me haya tirado a medio mundo, pero un par de veces estuve enganchada a alguna persona y otro par lo hice por haber tomado dos copas, me gustó y acabé entre sus sábanas —no sabía qué hacía yo contándole mi vida personal a él, pero la noche, la copa, el silencio y que me estaba comenzando a sentir cómoda, pues ahí estaba de lo más relajada.

—Eso está bien.

—Y tú, ¿te has acostado con muchas?

—Con alguna —arqueó la ceja—. Ya te he dicho que soy muy peculiar.

—Pero eso de peculiar, no lo entiendo, no debe ser peculiar que te ponga alguien y terminar acostándote, eso lo hace mucha gente.

—Pero no todo el mundo acepta acostarse bajo unas condiciones.

—Ahí sí que me pillas fuera de juego. ¿A qué te refieres?

—A que soy peculiar, en ese sentido más todavía.

—Explícame eso, no te entiendo —me eché a reír y di un trago.

—No metería en mi cama a nadie...

—Vaya. ¿Te la llevas a un hotel?

—No exactamente, pero antes debe de conocer mis normas.

—No serás como Grey, ¿no? —me eché a reír.

—No tengo helicópteros, no estoy frustrado por algo del pasado y no tengo esas sombras, tampoco él descubrió nada que ya no se hubiera hecho antes, pero tengo mis peculiaridades en el sexo, mis juegos y mis normas.

—Ya decía yo que algo tenías... —murmuré en voz alta y luego apreté los dientes. ¡Mierda! No debí de haberlo dicho.

—¿Qué pensabas? —volvió a medio sonreír.

—Nada, que algo raro tenías.

—¿Ves raro el que a una persona le guste diferenciar el sexo de lo demás y que le guste jugar de una manera un poco diferente?

—No sé, nunca me vi en una situación así.

—¿Y te lo has planteado?

—¡No! —reí.

—¿Por qué te ríes?

—Me pone nerviosa el imaginar, realmente no sé a qué te refieres.

—¿Quieres ver algo?

—Claro.

—¿Segura?

—Sí. ¿Debo temer algo?

—Para nada —se levantó y me hizo un gesto para que lo siguiera.

Y lo seguí, estaba alucinando en colores y es que no me pensaba que pudiera llegar a ese tipo de conversaciones con él.

Subimos hasta su habitación, me quedé muerta cuando me di cuenta de que había dos puertas.

—Esta, algún día te la enseñaré, es mi habitación y despacho —dijo señalando a la primera—. Y esta, ni Rosalía la conoce —arqueó la ceja y al abrir un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Me hizo un gesto para que entrara y yo estaba que no me lo podía creer, blanca, hasta la risa se me había cortado, escuché cómo cerraba la puerta mientras yo, paralizada, miraba a todos los lados, eso sí, todo de cristal que se veía el exterior por el lateral, frente y atrás.

A ver cómo me explico, en mi vida imaginé algo así, una cama redonda a la izquierda, una camilla de ginecólogo para colgar las piernas en medio y en el otro lado unas esposas cayendo del techo, todo en blanco, allí no había otro color, estanterías con botes pero en blanco, con iniciales, además de todo tipo de juguetes eróticos, una bañera en forma de concha a un lado hasta con elevador dentro en forma de silla que estaba alto pero con el dispositivo para bajarlo y ponerlo a la altura necesaria, eso no era el cuarto de Grey, eso era otra dimensión.

—¿Entiendes mi peculiaridad, ahora?

—No imaginé ni que estas cosas existieran —yo no salía de mi asombro.

—¿No has usado juguetes ni tácticas en el sexo?

—¿Yo? —me eché a reír— Jamás, pero vamos esto es para echarse a temblar.

—Por ejemplo...

—¡Todo! Es que no me imagino en esa silla abierta y, no sé, mejor me callo —reía de los nervios que llevaba en mi cuerpo.

—Todo tiene que ver con el placer...

—Imagino, pero para esto hay que tener una mente preparada y no lo digo por ti, sino por la chica que se exponga ante ti y a todo esto.

—Ese es otro punto, no me gusta el sexo al cincuenta por ciento, tengo que ser yo en todo momento el que ordene cada acto.

—Tristán, me estás asustando.

—No tendrías por qué asustarte, no te estoy pidiendo aún que seas partícipe.

—¿Aún? —me eché a reír— Creo que si llega ese momento no subo, me desmayo directamente, así que mejor obvio ese aún.

—A nadie le amarga un orgasmo...

—Ya, pero no se trata de un orgasmo, es de todo lo que tienes aquí, lo que usarás, no lo quiero ni imaginar.

—¿Qué te da miedo?

—Todo, te lo estoy diciendo, es todo, no sé, es, como si todo esto te llevara a meterte en algo que... Nada, no me hagas caso, estoy nerviosa y es verdad que todo esto me impresiona mucho.

—Bueno, plantéatelo, no me importaría hacerte partícipe de mis juegos, espero que esto no te cambie el concepto de lo que has venido a hacer, pero sí que lo puedas barajar como algo alternativo que puedas experimentar.

—Yo me voy ya a mi cuarto, creo que necesito cerrar los ojos y dormir.

—Plantéatelo...

Dijo y salió por la puerta como alma que lleva el diablo. ¿Me había propuesto un juego sexual con él? Que mira, que el tipo estaba bien bueno y me ponía tela con todo lo que él representaba, pero joder, lo que tenía ahí arriba era digno de echarse a temblar.

La de vueltas que di en la cama antes de dormir, vueltas y más vueltas. Aquello había sido como algo que no me esperaba para nada.

Capítulo 5



Menuda noche había pasado, casi sin dormir, por culpa de Tristán, o mía, por haber ido con él a la parte de la casa que nunca debería haber conocido.

No sé, estaba mal, nerviosa y...

—Dios, en qué hora subí —me dije mientras me vestía para empezar el día.

Entré en la habitación de Fidel y ahí estaba mi niño, sonriente, con el cuento de las noches anteriores en las manos.

—Buenos días, corazón de melón —saludé y él me abrazó sonriente.

—Buenos días, Jimena.

—Arriba, vamos a desayunar y después hacemos lo que quieras.

—Pues... ¿Me enseñas a leer mejor?

—¿Eso quieres?

—Sí.

—Listo, nos vamos al jardín, nos sentamos en la sombra de una de las palmeras al lado de la piscina y a leer.

—Vale.

Se levantó de la cama casi corriendo y entró en el cuarto de baño mientras yo quitaba las sábanas para lavarlas y hacer la cama con ropa limpia.

—Buenos días —Tristán entró y se me revolucionó el cuerpo, vamos que tenía yo ahí un enjambre de abejas.

—Buenos días.

—¿Y Fidel?

—En el baño, aseándose antes de vestirse.

—¿Has pensado en lo que hablamos anoche? —murmuró cerca, muy cerca de mí.

—Hablamos muchas cosas —me hice la sueca, directamente.

—Cierto, pero te llevé a mi... rincón privado.

—¡Ah, eso! Pues no, la verdad. Me metí en la cama y dormí como un bebé.

Mentira, mentira cochina y de las gordas, vamos, que no había dormido casi porque no se me quitaba de la cabeza todo lo que había visto.

—Deberías pensarlo, puedo darte mucho más de lo que has conocido hasta ahora.

Madre del amor hermoso, que ese hombre me quería poner a mí en lo alto de esa silla, o en la cama o...

Nada, nada, no pensar, eso tenía que hacer, poner la mente en blanco.

—Quién sabe, quizás te guste después de una primera experiencia —susurró, en un tono de lo más sensual.

—Buenos días, papi —salvada por la campana, pensé al escuchar a Fidel.

—Buenos días, hijo. ¿Listo para el desayuno?

—Me voy a vestir y bajamos. ¿Sabes?

—Dime.

—Jimena y yo vamos a salir al jardín, bajo una de las palmeras de la piscina, y me va a enseñar a leer mejor.

—Eso está bien. No tardéis en bajar, Rosalía ya tiene el desayuno en el porche.

Salió y allí me quedé viendo a mi niño, que no dejaba de hablar del cuento que iba a llevarse para leer.

Rosalía nos saludó con esa amplia sonrisa que alegraba las mañanas. Nos sentamos a la mesa y, con una sola mirada de Tristán, Fidel supo que no tenía que beberse todo tan rápido como el día anterior, así que desayunó tranquilamente.

—Papi, ¿te quedarás en la piscina con nosotros?

—No puedo, tengo que trabajar.

—Vale —la tristeza de su cara me llegó al alma.

—¿Has terminado, cariño? —le pregunté, y tan solo asintió— Pues venga, recogemos lo nuestro y vamos a la piscina.

—Sí —se le iluminó la cara, y Tristán hizo ese ligero amago de sonrisa, pero que no llegaba.

Y ahí estábamos ya los dos, bajo la palmera que nos daba sombra, leyendo el cuento.

Bueno, yo leía mientras con el dedo señalaba cada palabra, mientras Fidel, en silencio, movía los labios pronunciando lo que me escuchaba a mí.

Poco a poco iba leyendo todo, a su ritmo, pero me gustaba verle la cara cuando conseguía hacerlo y yo le decía que lo había hecho muy bien.

Me sentí observada e, instintivamente, miré hacia la parte en la que Tristán tenía su habitación y el despacho, como si estuviera al otro lado del cristal, pero aquello era una locura, no podía ser.

Hasta que al bajar de nuevo la vista, ahí estaba él, en la puerta de la casa que daba al jardín, con una mano metida en el bolsillo del pantalón, y en la otra una taza de café.

No me quitaba ojo, y me estaba poniendo de los más nerviosa.

Era recordar ese cuarto, con la cama, la bañera y todos aquellos objetos, y me ponía aún más.

¿En serio me había pedido que me planteara dejar que él...? ¿Qué? ¿Dejarle dominarme? Por el amor de Dios, me iba a volver loca.

Qué hacía, ¿dejarme llevar por la curiosidad?

Si Desiré me escuchara pensar ahora mismo...

—¿Lo he hecho bien, Jimena? —la voz de Fidel me devolvió al presente, me había ido por completo.

Miré hacia la puerta y allí seguía Tristán que, al ver que su hijo me preguntaba y yo seguía más callada que una estatua de museo, arqueó la ceja.

Sí, ese hombre sabía que estaba pensando en él o, al menos, en su cuarto de juegos y en la proposición que soltó por esa boquita la noche anterior.

—Muy bien, cariño, estás leyendo muy bien.

Me olvidé del padre, o eso quise intentar, y me centré en el hijo, que para eso estaba yo en esa casa interna durante un año, para trabajar cuidando de ese niño y enseñarle, dentro de mis posibilidades, cuanto pudiera.

A media mañana nos tomamos un zumo con pastas y decidimos darnos un chapuzón rápido en la piscina.

Fidel ya estaba mucho más confiado consigo mismo y nadaba solo, con los manguitos, por supuesto.

Poco antes de la hora de comer Tristán vino a buscarnos y, aprovechando que el niño me había retado a una carrera a ver quién llegaba antes a la cocina, me sujetó ligeramente la muñeca, deteniéndome.

—Has pensado en ello, ¿verdad? —preguntó.

—No sé de qué me hablas —anda que no...

—Jimena, sé que no eres tonta, te vi la cara esta mañana.

—¿Siempre espías a tus empleadas? Porque eso no está bien.

—No, no lo hago. Bajé a tomar un café y me interesé por mi hijo.

—No voy a romperlo, que no es de cristal.

—Lo sé, pero, dime, ¿lo has pensado?

—Voy a comer, que tengo que acostar después a tu hijo.

Me aparté de él y sí, salí corriendo cuando vi a Fidel volver a la puerta.

—¡Te he ganado! —gritaba, dando saltitos.

Comimos con la sonrisa de Tristán como compañía, vale, no sonrió ni una sola vez. Qué hombre más duro, de verdad, ni con las cosas que su hijo contaba con absoluta felicidad se reía.

Rosalía estaba encantada de ver al niño tan feliz, así me lo hizo saber mientras recogíamos la mesa.

Cogí a Fidel en brazos y subimos a su habitación.

—Me gusta leer yo solo —dijo metiéndose en la cama.

—Es muy divertido, ¿verdad?

—Sí.

—Venga, duerme un rato, que después vengo a bañarte.

—Adiós, hermanita.

—Descansa, hermanito —le besé la frente y sonreí al verle cerrar los ojos.

Fui a mi habitación y allí me quedé mientras Fidel dormía, charlando por videollamada con Desiré que estaba deseando que saliéramos a cenar, pero ya le dije que no podía, que ese año mi vida era por y para Fidel.

Después llamé a mi madre, solo para ver que seguía bien y decirle que yo también lo estaba.

Poco duró nuestra conversación, ya no me extrañaba nada.

Cuando entré en la habitación de Fidel ya estaba despierto y listo para el baño, así que preparé todo y ahí que fuimos.

De nuevo, Tristán y su seriedad esperando en la cama de su hijo para ponerle el pijama.

Bajamos los tres juntos a cenar y me sorprendió que, en esa ocasión, fuera él quien llevara al niño en brazos.

Rosalía tenía todo listo, nos sentamos y la cena se pasó rápida mientras ese pequeño encantador de serpientes me intentaba convencer de hacer un picnic la mañana siguiente en la piscina.

Lo llevé a la cama, me recosté un ratito con él mientras leíamos el cuento y se quedó dormido enseguida.

Me despedí de él con un beso en la frente deseando que tuviera dulces sueños.

Salí de la habitación del niño y me topé de cara con Tristán, pues hasta parecía que me estaba esperando.

—Ven, sígueme —dijo girándose y subiendo hacia la planta de arriba.

Mientras iba detrás de él me santigué.

De nuevo me abrió la puerta de la habitación del terror, como yo la había bautizado ya, y me encuentro con la bañera burbujeando, llena de espuma y con una copa de champán en el borde, además de unos bombones que parecían de helado.

—Quédate ahí tranquila, disfruta de tu baño.

—Pero si yo me iba a duchar en mi habitación.

—Entra —dijo a modo de exigencia, pero con gesto bromista.

—Madre mía, madre mía, de verdad que no es necesario —entré y me hizo un guiño, luego cerró la puerta y se marchó.

¿En serio me había preparado un baño en aquella bañera que parecía una piscina? ¿En serio champán y bombones? ¿En serio me dejaba sola ahí para que me relajara? ¡La madre qué lo parió!

Pues anda que no, ¿quién dijo miedo? Aunque realmente era para que me encerraran, aceptar meterme ahí, en aquella habitación que, mirara por donde mirara, parecía una película erótica. ¡La madre qué lo parió! La pobre no tenía culpa, pero bien que me iba a acordar de ella ese día.

Me desnudé y dejé la ropa sobre una silla, aquello sí que era una bañera, me acomodé con la cabeza sobre el respaldo que había habilitado para ello y me metí uno de esos bombones en la boca, estaba delicioso, gemí y todo al notar lo deshacerse en mi boca.

En ese momento comenzó a sonar a través de un hilo musical la balada de la película “Titanic” ¿En serio? Me eché a reír mientras jugaba con la espuma y me tomaba aquella copa de champán.

Hay veces en la vida que te cuentan algo, y dices “¿Qué se fumó esta?”. Parecen tan irreales que no damos crédito a lo que nos dicen, pero cuando te toca a ti en primera persona vivirlo, de repente, sin previo aviso y sin más, como a mí, piensas... ¿Si le contara esto a alguien me tomarían por loca o por tener más pajaritos en la cabeza que todas las cosas? Pues seguramente sí.

Solo me faltó preguntarle a Tristán, que de cuánto tiempo era el bono del spa, así mismo, no dejaba de reír sola al pensar en esas cosas.

Tristán, ese hombre misterioso, correcto y meticuloso de día, granuja y seductor de noche, por no decir travieso, pero es que me atraía y mucho. Sería la diferencia de edad de por lo menos una década, sería por lo atractivo que era, o por lo que fuera, pero sabía que iba a terminar expuesta a él y dejándome llevar por esos juegos que, aunque lo negué, aunque dije que no lo había pensado, siempre se piensa, siempre te imaginas y ahora tenía todo un mundo por descubrir ante mí.

En ese momento dos golpes en la puerta me hicieron salir de mis pensamientos, se abrió un poco.

—¿Se puede? —preguntó sin asomarse.

—Adelante —sonreí asegurándome de estar bien cubierta por la espuma.

—¿Qué tal? —Se acercó y se sentó en el borde de la bañera, de lado mirando hacia mí, venía ya cambiado con un pantalón de pijama finito y una camiseta.

—En la gloria, ¿ya se acabó mi tiempo? —carraspeé sonriendo y viendo cómo su mirada me penetraba en lo más hondo de mi ser.

—Para nada, puedes estar todo el que quieras —dio un trago de una copa que traía en la mano.

—¿Esto está dentro de la nómina?

—Por supuesto —casi se le escapa la sonrisa, esa que era una preciosidad—. Por cierto, espero que sigas sopesando la propuesta.

—¿El atreverme a dejarme llevar por uno de tus juegos? —me reí nerviosa.

—Puede que te enganches a ello.

—Por curiosidad... ¿Hay dolor en ello?

—No, sí que puedes tener la sensación mezclada con el placer, es poner un poco el cuerpo al

límite hasta llevarlo al máximo placer.

—Dicho así, caga un poco. ¿Y yo qué?

—Tú solo tienes que dejarte llevar.

—Pero imagino que también tendré poder de decisión...

—No —arqueó la ceja aguantando la sonrisa.

—¿Nunca te ríes?

—Claro.

—Te cuesta mucho —sonreí.

—Soy serio, no por eso no disfruto.

—Bueno, pero la sonrisa es el espejo del alma.

—Siempre hay algún motivo que me puede hacer gesticularla, por norma general soy lo que ves.

¿Te lo vas a pensar?

—Claro, pero no te prometo nada, no me siento tan valiente, quisiera, pero no.

—¿Quisieras?

—Claro, no te voy a mentir, pero es tal la vergüenza y el miedo a lo desconocido, que dudo que lo haga.

—¿Te fías de mí, si te pido que abras ligeramente las piernas, y me dejes ponerte algo para que disfrutes más del baño?

—No, si me sacas un juguete de esos, te prometo que me enfado —me entró tal cosa que hasta me cambió el rostro, vamos que me lo imaginaba con un vibrador en la mano.

—No es nada de eso, es una capsula interior que te dará una sensación que quizás te guste sentir mientras disfrutas de este baño —su cara era totalmente de provocación.

—Enséñamela —dije bebiendo lo último que quedaba en la copa.

Se levantó y fue al cajón, luego se sentó, me rellenó la copa y me enseñó una especie de supositorio.

—Esto es —arqueó la ceja y se fue para mis rodillas, con su mano las abrió, cogí el aire preguntándome qué hacía, pero a la vez sabiendo que quería experimentar esa sensación, sobre todo, quería sentir cómo me lo ponía.

Su misma mano abrió mis labios, sin dejar de mirarme con una intensidad que me ponía de lo más nerviosa, noté cómo lo colocaba en la entrada de mi vagina y comenzó con dos dedos a meterlo hasta el fondo.

Solté el aire notando cómo lo apretaba, luego fue sacándolos lentamente tocando todo alrededor y esa mirada que ni parpadeaba. Había un silencio que era increíble, me escuchaba a la perfección la respiración.

Se secó los dedos con la toalla y se quedó con ese amago de sonrisa esperando a ver mi cara por notar aquella sensación que me estaba poniendo de lo más excitada.

—Relájate —le dio un trago a la copa y se levantó—. Cuando salgas cierras, puedes disfrutar todo el tiempo que quieras, hasta mañana —hizo un gesto con media sonrisa y se marchó.

¡Había qué joderse! ¿Me dejaba así? ¿En serio? ¡No me lo podía creer!

Tenía un calentón de dos pares, no sé qué me había metido y encima cómo me lo había metido, pero es que yo estaba que si me pedía que me montara en el burro aquel que parecía del ginecólogo, yo me hubiera montado.

Me salí veinte minutos después, lo que me duró el shock, puse a vaciar la bañera y me sequé, luego recogí todo un poco para dejarlo como estaba y salí de allí, bajé a mi habitación y me acosté pensando en aquella situación que había sido de lo más heavy.

Capítulo 6



Llegó la mañana y tocaba ponerse en marcha.

—Buenos días, cosa guapa —dije entrando en la habitación de Fidel, que me recibió con una sonrisa que me llegaba al alma.

—Buenos días, Jimena.

—A desayunar, y después, a leer en la piscina. ¿Te apetece?

—Sí.

Salimos al porche, donde nos esperaban Rosalía y Tristán, con el desayuno servido, mi niño les dijo que íbamos a volver a pasar el día leyendo bajo la sombra de la palmera.

El padre, ni se inmutó, tan solo asintió y ya.

A mí me daba una pena tremenda que no sonriera delante de su hijo, era como si no se alegrara al ver esa carita de felicidad que ponía, y el modo en que le brillaban los ojos con la más insignificante de las cosas que contaba.

Desayunamos, recogí la mesa con Rosalía y cuando regresaba al jardín para ir con Fidel, Tristán me paró antes de que saliera.

—¿Disfrutaste del baño? —preguntó.

—Si me disculpa usted, señor, me espera su hijo —esquivé como pude esa pregunta, pero no pude evitar el sonrojo en mis mejillas que él vio perfectamente, vamos, el arqueado de ceja así me lo hizo saber.

Fidel me esperaba sentadito en la mesa, con el cuento en ella, leyendo bajito.

—Vamos, cariño, a leer con Jimena.

Sonrió feliz al escucharme, se puso en pie de un salto y me cogió de la mano para ir a la misma palmera del día anterior.

Allí echamos la mañana, entre letras, risas y algún que otro baño para quitarnos el calor del día.

Por suerte para mí no encontré a Tristán mirándonos, que ese hombre me ponía de los nervios.

Fuimos a la cocina a ver a Rosalía, que estaba preparando un pollo al horno riquísimo, y nos hizo unos pequeños sándwiches de atún con zumo para almorzar.

Los tomamos con ella y de nuevo a la piscina, que Fidel quería seguir nadando un rato.

Hasta que llegó su padre, solo con el bañador puesto.

Madre de Dios, dame paciencia para soportar esas vistas.

Qué cuerpo, por favor. Si no salía, que me dijera a mí dónde leches se ejercitaba para tener semejantes brazos y esa tableta de chocolate tan bien puesta.

Mierda, me había pillado mirándole.

—Papi, ¿te vas a bañar con nosotros?

—Sí, pero, ¿qué te parece en la piscina grande?

—Me da miedo —contestó, y le cogí en brazos.

—Yo estoy contigo, donde no cubre mucho, ¿vale? —le dije.

—También estoy yo, que no voy a dejar que te ocurra nada —miré a Tristán y tenía los brazos extendidos para cogerlo.

Fidel sonrió, fue con su padre y nos cambiamos los tres a la piscina grande.

Allí estuvimos un buen rato y, a pesar de que ese hombre no sonreía, hacía el amago.

El niño se lo pasó en grande, y es que, con su padre en un extremo y yo en otro, empezó a nadar solo, con los manguitos, y reía a carcajadas y nervioso cuando llegaba a mí o a él.

Me lo comí a besos, y es que me estaba enamorando por completo de ese precioso niño que era puro amor y corazón.

Lo que me iba a costar separarme de él, cuando llegara el final de mi contrato.

Nos secamos y entramos en la casa a comer, Rosalía había preparado la mesa en la cocina así que ahí estaba ella sirviendo todo.

Fidel, con su maravillosa sonrisa y esa felicidad que le caracterizaba, le contó que había estado nadando en la piscina de mayores.

Empezó a comer más rápido, de los mismos nervios, hasta que la voz de su padre tronó en la cocina.

—Fidel, come más despacio, que no tienes que ir después a ningún sitio.

—Tengo hambre, papi.

—Te vas a poner malo, y acabaremos pasando el día en el hospital.

—No...

—¡He dicho qué comas más despacio! —Si yo me había acojonado al escuchar ese grito, ¿cómo no estaría mi niño?

Pues llorando, así le vi, con unos lagrimones cayendo por sus mejillas que me encogieron el corazón, y hasta el estómago. Se me quitó el hambre, no digo más.

Me levanté, cogí el plato de Fidel y a él de la mano y, al ver la mirada de Rosalía y que negaba con la cabeza, supe que me la estaba jugando, pero me daba igual.

—Vamos, cariño, salgamos a terminar de comer en el jardín —le dije.

—Jimena, ni se te ocurra salir de la cocina.

Le miré, ignorando su orden, pues era eso y no una petición, y salí de allí con el niño secándose las mejillas.

Nos sentamos en la mesa, le abracé, conseguí que se calmara un poco sin decir una sola palabra, le quité las lágrimas y siguió comiendo.

—Tienes que comer más despacio, cariño, aunque tengas mucha hambre —dije.

—Vale. Lo... lo haré siempre.

—Eso es, mi niño —le revolví el pelo.

Nada más acabar, y dejar el plato en la cocina, donde Rosalía estaba callada como una estatua y tan solo me miró y negó, subimos a la habitación de Fidel para que se echara la siesta.

—Quédate un ratito, por favor —me lo pidió con una pena, y una angustia, que no pude negarme.

Le abracé, canté y acaricié el brazo, hasta que se quedó dormido.

Bueno, nos quedamos dormidos, porque lo siguiente que recuerdo es despertarme y tener a Tristán, apoyado en la puerta cerrada de la habitación, observándonos en silencio.

—Que se bañe y bajáis a cenar —salió y allí me dejó, con esa orden.

Desperté al niño, a quien me comí a besos y cosquillas para que me regalara una de sus risas, y

fuimos a bañarle.

La cena fue como estar en un velatorio, de verdad que sí. El padre serio, con una cara de cabreo de tres pares de narices. Rosalía me miraba con tristeza y Fidel no hablaba por no pecar.

Y en silencio, los cuatro más callados que Mudio el de Blacanieves.

Yo tenía una mala leche en el cuerpo que no podía con ella, pero disimulaba delante del niño, ese hombre era su padre, estaba claro que eran sus normas, pero...

¡Por el amor de Dios, que era un niño de cuatro años! No uno de sus empleados.

Subí a acostarlo, leímos como todas las noches y cuando se quedó dormido, no pude evitar estrecharle entre mis brazos unos minutos.

—Ya tienes un pedazo grande de mi corazón, mi pequeño caballero —susurré antes de levantarme.

No se me quitaba el cabreo, ni la mala leche, ni nada, por culpa de ese hombre. Menudo genio tenía, si me lo dicen antes de empezar a trabajar...

Pero ese niño valía su peso en oro, él sí que me tenía loquita y enamorada.

Salí de la habitación de Fidel y ahí estaba su padre de brazos cruzados, esperándome, lo miré con rabia.

—Acompáñame, vamos a hablar...

—Ah no, no pienso subir a tu maldito cuarto del terror, no te lo crees ni tú.

—Sube —murmuró para que no nos escucharan.

—No voy a subir —me crucé de brazos.

—No te estoy preguntando si quieres o no, te estoy diciendo que subas.

—¿Serás chulo?

—No chilles, Fidel está durmiendo.

—Y triste por tu culpa —hice una mueca.

—Sube —comenzó a andar hacia arriba y me esperé un poco resoplando, pero claro, era mi jefe...

Subí con cara de querer comerme a alguien, y es que este no me había conocido a mí enfadada.

Dejé la puerta abierta al entrar y él fue a cerrarla, hasta con pestillo.

—No creo que tengas que cerrar con pestillo —protesté—. Vamos, es que me pongo a chillar como loca y despierto hasta a los vecinos del pueblo de al lado.

—La habitación está insonorizada, no te escucharán ni en el pasillo —carraspeó.

—Bueno, me da igual, si me quiero ir me abres la puerta y listo.

—No me vuelvas a desacreditar delante del niño.

—Vale. ¿Ya me puedo ir?

—Desnúdate, por favor...

—¿¿¿Qué???

—Me has escuchado —me hizo un gesto con su mano para que comenzara.

—No me voy a desnudar, vamos, tenlo claro, además, abre la puerta que me piro.

—Si sales por la puerta, recoge tus cosas y puedes irte.

—¡Eres un hijo de puta!

—No, no lo soy, tienes el poder de decidir.

—He venido a hacer de canguro, no de tu putilla.

—No te considero así y eres libre para decidir.

—No me voy a desnudar y no voy a dejar de cuidar a Fidel.

—Esta es mi casa, mis normas, así que lo tienes fácil.

—Pues saldré en la tele y lo contaré todo —me tiré el farol.
—Tienes un contrato de confidencialidad y, si lo haces, te cae la ruina encima para toda tu vida.
—¡Eres un hijo de puta! —solté sin pensarlo.
—Desnúdate.
—Encima ni titubeas al decirlo, yo alucino en colores. ¿En serio? No me voy a desnudar.
—Ok — se vino hacia mí, me cogió en brazos bloqueándome para no poderme mover y me sentó en el potro ese, pero con las piernas abajo.
—¡Que me sueltes!
—Chilla todo lo que quieras, nadie te va a escuchar —ató mis manos a cada lado y luego por la cintura.
—¡Esto es un acoso!
—¿Quieres coger las maletas e irte? Te suelto ahora mismo.
—A Fidel no lo dejo solo con un loco como tú, ni muerta —grité en toda su cara.
—Está bien... —Bajó mi braguita, ya que tenía un vestidito suelto tipo camiseta, y comenzó a poner mis piernas en cada elevador del sillón mientras yo le soltaba un montón de burradas.
A ver, que aquello me estaba poniendo hasta cachonda, sabía que él estaba jugando y no me daba miedo para nada, pero yo tenía que demostrarle que no quería eso, aunque repito, no me había visto en una mejor.
Cogió mi vestido, que estaba por encima de dónde me tenía atada, y lo levantó hasta llevarlo atrás de mi cuello.
—¿Te parece bonito tenerme aquí así? —pregunté.
—No está nada mal.
—Eres un cerdo. ¿Lo sabes?
—No, no lo sabía —vi cómo se impregnaba las manos de una especie de aceite.
—No me toques, te lo aviso.
—¿Frío o calor?
—¡Que no! —me eché a reír de los nervios que me estaban entrando— Por cierto, cuando vas al ginecólogo te ponen una sabanita por encima.
—¿Frío o calor? —repetió.
—Las dos cosas, por favor —me hice la chula al ver que no iba a parar y es que lo peor de todo es que no quería que lo hiciera y él lo sabía, era como si intuyera que lo deseaba.
—¿Segura?
—¡No! —me reí y arqueó la ceja.
—¿Te vas a relajar?
—Por supuesto que no.
—Ok, espero que sí. Solo te voy a estimular por dentro e hidratar.
—Mira, Tristán, vamos a ser elocuentes y charlar como Dios manda —no me dio tiempo a decir nada más cuando sus dedos entraron en mi interior.
—Relaja —dijo poniendo su otra mano en el bajo vientre y apretando.
—Me duele —protesté, no me dolía, pero joder tener sus dedos en mi interior tirando hacia él y moviéndolos con ese líquido que comenzaba a calentar toda mi zona...
—Vale, voy más despacio, pero quiero estimularte bien para poner un anclaje.
—¿¿¿Un qué??? A mí no me metas nada raro por ahí que cuando me baje te destrozó la habitación del terror.
—Disfrutaras con él.

—¡Qué dices! ¡Ahhh! —grité con un movimiento raro y rápido que hizo.

Sacó los dedos, fue a por un tubito que puso en el clítoris y echó un líquido que repartió con el dedo mientras yo me venía arriba y soltaba el aire, joder que una no era de piedra.

Luego vino con un aparato que lo vi tan grande que no me lo podía creer.

—No, eso no me lo metas, te lo digo ya en serio, creo que el juego...

Nada, comenzó a meterlo con cuidado y sentí que iba a explotar, lo llevó hasta el fondo y colocó la otra parte en el clítoris que comenzó rápidamente a succionar y lo de la vagina a moverse adentro y afuera. ¿En serio existían esas cosas?

—No aprietes, relajada te hará disfrutar más.

—No aprietes... —mi voz era ahogada por ese placer.

Mientras eso lo hacía todo solo, fue a por otro gel que se puso en las manos y se colocó tras de mí, agarró mis pezones y comenzó a apretarlos, masajeándolos con fuerza mientras yo gritaba entre jadeos.

Chillé tanto con la presión y el aceleramiento que eso pilló, que me corrí gritando como jamás lo había hecho.

Vino hacia adelante, paró todo y lo sacó con cuidado, lo llevó debajo del grifo y vino con sus manos llenas de gel.

—Esto es para limpiar, ahora te darás un baño —ya había comenzado a llenar la bañera.

Metió sus dedos por la zona y comenzó a extender el líquido que causaba frescor por todos lados.

—¿Recuerdas la capsula que te introduje ayer por la vagina?

—Me vas a poner otra —contesté en tono chulesco.

—Por detrás...

—¡No! A mí no me tocas por ahí, te juro que no, por ahí ni de coña —vi cómo ya tenía una en sus manos.

Le comencé a decir de todo mientras notaba cómo me la ponía en la entrada e iba empujando hacia dentro, tampoco era para tanto, pero joder con Tristán, no se cortaba ni un pelo.

Echó unos líquidos en la bañera, vino hacia mí, me desató mientras yo resoplaba incrédula y...

—Quédate el tiempo que necesites, buenas noches —dijo girándose y saliendo por la puerta.

¿En serio? Para flipar, yo estaba flipando. A ver, que sí que cualquiera que viera esta situación nos pondría a los dos de vuelta y media, pero, ¿no tenía también su punto?

Me metí en la bañera y comenzó a sonar música a través del hilo musical, vamos aquello era para cortarse y no echar ni gota de sangre.

Estuve ahí un rato pensando en todo, por un lado, me daba rabia, por otro estaba claro que yo me podría haber negado diciendo que me iba, pero es que no me quería ir y a la vez quería que fuera más... ¿Cómo lo diría yo? Más expresivo, galante, no sé, un poquito de vidilla.

Después de media hora en el baño me sequé y fui hacia mi habitación a dormir, bueno a seguir pensando y, cómo no, a dar vueltas en la cama hasta conseguir el sueño.

Capítulo 7



—Buenos días, Jimena —ahí estaba el niño que se había adueñado de mi corazón en tan poco tiempo.

—Buenos días, cariño ¿Qué tal dormiste?

—Bien. ¿Qué vamos a hacer hoy?

—Lo que tú quieras —le besé la mejilla y se levantó para ir a asearse mientras yo hacía su cama y le preparaba la ropa.

—Buenos días —la voz de Tristán me llegó desde la puerta, miré de reojo y le ignoré, no quería saber nada de él, al menos de momento.

Lo que había pasado la noche anterior en ese cuarto donde le gustaba jugar, a pesar de que sí, disfruté lo mío y estuvo bien, me tenía un poquito enfadada.

Coño, que el tío después se largó como si nada. A ver, que no estoy diciendo que me comiera toda la boca, con cariño y amor, pero, no sé, algo más que unas, buenas noches en plan, “ahí te quedas, guapa”.

—Papi, buenos días —Fidel volvía a salvarme de tener que saludar a ese hombre, así que yo más contenta que unas castañuelas.

—Buenos días, hijo. Venga, a vestirse y a desayunar.

De nuevo me sorprendía, si es que en el fondo era un padre amoroso, pero en el fondo, coño, bien escondido donde nadie lo veía.

Se notaba que quería al niño, hasta me arriesgaría a decir que lo adoraba, era su mayor tesoro, de eso estaba convencida, pero esa severidad con él... me mataba.

Bajamos al porche y Rosalía nos recibió con una sonrisa, sirvió todo y se fue a la cocina.

Me extrañó que no volviera, supuse que ya habría desayunado antes que nosotros y estaría liada con las cosas de la comida.

Fidel desayunó tranquilo y en silencio, como su padre y yo, que no abrimos la boca más que para comer y ya.

Notaba que me miraba de vez en cuando, pero lo ignoraba, es que pasaba de hablarle.

Recogí todo y él se quedó con el niño mientras yo lo llevaba a la cocina, donde estaba Rosalía.

—¿Por qué no has desayunado con nosotros?

—Porque Tristán me lo pidió.

—¿Qué dices? —Loca, así me había dejado.

—No sé a cuento de qué, pero imagino que sería para ver si el niño así no me cuenta las cosas que haga contigo.

—Espera, ¿tampoco vas a comer con nosotros?

—No.

—Pues vaya plan, no me fastidies. No es justo, Rosalía.

—Lo sé, hija, pero tranquila que no pasa nada. Si él se queda así más tranquilo, pues yo, a obedecer.

—No es justo, no lo es.

—No te preocupes. Le voy a preparar a mi niño sus filetes favoritos.

Salí de la cocina encendida como una antorcha, vamos, que si me tocaban hasta quemaría.

Tristán entró en la casa, dispuesto a ir a su despacho a trabajar, y yo es que ni lo miré.

—¿El baño de anoche, bien? —preguntó, cogiéndome la muñeca para que me parara a su lado.

—Suelta, que no puedo dejar al niño solo mucho tiempo.

—Está bien, leyendo, como ayer.

—Suelta que, si chilló aquí, y ahora, Rosalía sí me va a oír.

—No vendría.

—Tristán, qué te den —hice fuerza para que me soltara y así fue.

Salí al jardín y me centré en Fidel, el niño de mis ojos. Sí, me tenía completamente a sus pies, ya me desvivía por él y así sería durante los meses que quedaban.

Leíamos, nos tomamos unos sándwiches que sacó Rosalía con zumos y volvimos a nadar.

Esta vez me atreví a meterle conmigo en la piscina grande, y no hubo ni rastro de Tristán, hasta que lo vi aparecer.

—¿Por qué no estáis en la pequeña? —Cabreado, así andaba el señorito.

—Porque me apetecía traerle a esta un rato.

—Eso es una irresponsabilidad.

—No le ha pasado nada, está enterito, ¿ves? Sus dos brazos, dos piernas, la cabecita... Venga Fidel, vamos a secarnos para comer.

Y de nuevo los tres solos en la mesa del porche, no me parecía justo para Rosalía, que disfrutaba con el niño, escuchándolo contar lo que había estado haciendo, pero él era el jefe y había que acatar órdenes.

Recogí la mesa y subí con Fidel a su habitación, hora de siesta.

—No tengo sueño —me dijo cuando se metió en la cama.

—Pues muy mal, tienes que dormir un poquito.

—¿Te quedas conmigo? Solo un poquito, porfiii.

Y yo, ¿cómo iba a decirle qué no a esa carita que me tenía loca perdida? Me tumbé en la cama con él y me preguntó por mi época de niña.

Le conté todas las travesuras que hice, junto a Desiré, y las veces que mi madre nos había regañado a las dos por preparar, en la cocina y solas, lo que nosotras llamamos galletas caseras, pero que no era más que una masa amorfa, blandurria e insípida que acababa en la basura.

—¿Echas de menos a tu papá? —preguntó mientras jugaba con un mechón de mi pelo.

—Sí, mucho, la verdad.

—¿Te gritaba, como a mí el mío?

—Alguna vez, claro que lo hizo, ya te he dicho que yo era un torbellino a tu edad, y un poco más mayor también.

—Me gustaría tener una mamá, pero que fuera como tú.

—Y, ¿cómo soy, pequeñajo? —Lo abracé.

—Cariñosa, divertida, no te enfadas conmigo, me enseñas a leer, a nadar, te quedas en la cama hasta que me duermo por las noches y, además, juegas conmigo. Me abrazas, me das besos. Te quiero mucho, Jimena.

Llorando, así estaba yo después de escuchar al niño hablar. Llorando como una magdalena.

—Yo también te quiero, mi niño. Venga, a dormir —dije, cuando pude hablar.

Le besé la frente y salí de allí secándome las lágrimas que de nuevo habían empezado a salir.

Me encerré en mi habitación, cogí los cascos y el móvil y me di una buena tunda de zumba para no llorar, al menos eso había conseguido.

Bañé a Fidel, le puse el pijama y en esa ocasión no vino Tristán, mejor, no quería hablar con él. Me parecía fatal lo de Rosalía.

Cenábamos en la cocina, esta vez sí estaba ella, sonreí al verla y ella a mí, Fidel le dio un beso y se sentó al lado de su padre, como siempre, comiendo despacio y sin decir ni una sola palabra.

Así pasamos todos el tiempo que estuvimos juntos.

Cogí al niño en brazos y lo llevé a la habitación, esa noche dejé que fuera él quien leyera todo el tiempo, hasta que un bostezo me indicó que iba a caer rendido en menos de un minuto.

Y no me equivoqué. Le besé la frente, como cada noche, y dejé que descansara.

Y, cómo no...

Al salir de la habitación me encontré a Tristán, que me hizo un gesto para que lo acompañara.

—Hoy no tengo ganas, hijo —murmuré con ironía, y ni caso.

Él siguió andando y yo resoplé, iba detrás preguntándome si debía o no subir, pero era como si algo me empujara a hacerlo.

—No me apetecen nada estos juegos hoy.

—Me alegro de que ayer sí.

—No he dicho eso.

—Has dicho hoy —me señaló a la ropa en señal a que me la quitara.

—Te voy a decir una cosa, jefecito, que ya me estás tocando mucho la moral. Si esto para ti es parte del contrato, quiero un aumento de salario, es más, quiero cincuenta euros por día que aquí suba.

—No te voy a pagar por tu disfrute.

—¿Mi disfrute? ¡Ni qué tú lo pasaras mal! Me has hecho de todo y no me has dado ni un simple beso.

—No llegó el momento.

—¡Claro qué no! Me penetras con tus dedos, con aparatos, me dejas desnuda ante ti, pero el beso no corresponde. ¡Qué grande eres! —reí con ironía.

—Te estoy estimulando para cuando llegue el momento.

—¿El momento de qué? —resoplé y vi cómo señalaba las esposas que caían de la pared— ¿Ahí me vas a atar, en serio?

—Ajá —puso un té en mis manos.

—Una cosa. Si me niego a todo esto, ¿pierdo mi puesto de trabajo?

—No, pero si te niegas, a un escarmiento, sí.

—¿Escarmiento? —me eché a reír.

—Cumple tu trabajo con mis normas, y no tendrás que subir aquí.

—Entonces, si estoy un poco cachonda, lo mejor es que me porte mal. ¿No? —Lo provoqué.

—Lo has entendido.

—Y hoy, imagino que tendré mi escarmiento.

—Claro —lo decía tan impasible y con ese rostro tan seductor, que hasta me conseguía provocar un cosquilleo en el estómago.

—Pues mira, te voy a decir algo, hoy te vas a comer un mojón —puse la taza sobre una

encimera y salí de allí por patas.

Lo escuché decirme que ni se me ocurriera atravesar la puerta, pero vamos, que la atravesé y me fui a mi cuarto, me duché para meterme en la cama bien temprano. ¿Lo deseaba? Por supuesto, pero que ya a mí ese talante de controlador y de que me iba a tener consecuencias cada vez que no me comportara como él quería, ¡iba apañado!

Salí de la ducha con la toalla puesta y... ¡Bingo! Salió el gordo, ahí estaba sentado en el borde de mi cama.

—Chico, tienes un problema, y creo que necesitas un psicólogo.

—Puede ser, pero, ¿acaso no disfrutas?

—¿De?

—No te hagas la tonta.

—Bueno, sí, hasta tuve un orgasmo y todo ayer, pero qué quieres que te diga, paso de estar a tu merced y siempre con esa cara que despide gente.

—No creo que despida tanto... Vuelve arriba.

—No voy a subir y aquí puedo gritar.

—Te espero arriba, o mañana no estará aquí Fidel para que cuides de él.

—¿Me estás amenazando con hacerle algo al niño?

—En la vida, es lo que más quiero de este mundo, pero sí lo alejaré de ti hasta que entres en razón.

—¿Estás loco?

—Puede ser, pero tienes la opción de dejar el trabajo o disfrutar de él.

—Disfrutar... Y tú, ¿por qué no te desnudas y lo haces como un hombre?

—Aún no llegó mi momento.

—¿Y cuándo se supone que llega tu momento? Más que nada para estar preparada.

—Sígueme si quieres, de lo contrario, ya te lo he avisado —salió por la puerta.

¿Me iba a dejar sin Fidel? ¿En serio?

Pues que se atreviera, vamos este no conocía los cojones que yo tenía.

Me puse la ropa interior, el camisón y me metí en la cama, no pensaba subir, vamos que no, no me daba la gana, es más, me levanté y cerré el pestillo de la puerta, ese no entraba porque no me daba la gana.

No paraba de comerme el coco, esperaba que no fuera verdad su advertencia porque como no estuviera Fidel a la mañana siguiente, me iba a escuchar, pero bien, vamos que le iba a tirar la puerta de su despacho abajo y le iba a volatilizar todo. Yo por las buenas era una santa, pero por las malas, era tal fiera que este tonto no se podía ni imaginar.

Lo peor de todo es que me gustaba y mucho, se estaba convirtiendo en un dolor de cabeza para mí, y es que tenerlo cerca, controlándome y haciendo conmigo lo que quisiera, me ponía y mucho.

Por otro lado, no entendía por qué necesitaba de esos juegos, ¿tan difícil era echar un polvo como Dios manda? ¿Acaso tenía un pito tan chico que necesitaba producir placer de otra manera? ¡Ay, Dios! Si estas cosas nada más me pasaban a mí, vamos algo que era claro, clarinete.

Lo peor de todo es que sentía que estaba cayendo rendida a sus pies y que iba a terminar enganchada a un hombre que no sentía las cosas en cuestión sentimental. No pedía que se enamorara de mí, pero, joder, un poco de empatía y sexo normal podía tener, encima no se reía, madre mía, solo se le escapaba ese amago de sonrisa y era todo lo que daba de sí el chaval, vamos que era para echarle de comer aparte.

En fin, me veía metida en una historia de lo más rara, absurda y que me estaba volviendo loca, lo

que me hacía falta después de lo que pasé con mi madre y estaba pasando en la distancia, para ahora toparme con este que no sabía si le faltaba un tornillo o la ferretería entera.

Me costó la vida coger el sueño, pero cuando digo la vida es que vi las horas del reloj hasta las dos de la mañana, ya no sabía cómo ponerme ni qué hacer para quedarme dormida, y es que mi cabeza iba a mil por culpa de aquella situación, y lo peor de todo es que lo deseaba...

Capítulo 8



Como cada mañana, después de prepararme, fui a la habitación de Fidel para despertarlo, pero no estaba.

Vamos, que la cama estaba hecha, y ni rastro de mi niño.

Bajé directa al porche, pensando que estaría allí con su padre esperándome para desayunar, y es que después de la noche toledana que había tenido, pues se me habían pegado un poquito las sábanas.

Allí no había nadie, solo mi desayuno, así que me lo tomé tranquilamente mientras charlaba con Desiré por mensajes.

Lo que me echaba de menos esa loca, madre mía y yo a ella, para qué engañarnos.

Recogí todo y al entrar en la cocina me llegó el olor de lo que fuera que estaba preparando Rosalía para la comida.

—Buenos días.

—Buenos días, hija —sonrió, pero era una de esas tristes que no llega a los ojos.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Huele bien, ¿qué vas a preparar?

—Una sopa de marisco y, de segundo, entrecot con patatas panaderas.

—¡Ay, por favor! Ya me tienes salivando. ¿Dónde está Fidel? —pregunté al no verlo, ya que podría ser que Tristán se lo hubiera llevado al despacho.

—No está en la casa.

—¿Se ha ido a pasar el día fuera con Tristán?

—No, hija, él está en su despacho. El que no está, es el niño.

—¿Cómo has dicho? —Miedo, eso sentí en ese momento.

No podía ser que él... No, no había cumplido su amenaza de la noche anterior, vamos, imposible.

—No sé dónde lo habrá llevado, no me lo ha dicho, pero, no ha vuelto con él después de salir.

—Increíble, yo lo mato —murmuré saliendo de allí como un toro de Miura, le iba a dar una cornada que se iba a enterar.

Tres narices me importaron que aquella zona fuera suya y privada, abrí la puerta, sin mirar más allá de donde él estaba sentado, y planté ambas manos en el escritorio para llamar su atención.

—¿Dónde está Fidel? —grité.

—Te lo dije, no subas, y el niño no estará —contestó, sin dejar de mirar la pantalla del portátil que tenía delante, mientras escribía— No subiste, ¿cierto? Pues Fidel no está.

—No puedes hacer eso, sacarlo de su casa así, porque te dé la gana. Por el amor de Dios, ¡¡es

tu hijo!!

—Tú lo has dicho, mi hijo. Soy responsable de su educación y de cuanto le rodea. No está en casa, y no volverá hasta que recapacites.

—¿Hasta que recapacite? Tú estás loco, hijo, de verdad.

—No, no es locura lo que tengo.

—Mejor no entro en lo que tienes, o dejas de tener, que no estoy para más broncas. Trae al niño de vuelta, o juro que la que se larga soy yo y lo cuento todo.

—Te demando, y no estás en condiciones de pagar una suma, digamos... elevada.

—Es que no sé qué quieres de mí, de verdad que no lo sé. No sé ni qué pensar.

—No pienses, solo siente. Entrégate a lo que te propongo, sabes que vas a disfrutar.

—No me lo puedo creer...

Le cerré el portátil de golpe, lo cogí y lo tiré al suelo. Vale, pensé después de actuar, cosa que estaba mal, pero es que me podía la rabia.

Aquel portátil costaría más que mi coche, pero ya no había vuelta de hoja, estaba en el suelo hecho pedazos.

Un padre nuestro tendría que rezar por su alma, y veintitantos por la mía, porque de esa no me libraba ni la Virgen del Rocío.

Miré a Tristán, que me observaba con la ceja arqueada, y me estremecí.

Ahora vendría el momento en el que se levantaba de la silla, me ataba las muñecas y me daba un escarmiento, como dijo la noche anterior.

Joder, y yo excitándome de pensar que eso pasara. Madre mía, estaba ya como él.

No dijo ni una sola palabra, hasta que cogió el móvil y, cuando le contestaron, pidió que le enviaran un portátil nuevo del mismo modelo que se le había roto. Vale, que yo le había roto.

Quise hablar, pero no me salían ni las palabras.

—Insisto, hasta que no recapacites, Fidel no vuelve. Tú misma.

¿Yo misma? Y una mierda, era su hijo. Sí, yo le iba a echar de menos una barbaridad porque ya quería a ese niño con toda mi alma, pero él era quien perdía al no tener cerca a ese niño que le adobara, a pesar de que a veces le temía.

Ni esta boca es mía, me giré, abrí la puerta y cerré dando un portazo de esos que, si te descuidas, se desencaja todo. Bajé a mi habitación y preparé las maletas.

Vamos, igual que había llegado, me iba. Total, ya no había niño al que cuidar, y no iba a hacer de niñera de un señor de casi cuarenta años.

—¿Dónde vas, hija? —preguntó Rosalía al verme con ellas saliendo por la puerta.

—A mi casa, he terminado de trabajar. No hay niño, no hay que cuidar a nadie.

—Pero, ¿qué dices? ¿Dónde está Fidel? ¿Te ha dicho Tristán dónde lo ha llevado?

—Ni media palabra, así que, ahí se queda. Si el niño vuelve y quiere que yo sea su niñera, que me vuelva a contratar el padre, ¡¡pero con aumento de sueldo!! —grité, a ver si me escuchaba.

—Si sales por esa puerta —sí que me había escuchado, sí, imagino que todo lo que dije, pero bien agazapado estaría que yo ni le vi—, no te molestes en volver.

—Pues nada, un placer trabajar en esta casa, ¿eh?

Atravesé la puerta, guardé las maletas en el coche y antes de subirme, miré a la entrada donde Rosalía me miraba sin saber qué había pasado, y Tristán seguía serio, con la mandíbula apretada y la ceja arqueada.

—¡Ah! Jefe ¡Qué te jodan! A ver si así alguien consigue sacarte una mísera sonrisa —sí, levanté hasta el dedo, menuda peineta le hice al señorito.

Arranqué el coche y salí de allí, para no volver. Directa a ver a Desiré me fui.

Loca se quedó al verme, no le podía contar lo ocurrido, así que le mentí, al menos en parte. Dije que había discutido con mi jefe por una serie de diferencias y ale, puerta y para mi casa.

En menuda me había metido, que tenía un contrato y... veríamos a ver cómo salía yo de esa.

Si es que... ¿No me podía haber tocado un trabajo normal, en una casa normal, y con un jefe... normal?

Menuda suerte la mía.

—Pues nada, marchuqui para el *body* —me dijo mi amiga.

—Chica, que es miércoles.

—Hija, el viernes por la noche que, si salgo entre semana, las clases en vez de darlas de zumba, las iba a zombi.

Me reí porque no podía hacer otra cosa, y es que Desiré estaba como una cabra de loca, pero coño, que la quería un montón.

Comimos juntas y por la tarde la acompañé al gimnasio, nos dio una buena tunda la hija de su madre, qué paliza, me dolían hasta las pestañas.

Eso sí, iba a dormir como un bebé, madre mía.

Me despedí y antes de ir a casa me pasé por la agencia para informar que ya no trabajaba en la casa de Tristán.

—¿Y eso? Eras perfecta para el puesto —me dijo Pepi, la chica que gestionaba mis trabajos.

—Ya, hija, pero, a ver, entiéndeme, si el niño ha desaparecido, yo ahí no pintaba nada, al padre no iba a cuidarlo, como tú comprenderás. Ese hombre se puede bañar solito —contesté, con ironía.

—Pero, ¿cómo qué ha desaparecido? No te entiendo, chiquilla.

—Ni yo al padre. Me contrata para hacer de niñera interna un año y, después de unos días, manda al niño a saber dónde, pues nada. No niño, no trabajo.

—Bueno, pues, tranquila, que me encargo de gestionar todo. ¿Te voy buscando otra cosa?

—Por supuesto, yo sin trabajar no puedo estar, ya lo sabes, Pepi. Eso sí, deja que me pegue estos cuatro días de padre y muy señor mío, que me voy a pillar una cogorza con mi Desi, que para qué.

—Estás muy loca, chiquilla, que lo sepas.

—Y bien que me quieres tú, Pepi de mis amores —le di un beso y me fui.

Con esa mujer tenía una muy buena relación, casi mejor que la que existía entre mi madre y yo.

Y hablando de madre, casi que agradecí el haber dejado la casa de Tristán, por cómo me la encontré.

El pestazo a wiski en el salón, además de todas las botellas vacías que había por el suelo, indicaba que nada bueno había pasado en mi casa.

Cuando la vi en el sofá, con un camisón y la bata, despeinada, con el maquillaje todo corrido y dormida, sabía que estaba borracha como una cuba.

—Mamá —le di un golpecito en el hombro, pero no contestó—. Mamá, despierta.

—Mefajerde.

—Mamá, ¿qué dices? —Lo que me faltaba, que me hablara en arameo esta mujer ahora.

Un nuevo intento de despertarla y nada, que no hacía ni el intento.

Pues bien, había que tomar medidas drásticas.

Fui al cuarto de baño, abrí el agua fría de la ducha y, tras llenar medio cubo con ella, volví al salón.

—¡Arriba, que todavía es de día! —preferí gritar eso mientras le echaba el agua en la cara, porque lo de agua va me parecía muy fuerte.

El grito que pegó mi santa madre fue de órdago, pero al menos se espabiló, que era lo que me interesaba a mí.

—Venga, a la ducha.

—Hija de mi vida, ¿era necesario el agua helada?

—Sí, que estabas empezando a hablar en una lengua muerta, y pensaba que estabas poseída por el maligno.

—¡¡Me cago en tus muelas, niña!! —gritó en cuanto la metí, con esa ropa fina, bajo el chorro de agua.

Estaba fresquita, no sé de qué se quejaba con el calor que hacía en época veraniega por nuestra ciudad.

Cuando ya parecía una persona normal, la llevé a la cocina y preparé un café para cada una.

—¿Qué haces aquí? ¿No estabas trabajando de interna en una casa cuidando de un niño? —preguntó, y me sorprendió que al menos se acordara de eso.

—Estaba, tú lo has dicho. Diferencias con el jefe me han llevado a dejarlo.

—Bueno, ya encontrarás otra cosa.

—¿A qué se deben tantas botellas vacías en el suelo?

—Manuel me ha dejado.

—¿Qué dices? Pero si se os veía muy bien —vale, eso era ironía.

—Pues ya ves, cogió la puerta sin decir nada y se marchó.

—Nada, ya volverá.

—No, no lo hará.

La vi hasta triste, pero mejor no pensar en eso.

Preparé una cena rápida y en cuanto acabé me fui a la cama, estaba agotada de tanta zumba.

Caí rendida, así que ni un segundo perdí pensando en el señor alegría.

Capítulo 9



Jueves y nada más levantarme, tras una ducha de esas que reviven a un moribundo, vamos, como la que le di el día anterior a mi madre, me planté en casa de Desiré para desayunar.

Vamos, que tenía que hablar con ella porque sí, al final había dado alguna que otra vuelta en la cama de madrugada pensando en Tristán.

—Buenos días, preciosa mía —me abrazó y me dio un sonoro beso.

—Buenos días. Traigo donuts.

—¡Cómo te odio, hija de fruta! —gritó cerrando la puerta.

De odiarme nada, que bien que se zampaba los bollos y luego los quemaba con sus clases, pero bueno, el caso era quejarse la muy loca.

—Venga, ponme un café que ni he desayunado.

—¡Claro que sí, guapi! Tú de visita para gorronear.

—¿Tendrás morro? Si te he traído yo los bollos.

Nos sentamos con nuestros cafés y charlamos de Fidel, ella decía que me brillaban los ojos al nombrarlo, pero es que no era para menos, quería muchísimo a ese niño.

—Y con el padre, ¿qué tal?

—Ni bien, ni mal.

—Ya, las diferencias esas que me dijiste ayer, pero, ¿qué pasó?

—Diferencias, ya te dije.

No quería, pero tenía que hablar con ella, es que aquello me estaba poniendo de los nervios.

—A ver, te voy a contar algo, pero por favor, no te me asustes —dije dejando la taza de café en la mesa.

—Si ya empiezas así, malo. Venga, desembucha.

Y eso hice, empecé a hablar de cómo era Tristán realmente, de su carácter serio durante el día y de ese otro aspecto sensual y erótico por las noches.

Ella no salía de su asombro, y no me interrumpía siquiera, estaba tan calladita que parecía una de las figuritas de porcelana que tenía en el salón.

—Di algo, que me estás preocupando —le pedí cuando acabé de contarle lo que había pasado esas noches en su cuarto del terror.

—Es que... no sé qué decir. Chica, es como el Grey ese.

—A tanto no creo, bueno, no sé, pero... Ay, ¡yo qué sé! El caso es que cumplió lo de sacar al niño de casa si no subía.

—A ver, que igual le gustas no solo para que juguéis a los... Bueno, al profesor y la alumna castigada.

—¿Profesor y alumna? ¿Te has vuelto loca?

—Coño, ¿no dices que te castiga? Antiguamente los profesores eran muy severos.

—Mira, no me pongas más nerviosa, por favor te lo pido.

—Hija, es que igual se siente atraído por ti, no sé. Te ha metido... —hizo un gesto con los dedos, y me llevé las manos a la cabeza.

—Sí, pero ya está. Según él, ni besos, ni sexo normal porque no ha llegado el momento. ¿Qué quiere que piense yo de eso? Si es que, tengo una suerte...

—¿A ti te gustaría probar eso? Que igual te gusta, y, si es el caso, pues me lo cuentas a ver qué tal la experiencia, por si el señor alegría tiene un amigo, y eso.

—Desiré, que tú eres más tradicional que una abuela. Llevas diez años sin pareja y sin catar...

—Ya, ya, no me lo recuerdes... Si es que no me ha gustado nadie, me acuerdo de mi niño y me muero de la pena.

—Anda, vamos de compras a ver si se nos pasa la tontería que tenemos.

—Eso, a quemar tarjeta, ya te vale, como tenemos tanto en el banco, ¿verdad, loca?

Reímos y salimos de su casa dispuestas a pasar el día fuera, y eso hicimos.

No salimos del centro comercial hasta la noche, que volví a mi casa con un par de zapatos, un conjunto de lencería que me había encantado, unos vaqueros pitillo al estilo Grease y una camiseta de hombro caído que me sentaba fenomenal.

Mi madre, como siempre, ya estaba durmiendo la mona en el sofá, pues ahí se iba a quedar.

Había cenado con Desiré, así que, directa me fui para la cama.

Y me entró una pena tan grande al acordarme de Fidel, que se me hizo un nudo en el estómago y empecé a llorar.

Tal vez, si hubiera subido aquella noche, el niño seguiría en la casa y yo también, pero es que... no podía, no al menos así, sin que me dijera algo más.

No estaba enamorada de Tristán, ¿verdad que no? Joder, qué lío todo, pero es que, si me hubiera abordado besándome, y después ya me hubiera metido mano, pues como que era algo normal si un hombre se sentía atraído por una mujer, ¿no?

—Dios, ¡qué lío! —Me tapé la cara con la almohada y así me quedé un rato, hasta que decidí dormirme.

Viernes, noche de chicas. Ese era el plan.

Desayuné mientras mi madre se duchaba, y bien que hacía la mujer porque yo pasaba de darle un remojón como el del día que la encontré.

Se la veía triste, pero vamos que se le pasaría en unos días, sobre todo, a base de wiski.

Yo intentaba que no bebiera, de verdad que sí, pero no había manera, ella se ponía cabezona y acabábamos a gritos.

Recogí mi habitación y me fui a la peluquería a arreglarme un poco el corte, vamos que me iba a poner mona para salir esa noche con Desiré y quemar la noche.

Me llamó por teléfono justo cuando salía de la peluquería, quería que nos tomáramos un café, así que me pasé por el gimnasio, que los viernes estaba en el turno de mañana.

—Mira, qué guapa va ella —dijo nada más verme.

—Hija, un arreglito que ya tocaba.

—Eso está bien.

—¿Qué tal el curro?

—Hasta el moño de “la plásticos”. Qué manera de tirarle los tejos al de spinning, de verdad. Es de un descarado la jodida, pero el otro se deja, no te creas que la corta. Al final esos dos acaban liándose, ya verás.

—No, si no lo dudo, a tu compañero no hace falta que le bailen mucho.

Nos despedimos, quedando en vernos por la noche, y me fui a casa después de comprar un pollo para comer.

Yo no tenía ganas de cocinar, y sabía que mi madre no lo iba a hacer, así que mejor eso que nada.

—Mamá, a comer —dije cuando tenía todo listo.

—No tengo hambre.

—Eso, tú solo aliméntate de wiski.

No tenía remedio, de verdad que no lo tenía.

Comí tranquilamente, me tomé un café y vi un rato la televisión antes de acostarme, me iba a pegar una buena siesta, que la noche iba a ser larga, lo veía venir.

Me sonó el teléfono, pero era un número oculto y pasé de cogerlo. Pensé que podría ser Pepi, pero ella siempre me llamaba desde el fijo de la agencia, así que nada, pasando.

Y mi madre sin comer, si es que no había manera de hacerla entrar en razón. Cualquier día acabaríamos teniendo un disgusto y me veía yendo con ella al hospital.

Apagué la televisión y me fui a la cama, unas horitas de siesta y por la noche estaría más fresca que una lechuga. Ya tenía ganitas yo de una noche de cena y copas con mi Desi, la loca de mi vida.

Capítulo 10



Tal como me desperté de la siesta comencé a arreglarme para salir con Desiré, esta noche me pensaba comer el mundo y parte de la Galaxia.

Echaba de menos a Fidel, era la verdad y es que le había cogido mucho cariño a ese niño, pero lo del padre... ¡Estaba para que lo encerraran!

Aunque reconozco que ese tío sin ese comportamiento era una joyita que cualquiera se querría llevar a la cama, pero parecía que ese hombre era de todo menos eso, en fin... Ni pensar quería que iba a terminar loca.

—Mamá, me voy y no sé si volveré por la madrugada o por la mañana.

—Échame un wiskito hija... —Alargó su vaso.

—Échatelo tú con el coño —me salió del alma y me fui negando, vamos, lo que me faltaba, incitarla más de lo que sola lo hacía.

Lo que me faltaba a mi darle también de beber, claro, claro, en fin.

—Ole lo más bonito de todo Salamanca —dijo mi amiga al verme.

—Calla que me he levanto de la siesta de una mala leche...

—Eso lo solucionamos con unas copas.

—Valor tengo yo de beber con lo que tengo en casa.

—Lo de tu madre es un caso aparte.

—Me tiene desesperada, te lo juro.

—Te entiendo, pero no pienses.

—Ya, mejor ni pensar, la verdad es que es increíble la mala suerte que tengo en todo.

—¿Sin noticias de nada?

—No, esperando estoy que me den el finiquito, o los días trabajados o lo que sea, no tengo idea de nada —hablábamos mientras caminábamos.

—Joder, es que lo que no te pase a ti...

—Ya te digo —resoplé, estaba de lo más agobiada.

Tras un paseo de una hora y una parada para tomar una cerveza, llegamos a la terraza de un bar que se ponía los fines de semana de lo más animado. Nos sentamos y pedimos un par de cervezas con unos pinchos de montaditos de serranito.

—Te juro que tengo un nudito en el estómago —dije con tristeza mordisqueando el serranito.

—Te has enamorado de ese hombre. ¿Tan guapo es?

—Como uno de esos actores que te hacen toda la peli suspirar —dije con tristeza.

—Vaya, te has enganchado a él.

—Y al peque, ojalá fuera mío.

—¡Qué dices! Pero si has trabajado con muchos niños.

—Pero este es diferente y el saber que no tiene mamá que le ponga al padre las cosas en su sitio y consienta al niño...

—No te mortifiques.

—Una cerveza, por favor —irrumpió una voz reconocida para mí.

Nos giramos las dos y...

—¿Qué haces aquí? —pregunté incrédula al ver a Tristán, ya sentado en nuestra mesa.

—Hola. Soy Tristán, el padre de la criatura de la que estaba hablando Jimena —dijo con media sonrisa, esa que nunca le había visto y en tono de retintín. ¿Me había escuchado?

—Hola —sonrió mi amiga flipando en colores y con la boca tan abierta que me daban ganas de cerrársela con las manos —soy su amiga Desiré.

—Un placer —volvió a sonreír y yo estaba que no daba crédito.

—Tristán ¿Y esto? —pregunté en un tono no muy borde, eso porque estaba en shock.

—No sé, me apeteció salir, probar la noche que hace muchos años que no salgo y mira por donde, te vi aquí y me dije: me uno y así no estoy solo —me hizo un guiño en plan gracioso y descarado, ¿Qué le pasaba a este ahora?

—¿Me has seguido desde mi casa?

—No —sonrió al camarero que le había traído la cerveza y, claro, él tenía mi dirección, eso de pasar por aquí y verme, nada de nada —. Bueno, realmente fui a buscarte a tu casa, por cierto, muy simpática tu madre, quedó en invitarme en estos días a patatas con huevos —dijo sonriente.

Mi amiga y yo nos echamos a reír, no nos quedaba otra, eso de mi madre hacer patatas con huevos, es una bolsa de snack y dos huevos duros al lado.

—¿Y Fidel? —pregunté a sabiendas de que quizás no quería entrar en ese tema delante de Desiré, pero bueno, no entendía a que venía y sí que me importaba saber del niño.

—En casa, fue el que me mandó a buscarte para darte esto y un mensaje —sacó del bolsillo un folio doblado donde había un dibujo de un niño con su nombre, de la mano de una mujer a la que puso mi nombre, en ese momento se me hizo un nudo en la garganta y se me saltaron las lágrimas.

—Lo siento —dijo Tristán.

—Una cosa... —dijo Desiré —creo que deberíais de hablar —se levantó y cogió su montadito —. Me voy a ver a Lourdes a su local, así charlo con ella, si queréis luego os pasáis, o te pasas, o lo que sea —dijo y asentí con la cabeza —. Un placer, Tristán. Por cierto, si tienes un amigo como tú o un hermano gemelo, le das mi número —se giró y vi como sonreía Tristán.

—¿Qué mensaje me tienes que dar de Fidel?

—Mañana es su cumpleaños, solo estaremos nosotros, dice que te quiere como regalo, me lo pidió entre lágrimas —entre lágrimas estaba yo, que ya me daba hasta vergüenza de la de gente que había allí y yo venga a secarlas con mi mano.

—¿A dónde te llevaste a Fidel? —pregunté casi sin fuerzas.

—A un club del que soy socio, allí hay en verano actividades de campamentos de día, se lo pasó muy bien, dice que quiere repetir.

—¿Sabes que eres un imbécil?

—No, no lo sé, pero imagino que sí.

—Claro que iré, por Fidel lo haré.

—¿Vas a volver a trabajar?

—No lo sé, tendrían que cambiar mucho las cosas.

—¿Cómo qué? — Se apoyó sobre la mesa y se puso cerca de mí, poniéndome el corazón en la boca.

—No me volverás a obligar a ir a ese cuarto y no volverás a utilizar al niño para hacerme daño a mí.

—Nunca te obligué, cuando quisiste te fuiste.

—No me vuelvas a nombrar esa habitación y no te vuelvas a meter en mi forma de ser con el niño, no todos somos iguales y no puedes creerte que tienes la razón en todo.

—Es mi hijo.

—Pues cuídalo tú.

—No puedo.

—Pues entonces tienes dos opciones: aceptar a la persona que has elegido para cuidarlo, o no, pero no te vuelvas a meter —mi tono era bajo y para nada amenazante, pero sí muy conciso.

—Soy su padre.

—De acuerdo, pero Fidel es un niño y no va a tener dos infancias, necesita salir al parque, a la playa, hacer cosas, no puedes tenerlo siempre en la casa por mucho jardín y parque que le montes allí y no puedes pretender que coma como un chico de quince años, es muy pequeño y tiene que disfrutar de esa edad, no puede actuar como alguien mayor.

—No tengo mucho tiempo.

—Pues lo sacas, además yo sí puedo llevarlo a la playa y al parque, deberías confiar en mí, sé cómo cuidarlo.

—Lo iremos hablando.

—Pues cuando lo tengas claro, cuenta conmigo, mientras no.

—Podemos intentar hoy llevarnos bien...

—Yo siempre lo intenté, pero me lo pusiste muy difícil.

—¿Una tregua?

—Sí —asentí murmurando.

—¿Vamos a tomar algo a otro sitio?

—Vale.

Pagó y nos fuimos andando hacia su coche, me echó el brazo por encima, cosa que no me esperaba, pero lo entendí como un modo de protección, era de noche, mucha gente bebiendo en la calle, no sé, pero tenía un nudo en la garganta que no podía quitármelo.

No sabía por qué había aceptado, ni donde iba, ni nada de nada, pero me daba igual, en cierto modo necesitaba respuestas que solo él me podía dar, aunque fuera entre líneas, no sé, me estaba volviendo loca.

Me abrió la puerta del copiloto y me monté.

—Tenemos dos opciones —dijo arrancando el coche—. Nos vamos al paseo, a una terraza tranquila o vamos a mi casa, al patio trasero a hablar relajados y prometo no proponerte algo.

—Me da igual —dije con tristeza.

Se dirigió a las afueras y sabía que había elegido su casa, es más, lo tenía claro, aunque con la cara que yo tenía y como me sentía, la verdad es que prefería irme allí.

Llegamos y estaba todo en silencio, ya estaban durmiendo y entramos para pasar a la parte de atrás.

—¿Puedo subir un momento a darle un beso?

—Claro —extendió su mano.

Subí sin hacer ruido, de la misma manera que entré a la habitación y ahí estaba mi angelito precioso, durmiendo con esos labios hacia fuera que daban ganas de comérselo.

Le di un beso en la mejilla con cuidado y lo miré un poquito, luego salí sin hacer ruido y bajé

hacia la parte de atrás donde Tristán, ya había puesto dos copas de ginebra con tónica.

—No sabes cuánto preguntó mi hijo por ti —medio sonrió, al menos ya no era un amago.

—Eres muy cabezón y duro, te lo digo en serio, deberías de abrazarlo más y disfrutar de él, tirarte al césped y jugar, deberías de crearles grandes recuerdos que le saquen mil sonrisas cuando sea un hombre, no que te recuerde como ese padre serio y severo, porque le causarás miedo.

—Quizás no sé hacerlo de otra forma.

—Pues aprende, pon de tu parte, ponte en su lugar, piensa que lo que para ti es insignificante para él, puede ser el mayor de los problemas. Él, necesita ser niño, no estar constantemente metiéndose información de lo que debe de hacer o cómo actuar.

—A ese niño lo amo...

—Lo sé, nadie lo pone en duda, pero no sabes ejercer de padre. No se lo estás poniendo fácil y deberías de dejar ese papel de lado, sé que puedes dar mucho de ti.

—Lo intentaré.

—Lo harás —le señalé con el dedo y le saqué una leve sonrisa, estaba afectado, se le notaba, pero necesitaba que alguien le plantara cara y le hiciera al menos pensar.

—¿Sabes?

—Dime.

—Siento haberte tratado así, no te lo merecías.

—¡Venga, ya! ¿No me dirás que tienes corazón y todo? —me eché a reír.

—Algo debe de haber por ahí, pero que lo sienta no significa que pueda cambiar de un día para otro, creo que no tengo remedio —carraspeó arqueando la ceja y mirando la copa.

—Déjame ser yo y te termino cambiando —me reí.

—¿No eres tú?

—¡No! —me reí negando— Yo no soy la que conoces, un poco de ella quizás, pero aquí me corto, estoy trabajando, yo soy más bromista, más irónica, más respondona y dulce cuando quiero —ladeé los labios.

—Sé que tienes tu carácter, a los hechos me remito, pero no sé, puedes ser tú.

—Claro que sí y terminamos a hostias, porque más de una te hubieras llevado —sonrió ampliamente mientras negaba levemente, al final le sacaba una carcajada y todo, dos copas más y lo echaba a reír.

—No te pondría la mano encima jamás, ni, aunque tú me lo hicieras.

—Encima no, pero dentro, hasta el infinito y más allá —solté con todo ese arte que tenía y volvió a sonreír plenamente.

—Lo siento...

—Tranquilo, dos veces más y creo que escribo un relato erótico —me eché a reír.

—No te volveré a decir que vayas allí, quédate tranquila.

—Ni muchas más cosas que me has dicho con lo del niño.

—Lo intentaré.

—Vale —alargué mi mano para firmar la paz y el acuerdo, pero se la llevó a sus labios y la besó.

—Mal comienzo, de ahí el refrán “Da la mano y te cogerán el brazo”

—No me pude resistir.

—Pues vas a aprender a hacerlo, ¿verdad?

—Hablamos de no ir al cuarto ese...—carraspeó.

—Ya me estás liando y te tengo en cuarentena —me llevé los dos dedos a mis ojos y luego a los

suyos como señal de que lo vigilaba.

—Está bien —levantó las manos sonriendo.

—Bueno, explícame eso del cumpleaños ¿Qué le tienes pensado hacer?

—Le he comprado un cochecito de batería grande para que él lo conduzca por el jardín.

—Eso le encantará, me dijo que quería uno. ¿Y de preparativos?

—Iré a comprar una tarta a la pastelería.

—Te pregunto, ¿aparte del coche no has comprado nada de preparativos no?

—Aún no.

—¡Ole tus cojones! —me eché a reír y le saqué una sonrisa.

—No estoy preparado para esas cosas —apretó los dientes.

—Para nada. Yo me encargaré mañana antes de venir y cuando yo llegue que Rosalía lo entretenga en su cuarto y le preparamos el jardín.

—Vale, te doy el dinero y compras todo lo que necesites.

—Y de la tarta me encargo yo, que te veo trayendo una de esas de nata o merengue de toda la vida y no, tendrá una de sus personajes favoritos.

—Gracias.

—No hay de qué —resoplé negando.

—¿Volverás para quedarte?

—Si me prometes que me dejas salir alguna que otra noche o dar una vuelta con el niño, para llevarlo a la playa, al parque y demás.

—Te dejaré ir con el niño donde quieras.

—Obvias lo de salir alguna la noche.

—Si vas conmigo, sí...

—Espera, espera, espera, que no soy tu novia y te veo muy machista.

—No es machismo.

—Si lo es, y si yo en mi noche libre quiero salir un rato un viernes o sábado, lo haré.

—Lo hablaremos —parecía que había visto al diablo porque la carita la tenía desencajada.

—¿Qué tienes en contra de que yo salga?

—No quiero que te pase nada.

—Y, ¿por qué me tendría que pasar algo?

—¿Recuerdas hace ocho años lo que le pasó a la chica en el puente? —preguntó con un tono de lo más bajo.

—Sí, claro que lo recuerdo ¿Quién lo puede olvidar? Pero los asesinos y violadores de ella están en la cárcel. Eso le podría pasar a cualquiera, pero no es habitual.

—Era mi novia... —fue murmurar eso y darme un vuelco el corazón.

—Tristán, lo siento... —Se me hizo un nudo en la garganta.

—Tranquila, poco a poco, cuesta a pesar de los años, pero, poco a poco, de ahí que quiera proteger tanto...

—¿Te puedo preguntar algo? —dije con algo de miedo.

—Sí —afirmó con tristeza.

—¿Te has acostado con alguien después de ese suceso?

—No —negó con un brillo en los ojos y diciéndolo con el corazón.

—Ahora comprendo muchas cosas, tienes necesidad de tocar, pero no quieres hacerlo con otra que no sea ella. Incluso lo de Fidel, que no quisieras tenerlo con ninguna mujer y sí en solitario, te has quedado aferrado, viviendo de su recuerdo.

—Así es, jamás toqué a nadie antes de ti.

—Ay Dios —me puse las manos en la cara y me levanté —Levántate, por favor —le pedí y lo hizo.

—Pon las manos en cruz y cierra los ojos.

—Jimena...

—Hazlo, por favor —lo hizo y me acerqué para abrazarlo —. Abrázame sin miedos, no por ello le vas a fallar a ella.

—No puedo —su voz era desquebrajada.

—Si puedes, abrázame.

Lo hizo y lo apreté fuerte contra mí, sabía que lo necesitaba, pero no era capaz de hacerlo, al igual que ahora entendía que nadie durmiera en su habitación, para él, eso era faltar al amor que seguramente un día le prometió a esa chica, de ahí su carácter y todo.

—Dame un beso —doblé la cara para que besara mi mejilla.

—No puedo...

—Sí qué puedes y bien fuerte, así que, adelante.

—Me da...

—¡Qué me lo des joder! —me reí con la cara doblada esperando que lo hiciera y lo hizo —¡Más fuerte! —volví a reír.

Y me besó más fuerte junto a ese abrazo, a este lo iba yo a enseñar a besar, abrazar y sacar todo aquello que no le dejaba ir hacia adelante.

Nos volvimos a sentar y no dejaba de mirarme con esa media sonrisa, había faltado todo esto para yo llegar a entender que pasaba en el corazón de ese hombre que estaba enterrado en vida.

—¿Te vas a quedar a dormir?

—Con una condición...

—Dime.

—Qué duermas en mi cuarto conmigo —no le iba a decir yo en el suyo porque ya me lo terminaba de cargar al pobre mío, pero todo se andaría.

—No sé...

—No tienes que saber, te vas a venir y ya, no por eso vas a ser juzgado, ni vas a fallar, no puedes vivir así.

—Ya, pero...

—No hay más peros que los que te montas tú solito en tu cabeza, así que nos tomamos esto y nos vamos a dormir.

Medio sonrió con tristeza y es que, yo sabía que le costaba un mundo, pero tenía que conseguir que ese hombre volviera a sonreír, salir de sus miedos, de su dolor, tenía que volver a vivir y, sobre todo, hacerlo por Fidel.

—Voy a cambiarme —dijo cuando subimos.

—No, yo no tengo ropa, así que duermes en calzoncillos y yo en ropa interior —lo jalé hacia dentro de mi dormitorio.

—Necesito tiempo.

—¡Qué te quites la ropa, joder! — Me quité la mía y me metí en la cama en braga, total desnuda ya me había visto.

Me puse a un lado y esperé que se metiera, tenía un torso que era una pasada, bueno, es que tenía un pedazo de cuerpo.

Se tapó y se puso boca arriba, me hizo gracia.

—Ponte mirando hacia mí ¡Maleducado! No te voy a violar ni nada por el estilo —me reí.

Se giró con esa pequeña sonrisa y esa mirada penetrante, me pegué a él y lo abracé, parecía un gato de escayola, ni se movía.

—Me puedes cobijar, ¿eh? —reí.

Me echó el brazo por la espalda y me pegué más a él.

—Buena noches, Jimena.

—Ah no, a mí me das, aunque sea, un beso en la frente —me reía para hacerlo sonreír al menos.

Me besó la frente y nos quedamos un poco abrazados así, de lado, luego le hice poner bocarriba y me recosté sobre su hombro. Le costaba la vida moverse, eso de él tener que participar era como si no fuera capaz.

Capítulo 11



Cuando abrí los ojos Tristán estaba mirando hacia el techo, sin moverse, imagino que lo hizo por no despertarme.

—Buenos días, jefe —sonreí besando su mejilla.

—Buenos días, Jimena.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Joder, deja un poquito la educación y el saber estar, hijo, qué gracias ni gracias —me reí mientras en un acto rápido me subía encima de él a sentarme, creo que se quedó sin aliento.

—No es eso —arqueó la ceja.

—¿Entonces qué es? —Cogí sus manos y las puse a cada lado de mis caderas.

—Me cuesta, soy incapaz de ser de otra manera.

—Dame un mes y vas a reír a carcajadas, hasta vas a follar como un loco —me reí mientras él, arqueaba la ceja con esa media sonrisa.

—Muy segura te veo —carraspeó.

—No me conoces —me eché sobre él y lo abracé besando su cuello.

Ni se movía apenas, me hacía gracia, tan hombretón y con ese corazón tan tocado...

—Vamos...

—Ah no, a mí me abrazas bien fuerte, que no parezca que me voy a romper, eso si no quieres que te viole ahora mismo —me reí.

—Dame tiempo —me abrazó débilmente.

—¡Qué me abrases fuerte, joder! —le reñí riendo.

Y me abrazó, pero le costaba la vida. Ese hombre estaba tan tocado, que hasta pena me daba.

Nos quedamos unos minutos así, yo no dejaba de besarle el cuello, el me abrazaba, pero con esos miedos y no era capaz de besarme, pero me daba igual, sabía que, poco a poco, iba a sacar a ese gran hombre que estaba segura que era.

—Y ahora, ¿cómo lo hacemos para que no me vea el niño? Yo voy a llamar a un taxi.

—No, te llevo y vamos a comprarlo todo, así también veo a tu madre mientras haces las maletas.

—Bueno, por la mañana, estará durmiendo —negué.

—Vamos a hacer una cosa, le voy a pedir a Rosalía que se lleve al niño a su cuarto un rato y lo meta en la bañera, ya debió de desayunar, así bajamos y desayunamos en la calle.

—Vale.

—Ahora vuelvo.

—Dame un beso —me fue a besar en la mejilla y le puse los labios rápidamente, y ahí cayó el beso.

Sonrió negando y se levantó, se vistió para bajar mientras yo me quedaba con una sonrisa de idiota que no podía con ella.

Diez minutos después volvió haciendo el gesto de que ya podíamos salir.

Lo primero fue parar en una cafetería a desayunar, yo estaba hambrienta, el señor serio también, muy atento y demás, pero serio como él mismo, aunque yo con mis cosas conseguía sacarle su cuarta o media sonrisa.

De ahí fuimos a mi casa, mi madre estaba en el sofá con un café y una cara de resaca impresionante, menos mal que se había duchado.

—Hombre, mi hombretón favorito —dijo mirando a Tristán.

—Hola —sonrió—, me alegro de verla.

—¿Un cafelito?

—He desayunado, pero lo acepto.

—Hija, hazle un café.

—Ya me extrañaba a mí que te fueras a levantar... —negué riendo y se lo preparé, así que los dejé charlando mientras fui a preparar de nuevo las maletas, esperaba que esta vez me durara más el trabajo.

Salí y ahí estaban charlando, le dije a mi madre que me iba, pero quería que ella empezara a pensar un poco, y me dijo que lo intentaría.

De allí fuimos a por una tarta de Spider-Man, sabía que le iba a encantar. Luego fuimos a por chuches, un montón de ellas en paquetitos individuales y sueltas, el padre se quejaba, pero yo hacía caso omiso, a mi niño no le iba a faltar de nada ese día.

Luego le pedí que me llevara a una tienda de juguetes, me esperó en el coche y entré para comprarle unos regalitos que tenía pensado y no eran otra cosa que unos muñecos de superhéroes. Nos fuimos a comer a una pizzería, Rosalía nos iba a avisar cuando lo hubiera acostado a dormir la siesta, así nos daría tiempo a preparar todo el jardín con los globos y demás. Aquello le tenía que sorprender, sí o sí.

Rosalía nos llamó a las tres y ahí fue cuando nos fuimos para la casa, ella me dio un beso con mucho cariño al verme.

—Me alegro de tenerte aquí de nuevo, Fidel te echa mucho de menos.

—Lo sé, pero a mí este hombre de hielo no me hará que me vaya más, ya lidero al lobo —nos reímos.

Subí las maletas a la habitación y bajé al jardín, nos pusimos entre los tres a llenar globos, colocar los regalos a un lado. Sobre la mesa pusimos las chuches y la tarta, quedó todo muy divertido, hasta un había Superman gigante de globo de helio que le había comprado.

Un rato después subió Rosalía a por el niño, nosotros esperamos tomando café y cuando lo trajo con los ojos vendados, por poco me desmayo de amor, cuando lo vi con esa sonrisita sin saber que le esperaba.

Me puse detrás de él y le quité la venda, miró a su padre y a Rosalía con la manita en la boca y cuando se percató de que tenía a alguien detrás, se giró y al verme...

—¡Jimena! —gritó lanzándome las manos y lo cogí en brazos.

—Mi vida. ¡Felicidades! —lo comí a besos.

—Has venido...

—Y no me pienso ir, antes echo a tu padre y a Rosalía, pero de aquí no me mueve nadie —carraspeé consiguiendo una preciosa carcajada.

Le cantamos el “cumpleaños feliz” y sopló las velas de la tarta, esa que le emocionó un montón.

No dejaba de mirar la caja gigante que era donde estaba el coche y cuando la abrió, se puso a tocar las palmas de lo más feliz.

Cuando descubrió mis regalos también, además de un maletín de herramientas que le había regalado Rosalía.

Era para ver a Fidel con el coche alrededor de la piscina.

—¡Cuidado! —le decía el padre.

—Calla, hijo, déjalo, que no le va a pasar nada —resoplé negando y me arqueó la ceja, pero ni caso le hice.

Pasamos toda la tarde con él. Por la noche, fue Tristán al McDonald a por menús, ya que el niño lo había pedido para ese día y no permití que el padre dijera que no, vamos con la mirada lo eché y le dije qué es lo que quería.

Cenamos con él y con Rosalía, que también se comió un menú y luego me fui a dormir al pequeño que estaba agotado, se caía de sueño cenando, los ojitos no le aguantaban más y es que le gustaba dormir una barbaridad, además había jugado un montón esa tarde.

Capítulo 12



Bajé y estaba tomando una copa de vino y me había servido otra.

—¿Ves que feliz estuvo hoy el niño y cómo disfrutó? —dije sentándome.

—Tampoco es que yo lo tenga sin disfrutar, mujer.

—No —reí—, pero a un niño hay que darle más cuerda, que juegue, se divierta y sea muy feliz.

—¿Tan mal padre me ves?

—No, pero sí estricto, demasiado y así no vas por buen camino, por supuesto que hay que educar, pero no a base de imposiciones absurdas —sonreí.

—Te haré caso en algunas cosas —medio sonrió.

—Me harás en muchas, vamos, te lo digo yo —carraspeé.

—Gracias por ayudarme con su día.

—No hay de qué, fue todo un placer y, otra cosa, duerme con el niño de vez en cuando, sé más cercano, esas cosas son las que le llenará el corazón.

—Me está cayendo un buen rapapolvo contigo, ¿eh?

—Pues no es nada para lo que te queda —me encogí de hombros.

Había algo en él que yo quería conseguir sacar, algo me decía que antes de lo del suceso de su novia, él era feliz, ahora le costaba y tenía que serlo por su hijo, sobre todo, por él también, pero era como si se hubiera quedado parado en el tiempo, en ese día en que todo sucedió.

Estuvimos charlando un poco de lo de mi madre, me decía que él estaba dispuesto a hacerse cargo de una buena clínica, le dije que no se lo podía aceptar.

—No me lo tienes que aceptar, debes hacerlo por ella.

—Vaya, ahora me vas a dar las lecciones tú —sonreí.

—Lo iremos hablando.

—Vale.

Me pareció un gesto de lo más bonito por su parte.

—Ya es hora de irnos a dormir —dijo levantándose.

—Claro, a mi habitación.

—No —sonrió.

—Bueno pues me voy a la tuya —bromeé.

—Debes descansar tranquila.

—Lo haré, pero a tu lado, así que, tú decides, yo te sigo...

—Como me sigas sabes dónde vas a terminar —le salió esa media sonrisa.

—¡Vamos! —dije sonriente—. Eso sí, con la condición de que allí nos tomemos la última.

—Claro —sé le escapó una sonrisa.

Vamos con los dos vinos que me había bebido, la habitación del terror era para mí como una sala

de circo, además había una cama impresionante y ahí tenía claro que era donde íbamos a dormir. Lo seguí y me dejó paso al entrar echándose hacia un lado, él iba con una botella de vino nueva y dos copas que no tardó en servir mientras yo miraba por la ventana.

Se acercó a mí por detrás y la puso en mis manos.

—Sabes que aquí corres el riesgo de...

—De lo que quieras, hoy te mereces lo que quieras —ladeé la cabeza para mirarlo.

—¿Segura?

—Totalmente...

Sus manos se fueron hacia los tirantes de mi vestido, era de algodón con lo cual los bajó sin ningún esfuerzo, yo seguía mirando por la ventana, con la copa en la mano, sinceramente, me moría porque me tocara.

Desabrochó mi sujetador y lo dejó caer hacia adelante, yo seguía ahí quieta sin hablar, quería dejarlo en sus manos, que sacara aquello que le apetecía en ese momento, que lo hiciera como quisiera. Por supuesto, yo seguiría sacando los días siguientes todo aquello que llevaba dentro, pero después de las charlas que le había dado desde el día anterior, ahora quería que fuera él el que lo hiciera como quisiera, como le apeteciera, con sus miedos y sin ellos, pero quería dejarme llevar por aquella situación.

Bajó mi braguita dejándola caer al suelo, esa que completaba todo y me quedaba totalmente desnuda ante él...

Sabía que me iba a tocar poco, prefería hacerlo con los juguetes para no tener mucho contacto y sentir que la estaba fallando, estaba convencida de muchas de las cosas que hacía y tenía su por qué.

Se apartó para ir a por algo, ni me moví, disfrutaba de ese momento, esa era la verdad, me sentía en sus manos y antes no lo llegaba a disfrutar con profundidad, bueno es que me cogió todo de aquella manera y no lo entendía, ahora que sabía las razones que lo llevaban a actuar así, no me importaba dejarme llevar, como lo que me pidió en su momento.

Lo sentí como ponía cosas en la encimera y luego vino hacia mí, con su mano me llevó a lo que yo llamaba el burro del parto, pero me puso en medio y mirando hacia la camilla, me echó hacia delante para que me dejara caer y me abrió con su pierna las mías que estaban apoyadas sobre el suelo.

—No te muevas —murmuró y lo sentí ir de nuevo a donde estaban las cosas, las puso a su lado en una mesita movable que tenía

A mí se me escapó un gemido al sentir entre mis partes aquel chorretón de líquido.

Me penetró con sus dedos lentamente con ese gel, su dedo pulgar me acariciaba en el trasero y eso me puso un poco nerviosa, pero cerré los ojos y me dejé llevar, confiaba en él. Apretaba un poco hacia dentro, pero con cuidado, notaba que tenía unos guantes de látex puesto, cosa que me pareció escuchar antes.

Me metió el vibrador de la otra vez, al menos me parecía y colocó la otra parte en mi clítoris, lo puso en marcha y mi corazón se aceleró.

Levantó un poco mis caderas y abrió mis nalgas, noté un chorro de gel en mi trasero y solté el aire al notar que colocaba su dedo ahí.

Lo fue moviendo con cuidado ayudado por ese gel, yo no quería decir nada, me dejé llevar...

Fue entrando, poco a poco, no dolía, era un poco incómodo, pero a la vez muy excitante. Noté como lo movía mientras con su otra mano agarraba mi cadera.

Aquello me puso de lo más excitada, comencé a gritar entre gemidos y él iba intensificando al

saber que me encendí. Entre el succionador, vibrador y su dedo por detrás, llegué a un orgasmo que casi se me lleva la vida.

Sacó su dedo con cuidado y me quitó los juguetes, noté como se quitaba los guantes, yo no podía ni moverme.

—¿Estás bien?

—Bueno, no me puedo ni mover.

—Ven —me ayudó a levantarme.

Me giró y me hizo sentar con las piernas en alto, me reí negando porque no sabía que más quería él, en ese momento, aunque, a decir verdad, yo me dejaba hacer lo que quisiera, estaba disfrutando como una enana.

Cogió unas toallitas húmedas y comenzó a limpiarme por ambos lados a la vez, luego la tiró a un cubo de basura y vino con otra para repetir la jugada.

Cuando me tocaba por detrás me encendía un montón y es que yo jamás había probado esa sensación, pero me había sorprendido gratamente.

—Nunca me habían tocado por detrás —solté riendo y le saqué una media sonrisa.

—Pues me alegro de que hayas confiado en mí. ¿Nunca usaste un dilatador anal?

—¡No! —reí.

—¿Quieres dormir con uno?

—¿Toda la noche con algo ahí dentro? —pregunté con cara de asombro.

—Claro.

—No sé yo...

—Te lo pongo y cuando quieras te lo quito.

—Bueno, otro día —me reí nerviosa y él fue a cogerlo.

—Saca las caderas hacia fuera todo lo que puedas.

—¿Ya viene el niño? —pregunté riendo como si fuera a parir y lo vi sonreír.

Puso un poco de gel y cuando noté eso ahí, di un respingón.

—Tranquila, va a entrar suave, es pequeño.

—¿Lo hay a la medida? —pregunté riendo y él paro esperando que dejara de moverme.

—Los hay de varios tamaños —carraspeó.

Comenzó a entrar y yo a soltar el aire, era una sensación de lo más rara y placentera, además de un poco molesta, pero la mezcla invitaba a vivirla.

Entró hasta el fondo y se quedó ahí colocado, me bajé y fui a dar un trago al vino, menos mal que se podía andar con eso, se había quedado como una cuerda fuera.

—Vamos a la cama —dije metiéndome en ella y viendo cómo se quitaba la ropa—, y pienso dormir en tu hombro que hoy me he dejado llevar.

—Tienes razón y me has sorprendido gratamente.

—Si a mí por las buenas es muy fácil ganarme, eso sí, como sea a las malas, has dado con una roca —reí.

—Ya veo...

Se metió en la cama y estiró el brazo para que me echara en él, ese simple gesto ya sabía yo que era un gran avance. Me tapó y apagó la luz.

Y ahí estaba yo abrazada a él, con un dilatador anal, para echarse a reír, pero realmente estaba feliz y es que Tristán, me había ganado ese día, el descubrir todo y saber que le pasaba a su corazón, ahora podía entenderlo.

La debió de amar mucho para quedar truncado en un momento y no ser capaz de avanzar, de hacer

cosas que con el paso del tiempo debería de ver normal, pero para él era fallarle a ella y a sí mismo.

Capítulo 13



Desperté notando que el pecho de Tristán subía y bajaba al respirar. Me daba hasta cosa moverme, por si estaba dormido, así que ahí me quedé yo, tranquilita.

Tenerlo así era raro, y más sabiendo que él no se sentía cómodo, pero era comprensible, le entendía mejor que nadie pues había vivido esto durante años con Desiré.

Él seguía aferrado a ese amor que sintió por una mujer y no quería que hubiera nadie ocupando su lugar.

Respiré hondo y me giré para mirarlo, de nuevo estaba con la mirada perdida en un punto fijo del techo.

—¿Es bonito? —pregunté mientras le acariciaba el pecho con la yema del dedo.

—El qué.

—El techo, como no le quitas ojo.

—¡Ah! Bueno, es blanco, como cualquier otro.

—Ya pensaba que tú veías algo distinto a lo que veía yo.

—No, solo es un techo.

—Pues le prestas más atención que a mí, que estoy aquí, desnuda, en la cama contigo —me incorporé un poco y le besé la mejilla— y con un dilatador en el culo, por cierto —susurré, empecé a reír y a él le salió la sonrisa.

Me miró de reojo, lo abracé y me sorprendió dándome un beso en la mejilla.

—Buenos días, Jimena.

—Buenos días.

Me restregué contra él como una gatita buscando caricias, él no hacía nada, le noté hasta nervioso y decidí parar.

—¿Me puedes quitar... ya sabes? —dije, girándome y dejando mi trasero expuesto para él.

—Relájate, ¿vale? —Me pidió y, poco a poco, fui notando que aquello salía de mí— ¿Bien?

—Sí, no me duele mucho. Ha ido raro despertar con eso ahí, desde luego.

—Te acostumbrarás a ello.

—¿Piensas ponerme muchos? —Volví a girarme, esta vez sentándome sobre él y dejando besos en su cuello.

—Alguno, sí.

—Bueno, tú también te acostumbrarás a tenerme así, en plan gatita —murmuré mirándolo a los ojos y vi que arqueaba la ceja.

—¿Gatita?

—Sí, muy melosa y buscando mimos.

—Sabes que yo...

—Tristán, te acostumbrarás, ya verás. Al final serás tú quien quiera tocarme constantemente, acabaré teniéndote como una lapa pegado a mí.

—No sé.

—Yo sí.

Le di un beso en la punta de la nariz y en ese momento empezó a vibrar mi móvil, lo tenía silenciado por las noches así que si había sonado antes ni me había enterado.

Lo cogí y sí, tenía varias llamadas perdidas de Francisca, una de las vecinas de mi madre, que era quien me llamaba en ese momento.

—Buenos días, Francisca.

—Niña, buenos días... ¿Estás cerca de tu casa?

—Sí, más o menos. ¿Qué pasa? —me senté en la cama, preocupada, porque el tono de voz de esa mujer no era el dicharachero de siempre.

—Tu madre... Es tu madre.

—¿Qué le ha pasado a mi madre?

En ese momento se me vino el mundo encima, escuchaba a Francisca hablar y no podía creerlo, era como si estuviera soñando.

Me había llamado varias veces porque, como alguna que otra mañana, se acercaba a casa para ver si mi madre quería tomar café con ella, la había llamado por la ventana y al no contestar, se asomó y la vio tirada en el suelo.

Al no localizarme llamó a emergencias, que mandaron rápidamente una ambulancia y a los bomberos, que fueron quienes abrieron la puerta.

—Jimena... Lo siento mucho, mi niña.

Esas palabras fueron suficientes para saber la gravedad de todo aquello. No necesité que me dijera nada más, era consciente de que mi madre había muerto.

Rompí a llorar como una niña pequeña, el móvil a punto estuvo de caérseme de las manos, pero Tristán lo cogió y empezó a hablar con Francisca.

—Jimena, tenemos que ir al hospital —me dijo mientras me trataba de consolarme, a su manera, que no era otra que con la mano apretándome un poco el hombro.

—Me he quedado sola, Tristán, sola —sollocé— Si no hubiera vuelto a esta casa, si me hubiera quedado con ella... tal vez...

—¡Ey! No te mortifiques, sé lo que estás pensando ahora mismo —y me abrazó.

Yo me aferré a él como si fuera un tronco en mitad del océano.

Ni sé cómo bajé de esa habitación hasta la mía, donde Tristán me ayudó a vestirme. Me llevó a la cocina y Rosalía, al verme y saber lo que había pasado, me abrazó llorando también.

—Hija, lo siento mucho. Venga, tómate un té que te va a calmar.

Me senté en la cocina mientras me preparaba el té, vi a Tristán llamando por teléfono y hablar, pero ni siquiera estaba prestando atención a lo que decía.

Tan solo lloraba, con un dolor en el pecho que me estaba partiendo en dos.

Mi madre era todo cuanto me quedaba en la vida, y ahora ni siquiera la tenía a ella.

Una hora después estábamos Tristán y yo en el hospital, donde nos dijeron que no había error al declarar la muerte de mi madre como una intoxicación etílica.

Si es que sabía que cualquier día me daría un susto, pero es que de este no me recuperaba porque ella, ya no volvería a estar conmigo.

Se había ido para siempre, por culpa de la maldita bebida.

—Enamorarse es un asco —murmuré en el coche de Tristán, de camino al tanatorio donde

tenían ya a mi madre.

—¿Por qué dices eso?

—Mira cómo ha acabado mi madre por eso. Empezó a beber poco después de perder a mi padre, no lo dejó, siguió haciéndolo. Conoció a un hombre con el que parecía que le iba bien, solo que ella seguía bebiendo y él no le quitaba esa mala costumbre. La dejó hace poco y ella, ¿qué hace? Seguir bebiendo más aún, hasta que el cuerpo ha dicho basta. No quiero enamorarme, no quiero acabar como mi madre.

—No tienes por qué acabar como ella.

—Desiré lleva diez años sin estar con nadie, perdió en un accidente al amor de su vida y no ha podido estar con otra persona.

—Igual que yo.

—¿Ves? Tres de tres, Tristán, eso me confirma que no debo enamorarme.

Y me quedé callada el resto del camino, que no es que fuera largo, la verdad.

Llegamos y ahí estaba Francisca, le agradecí en el alma que se hubiera encargado de todo, esas primeras horas, me abrazó y lloró conmigo.

La verdad es que mi madre tenía pocas amigas, poquísimas, pero Francisca no nos había faltado nunca.

Ver a mi madre tras aquel cristal, hizo que casi me desmayara. Tristán me cogió enseguida, llevándome a uno de los sofás para que me sentara. Pidió que me trajeran una botella de agua y empezó a abanicarme un poco.

Muchas de las vecinas estaban allí, preocupadas por mí, algunas lloraban por mi madre, lamentando que se hubiera ido siendo aún tan joven.

El teléfono empezó a sonar, pero no tenía fuerzas ni para cogerlo. Yo ya estaba con las gafas de sol puestas, para que no me vieran los ojos rojos como tomates, y el pañuelo para secarme las lágrimas.

Fue Tristán quien atendió la llamada, le vi levantarse de mi lado y salir fuera para hablar.

Volvió poco después, estiró el brazo mirándome y me dejé mimar.

Recosté la cabeza en su hombro y lloré de nuevo mientras él no se apartaba de mi lado.

Era raro que estuviera así, pero le agradecía que hiciera ese esfuerzo en aquel momento tan jodido de mi vida.

Que sí, tenía mis peleas y mis broncas con mi madre, pero no dejaba de ser eso, mi madre, la mujer que me dio la vida y que tantas veces me abrazó, me curó las heridas y me sacó mil sonrisas.

—Jimena —la voz de Desiré hizo que saliera de ese estado de aletargamiento en el que me encontraba.

—Desi... —de nuevo a llorar, menudo día de mierda me esperaba.

Y lo peor sería el terrible dolor de cabeza que tendría al día siguiente.

—Lo siento tanto, tanto —murmuró, mientras lloraba ella también abrazada a mí.

—Estaba sola, Desi, la dejé sola.

—No, ¿me oyes? No te martirices con eso. Jimena, cariño, tu madre ya sabía que, o cambiaba, o al final la vida que llevaba le pasaría factura.

—Ya sí que no tengo a nadie, a nadie —lloré aún más fuerte.

—¿Y puede saberse qué pinto yo entonces en el mundo? No digas que no tienes a nadie, ¿estamos? Me tienes a mí, joder —me apretó contra ella, llorando, y susurró...— A Fidel, ese niño te quiere con locura, ¿verdad? Y Tristán... a su manera seguro que también le importas. No

estás sola, cariño.

Asentí, miré hacia donde estaba Tristán, que al yo llevar las gafas no me veía los ojos, y me estaba mirando con una pena que me partía el corazón.

Desiré se quedó un rato más a mi lado, Tristán fue mientras a por algo de comer para los dos, pues esa noche yo iba a quedarme allí velando a mi madre y él dijo que no pensaba dejarme sola ni un momento.

Y no lo hizo, pasó las horas ahí sentado conmigo, abrazándome, dándome el cariño y consuelo que necesitaba en ese momento.

Después de cenar me dijo que me recostara en sus piernas y durmiera un poco, pero me costaba conciliar el sueño.

—Sé que es duro —dijo frotándome el brazo—, pero con el tiempo el dolor pasará.

—A ti no se te ha pasado —dije, estaba dándole la espalda y llorando, él no me veía la cara, pero sí mi mano cada vez que me secaba las lágrimas.

—Es diferente, Jimena, soy consciente de ello, tarda, pero el dolor se pasa. Te aseguro que, poco a poco, se va pasando.

—¿Sabes? Lo único que me consuela es saber que, allá donde esté, mi padre la esperaba y están juntos de nuevo.

—Eso es, ya están juntos otra vez. Y tú no estás sola, ¿vale? —me retiró un mechón de pelo y lo colocó detrás mi oreja. Me giré para mirarlo—. No lo estás, Jimena, Fidel y yo estamos contigo.

Volví a recostarme de nuevo, cerré los ojos y dejé que el sueño y el cansancio me llevaran.

Solo necesitaba descansar diez minutos.

Capítulo 14



—Jimena, despierta.

Abrí los ojos al escuchar a Tristán. Estaba tumbada en el sofá y él en cuclillas delante de mí.

—Buenos días. Te he traído un café —dijo apartándome el pelo de la cara.

—Buenos días. Gracias.

Me senté, cogí el vaso que me ofrecía y me lo tomé en silencio, con dolor de cabeza y los ojos hinchados y doloridos de tanto llorar.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Casi las diez. Van a preparar ya a tu madre para...

—Vale.

No le dejé terminar, no quería escuchar esa palabra, no quería porque ni siquiera podía asimilar que ya no estaba conmigo. Que no volvería a verla.

Desiré llegó en ese momento para no dejarme sola, cosa que le agradecí en el alma.

Aunque era cierto que no estaba sola, Tristán me acompañaba, lo había hecho toda la noche. Ni siquiera recordaba el momento en que me quedé dormida en el sofá. Y, entonces, caí en algo.

—Tristán, ¿has dormido?

—Sí, tranquila, di una cabezadita cuando nos quedamos solos.

—¡Ay, Dios! ¡Fidel! Le dejamos todo el día solo —dije poniéndome en pie, casi de un salto.

—Tranquila, Jimena, el niño está con Rosalía.

—Pero, le dije que no iba a volver a irme y...

—¡Ey! Para, ¿quieres? Está bien, hablé antes con él y le dije lo que había pasado. Tiene ganas de verte para darte un abrazo, eso es todo.

Asentí y empecé a recibir de nuevo a las vecinas, todas iban a acompañarme a darle el último adiós a mi madre.

El momento llegó, y me mataba empezar así esa semana.

El lunes más triste de toda mi vida.

No podía dejar de llorar mientras veía cómo metían a mi madre en ese lugar. Tristán no me soltaba, me tenía cogida por los hombros con el brazo, pegada a él, mientras que Desiré me daba la mano y la apretaba de vez en cuando con cariño.

Me despedí de mi madre dejando dos de sus rosas favoritas sobre la tumba, una amarilla y otra blanca.

Agradecí a las vecinas que estuvieran en ese momento tan duro para mí, me despedí de mi amiga y dejé que Tristán me llevara hasta el coche.

Yo es que casi no me notaba ni andar, era como si flotara.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio antes de volver a casa? —me preguntó Tristán poniendo

el coche en marcha.

—Sí, llévame a mi casa, por favor, quiero ver que esté todo recogido antes de irme.

—Vale.

Y ahí estaba, atravesando la puerta de mi casa. Me sorprendí al verla tan entera, pero Tristán me dijo que le había pedido a Desiré el día antes que se ocupara de avisar a los del seguro para que mandaran a alguien de urgencia a cambiar la puerta, solo faltaba que hubieran entrado a robar, vamos.

Eché en un vistazo a la casa, todo estaba recogido. No había rastro alguno de lo que pasara la noche que murió mi madre.

Eso debía ser cosa de Desiré, no tenía la menor duda.

No podía estar ahí, me ahogaba, sentía que me faltaba el aire. Salí de nuevo a la calle, necesitaba respirar. Tristán me siguió y cerró la puerta.

—Vamos a casa, volveremos cuanto estés preparada. Ahora tienes que comer y descansar.

Asentí y subí al coche cuando me abrió la puerta. Miré una última vez a la que había sido mi casa, ese lugar en el que viví los mejores años junto a mis padres cuando era tan solo una niña.

Llegamos a casa de Tristán y, fue entrar por la puerta, y ver a Fidel asomarse desde la cocina. Me miraba con esa carita de timidez que tenía el día que le conocí. Noté que me caían las lágrimas, me arrodillé y abrí los brazos para que viniera.

Y lo hizo, corrió hasta donde estaba y se lanzó a mis brazos. Eso era lo que necesitaba en ese momento, a mi niño. Su olor, sus bracitos alrededor de mi cuello, y esos besos que me daba y me alegraban el alma.

—Fidel, no la agobies —le pidió Tristán.

—No me agobia —dije llorando—, todo lo contrario. Le necesitaba tanto.

Me puse en pie con él en brazos, que no dejaba de darme besos, y fuimos a la cocina donde Rosalía me recibió con un abrazo.

—Mi niña, ¿cómo estás?

—Estoy, que no es poco.

—Venga, vamos a comer.

—No tengo apenas hambre, Rosalía.

—Jimena —ahí estaba la voz dominante de Tristán, sacando ese lado tan suyo de ordeno y mando.

—Tienes que comer un poquito, o te vas a poner malita —me dijo Fidel y sonreí.

—Pero un poquito —contesté.

Tanto Rosalía como Tristán, estaban muy pendientes de mí. Él no dejaba de señalarme el plato para que comiera, por más que le decía con la mirada que no podía, él insistía.

—Me voy a acostar un rato, si no te importa, Tristán —dije, cuando acabé de comer.

—En absoluto, debes descansar.

—¿Va a echar siesta? —me preguntó Fidel, y asentí— Puedo... —Miro a su padre, como con miedo, antes de seguir hablando— ¿Puedo dormir contigo?

—Fidel, no.

—No pasa nada, Tristán, me vendrá bien tenerlo a mi lado.

—Pero, Jimena...

—En serio, necesito al niño, por favor —le pedí, acariciándole la mejilla y él asintió—. Gracias. Vamos, cariño.

Cogí a Fidel en brazos y subí a mi habitación, nos tumbamos en la cama, mirándonos el uno al

otro, y me llegó al alma lo que me dijo.

—Ahora tus papás están juntos en el cielo —me retiró un mechón de pelo de la cara, igual que había hecho su padre, y rompí a llorar—. No llores, hermanita, que no estás sola. Yo estoy contigo, y te voy a querer siempre.

—¡Ay, mi niño! —Lo abracé fuerte, sin poder dejar de llorar.

Que sí, que era yo la que debía consolarle a él en ciertos momentos, que era solo un niño, pero me estaba demostrando tanto cariño en ese momento, que valía su peso en oro.

—Yo también te voy a querer siempre, Fidel, de verdad que sí.

—Jimena, ahora te puedes quedar aquí a vivir, con papá, Rosalía y conmigo.

—Bueno, lo iremos viendo.

—Duerme, hermanita —me dio un beso en la nariz y sonreí.

Nos abrazamos y así acabamos quedándonos dormidos.

Me desperté al notar que me abrazaban por la espalda, me giré y vi a Tristán.

—¿Qué haces aquí? —murmuré, para que el niño no se despertara.

—Cuidaros. Duérmete otro poco —me besó la frente y me acurruqué entre sus brazos.

Que estuviera ahí, dándome ese cariño, dejando a un lado sus normas y abrazándome, era algo que le agradecería siempre.

No sabía qué hora cuando escuché a Fidel cuchichear y también a Tristán. Abrí los ojos y me encontré con la mirada de mi niño y esa sonrisa que me daba la vida.

—Papi —susurró.

—Dime —le escuché a él a mi espalda, seguía abrazándome por la cintura.

—Se ha despertado —soltó una risita.

—Te dije que debíamos callarnos —en ese momento, Tristán me pareció otro niño pequeño, compartiendo travesuras con Fidel.

—Pues ya no hay vuelta atrás, me ha despertado este par de hombres cuchicheando —protesté.

—Venga, vamos a bañarnos y a cenar.

Fidel se levantó y empezó a dar saltitos en la cama. Tristán le pedía que parara, pero él no hacía caso. Me levanté y le cogí para ir a su habitación a bañarlo, mientras lo hacía, Tristán preparó el pijama.

Cuando bajamos Rosalía me había preparado una sopa, a pesar de ser verano dijo que me asentaría el cuerpo, y un poco de pescado.

Cenamos sin mucha conversación, pero tanto ella como Tristán, no me quitaban ojo. Querían que comiera y yo les complacía.

—Buenas noche, papi —dijo besando la mejilla de Tristán, después se despidió de Rosalía y subimos a su habitación.

Esa noche fue Fidel quien leyó todo el tiempo, no me dejó hacerlo porque decía que, por una vez, me iba a cuidar él.

Se quedó dormido poco después, lo besé y salí para irme a la cama. Tal vez me costara dormir, pero debía intentarlo.

—¿Se ha dormido ya? —preguntó Tristán, que me esperaba en el pasillo.

—Sí. Buenas noches, Tristán.

—¿Crees que te voy a dejar sola esta noche? Estás muy equivocada. Vamos a tu habitación.

Me pasó el brazo por los hombros y así entramos, cerrando la puerta tras nosotros.

—¿Estás mejor?

—Sí y no. Duele mucho.

—Lo sé. Venga, acuéstate.

Me puse el pijama delante de él, total, ya me había visto desnuda así que la vergüenza no tenía cabida en ese momento.

Se metió conmigo en la cama, me abrazó y apoyé la cabeza en su pecho.

—Duerme, tienes que descansar.

—Lo sé.

—Mañana será otro día y, poco a poco, el dolor irá pasando, te lo aseguro.

—Tristán.

—Dime.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por esto —lo abracé aún más fuerte y él a mí—, por todo lo de ayer, lo de hoy. Por esforzarte en... ya sabes.

—Tú harías lo mismo —noté que me besaba la frente de nuevo—. Ahora, descansa.

Cerré los ojos y, escuchando el latido de su corazón, tan calmado y acompasado, me quedé dormida.

Capítulo 15



Tenía un dolor de cabeza impresionante esa mañana, estaba pegada a él, que tenía su brazo bajo mi cuello.

—Buenos días, Jimena. ¿Qué tal? —colocó un mechón de mi pelo por detrás de la oreja.

—Bueno... La cabeza me va a explotar.

—Vamos a desayunar y te tomas una pastilla.

—Vale.

Me abrazó y besó mi frente con mucho cariño.

—Tranquila, no estás sola.

—No pasa nada, antes era como si lo estuviera, pero bueno, al menos la tenía.

—Te entiendo, sé qué se siente. Si necesitas que te ayude con el papeleo de la herencia o algo me lo dices.

—No, tranquilo, la casa estaba puesta a mi nombre para que no la pudiera vender por su adicción, así que me hizo una donación en vida y por lo demás, no hay dinero en el banco, ni nada, ella lo guardaba en efectivo en casa. Solo iré un día a limpiar y sacar sus ropas que las entregaré en algún sitio.

—Te ayudaré con ello —besó mi frente de nuevo y me gustó, ya que Tristán no solía besar y que lo hiciera me dejaba más tranquila de que iba él también, poco a poco soltándose, aunque fuera en la frente.

Nos vestimos y cogimos al niño que aún estaba en su habitación y al vernos entrar se le dibujó una preciosa sonrisa.

—Buenos días, mi príncipe —dije acercándome a él y cogiéndolo en volandas.

—He soñado que la piscina echaba espuma —decía con esa vocecilla y riendo.

—Le echamos cinco litros de gel y eso se pone peor que un jacuzzi —le provoqué una risa.

—Ni se os ocurra —contestó el padre desde la puerta.

—Bueno, bueno, parece que alguien dijo algo, pero yo es que no me entero —el pequeño reía escuchándome.

—Más os vale que os haya quedado claro —dijo a modo de broma, cosa que me gustó.

Bajamos a desayunar y Rosalía me sonrió, estaba preocupada por mí y se le notaba bastante.

El pequeño mientras desayunaba jugaba con un héroe de los que yo le había regalado.

—Fidel... —Lo intentó reprender el padre y lo miré de forma que no continuó.

—Sigo sin escuchar lo que dice alguien —cogí el muñeco y me puse a hacerle bromas en la mesa.

El pequeño se relajó y siguió igual, Tristán no volvió a decir nada.

Cuando terminamos de desayunar salimos al jardín trasero.

—¿No trabajas? —pregunté tomando un té y mirando al pequeño que no dejaba de dar vueltas en su cochecito.

—No, ya he terminado todos los proyectos, me quedo todo el verano libre, siempre lo suelo hacer.

—Vaya, pues sí que tienes suerte, no como otras que están internas —reí provocando una sonrisa en él.

—¿Tan mal estás?

—No —sonreí—. Y ahora menos, me gusta que te estés abriendo y yo poder comprenderte.

—Eres muy buena.

—No, intento ser justa, pero tengo unos cojones que no conoces, cuando me da el enfado...

—Ya, ya —casi se rio y a mí eso me alegraba el alma.

—Había pensado en algo, después de todo lo que me has dicho creo que Fidel se merece mucho más...

—¿Y?

—Quizás le podría alegrar mucho irnos unos días a uno de esos hoteles que tienen parques de niños y actividades, en primera línea de alguna playa bonita.

—Me parece una genial idea eso de que os vayáis unos días.

—No me has entendido, nos vamos los tres —arqueó la ceja.

—No tienes que gastarte dinero de más por mí, de verdad.

—En esto, no hay nada que hablar y es parte de tu trabajo —carraspeó.

—¿Y dónde dices que nos vamos? —pregunté haciéndome la interesante.

—Pues donde quieras, había pensado irnos a Tenerife...

—¡Me encanta! Allí está el Loro Parque y va a disfrutar muchísimo el peque.

—Sí, conozco la isla —medio sonrió y ni quise preguntar si fue con ella.

—Pues por mí...

—Luego reservo el viaje.

—¿Cuándo nos iríamos?

—Si puede ser, mañana mismo.

—Me va a venir genial para no pensar mucho.

—De eso se trata también.

Y es que lo de mi madre había sido tan inesperado que me había dejado sin aliento, es verdad que desde hace mucho mi cuerpo se estaba preparando para que pasara cualquier cosa, no comía, solo bebía y estaba en tan mal estado que demasiado aguantó su cuerpo.

Pasamos toda la mañana en el jardín con el pequeño, yo me puse a jugar con él en la piscina. Tristán, también se metió y le echamos un montón de agua, el pequeño me miraba alucinando por cómo estaba cambiando las cosas conmigo allí y es que él, le tenía demasiado respeto al padre.

Allí mismo nos puso la comida Rosalía, así que tal como iba comiendo el pequeño, sus ojitos se iban cerrando.

Lo cogí y lo eché sobre una tumbona que estaba protegida por una sombrilla y ahí lo puse a dormir la siesta.

—Ahí es donde tiene que estar, los días de sol tiene que aprovecharlo y dormir al aire libre —dije a modo de riña.

—Está bien, no digo nada —su sonrisilla me encantaba.

Tras tomar el café nos echamos en una hamaca cada uno, nos quedamos dormido de la brisilla tan buena que nos daba ahí.

Cuando abrí los ojos tenía al pequeño sentado mirándome.

—Hola, principito. ¿Llevas mucho despierto?

—Me he tomado un batido que me trajo Rosalía.

—Qué bueno entonces —miré al padre que nos miraba, estaba despierto.

Tomamos un café y estuvimos ahí hasta la hora de la ducha en que me llevé al pequeño y su padre se fue a su habitación a buscar el viaje y ducharse.

Durante la cena nos vino con la noticia de que nos íbamos de viaje, yo me hice la sorprendida y el pequeño se emocionó muchísimo, no dejaba de tocar las palmas y sí, nos íbamos al día siguiente, pero por la tarde, así que por la mañana prepararíamos todo.

Lo acosté y fui a ducharme, luego subí a buscar a Tristán.

Llamé a su puerta y me dijo que, adelante. Aquella habitación me impresionaba mucho parecía un mundo aparte.

—¿Qué tal? —preguntó abrazándome.

—Vengo a por ti, no pensarás que voy a dormir sola.

—¿Dónde quieres dormir?

—Me da igual, pero contigo —me sinceré sin quitar mi cabeza de su pecho.

—Vamos —cogió mi mano y me llevó al cuarto del terror, que no era tan terror, ya que me estaba gustando ese lugar y las cosas que sentía ahí.

Entré y me guio hasta el borde de la cama donde se deshizo de mi ropa y me sentó con esa media sonrisa que advertía que me dejara llevar y claro, que lo haría.

Colocó un banco de madera delante de mí, entre mis piernas y fue a por varias cosas que no había visto antes, ni era nada de lo que había utilizado.

Me puso una cinta por los ojos y me dejó a ciegas, sonreí, me pareció algo muy excitante. Luego me echó hacia atrás y levantó mis piernas, dejándolas al filo y abiertas, me hizo echar mis caderas hacia fuera. La verdad es que la sensación era bastante buena, a oscuras y expensas de entregarme para recibir ese placer que a él le gustaba darme.

Escuchaba como cogía todo, incluso como de nuevo se ponía esos guantes de látex y se echaba gel.

Lo comenzó a extender con sus manos, por mi clítoris, vagina y ano, yo soltaba el aire lentamente notando ese placer que me producía. Me gustaba como me penetraba y jalaba hacia él, como su otro dedo se abría paso por detrás mientras los otros me penetraban y acariciaban el clítoris, estaba a dos manos.

Me volvían locas sus manos, su forma de tocarme, de excitarme, estaba agarrada a las sábanas y retorcida de placer, aquello me estaba encendiendo tanto que pensé que iba a explotar.

Grité como siempre, como él conseguía que hiciera y me corrí con todos esos dedos dentro de mí, aquello fue impresionante.

Noté como me limpiaba de nuevo, mientras me agarraba la cadera con la otra mano.

Luego me metió por la vagina una especie de bolas, sabía que eran las llamadas chinas, me había hablado mucho de ello Desiré.

Solté el aire al notar como las llevaba al final y me presionaban, pero me dejaba llevar, confiaba en él y disfrutaba con ello.

Volvió a meterme lo de la noche aquella por atrás, costaba un poco esta vez, pero con su tacto y mi predisposición, entró con su dedo y la colocó bien.

—Vas a dormir genial —dijo levantándose y me quitó el antifaz.

—No lo sé, pero me caigo de sueño.

—Vamos —me llevó al lado de la cama y me ayudó a entrar.

Quito todo de en medio y se metió a mi lado, me abrazó sin pedirlo y me dio un beso en los labios mientras apagaba la luz, aquello para mí fue el mejor regalo en esos momentos, un abrazo y un beso en los labios sin haberlo tenido que pedir.

Capítulo 16



Desperté con una sonrisa al notar eso dentro de mi interior ¿Cómo podían existir esos juguetes que eran tan placenteros y que fuera tan tabú para muchas personas?

Miré hacia el lado y no estaba Tristán, pero no me dio tiempo a pensar, cuando entró por la puerta con dos cafés y se sentó a mi lado.

—Buenos días —me puso uno en mis manos cuando me senté contra la pared—, pensé que te apetecería tomar uno.

—Buenos días, claro, gracias — estaba tapada con las sábanas y aguantando la risa de la sensación que me causaba esos juguetes en mi interior.

Se levantó y fue a la bañera para llenarla.

—¿Nos vamos a bañar juntos? —pregunté apretando los dientes.

—Te vas a bañar tú, yo me quedo sentado a tu lado.

—Ah no, te metes conmigo o no me baño.

—Está bien —arqueó la ceja.

—¿En serio te voy a ver desnudo? —pregunté riendo.

—Casi me has visto.

—Bueno, ya sabes que no del todo —carraspeé.

—Anda ven —dijo cuando terminé el café, estaba sentado en la bañera.

Me acerqué a él y me giró, me hizo un gesto con su mano para que abriera las piernas y aguantó con una cadera con la mano y con la otra sacó con cuidado lo de atrás, luego lo de adelante, lo puso en una servilleta y lo tiró.

—¿No valen ya? —pregunté riendo.

—Son desechables —me señaló la bañera para que me metiese.

Entré y el agua estaba a temperatura perfecta, vi cómo se desnudaba y vino hacia mí.

—Madre mía, y que no la uses —me reí refiriéndome a su imponente miembro.

—Bueno, eso no es totalmente cierto —se puso detrás de mí y me agarró por la cintura, otro gesto que le hacía andar un pasito.

—¿Lo haremos algún día? —pregunté con segundas.

—Sí —murmuró y besó mi cuello—, claro que sí.

Me giró y fue directo a mis labios, rodeándome con sus brazos, nos fundimos en un beso de esos que son como un imán y se atraen como los polos opuestos, duró un buen rato, era como que no nos podíamos despegar.

Terminé girándome y me senté de cuclillas encima de él.

—Hazlo —le pedí de corazón—. Además, estoy tomando la píldora —me eché a reír en su hombro.

Noté que se la agarró, me levantó un poco, la puso en mi entrada y fui bajando hasta tenerla completamente dentro de mí. No dejábamos de mirarnos, comencé a moverme con la ayuda de sus manos que iba marcando los movimientos, vi un brillo en sus ojos que no había visto hasta ahora y lo escuché aguantar esos gemidos, fue un momento tan bonito y esperado que no quería que se acabara.

Besó mis pechos y los mordisqueó, noté que iba intensificando sus ganas y que se estaba dejando llevar de corazón, lo deseaba, eso se notaba y a mí me causaba mucha felicidad.

Mordió mi hombro con cuidado cuando se corrió, yo me quedé ahí sentada sobre él, besando su cuello, no me quería ni separar, terminamos con un precioso abrazo que duró un buen rato.

—Gracias por haber entrado en mi vida —dijo con ese tono serio.

—Ah no, a mí me lo dices sonriendo y con cara sexy, no con cara de funcionario de prisiones — me reí levantándome un poco para darle libertad a su miembro, pero me senté de seguida de nuevo.

—Gracias —esbozó una media sonrisa— por haber venido a alegrar un poco mi vida.

—¡Te como toda la cara y lo que no es la cara! —lo besé.

—Te voy a confesar algo —echó mi pelo hacia atrás y lo miraba jugueteando con él.

—Claro, confíesame todo —sonreí.

—Yo tenía otra chica seleccionada de los currículums para cuidar a Fidel, pero me llegó el tuyo como último y no lo iba ni a leer, pero al ponerlo sobre la mesa vi tu foto y me entró un cosquilleo que, desde que ella se fue, jamás había sentido por nadie.

—¿De verdad? —pregunté alucinando.

—Te lo prometo —me pegó a él—. Fue verte en persona y más me removí por dentro.

—Y la mejor manera que tuviste de acercarte fue metiéndome en este cuarto. ¡Ole tus huevos! —me reí y a él también se le escapó una leve carcajada, al final iba a ser para él la mejor terapia y todo.

—No sabía hacerlo de otra manera.

—¿Y cuándo se te ocurrió lo de esta habitación?

—Dos días antes de que llegaras.

—Me estás diciendo...

—Sí —afirmaba con esa media sonrisa.

—Me estoy quedando a cuadros, te lo juro —me reía incrédula, esa era la palabra, pero por lo poco que lo conocía, sabía que se estaba abriendo en canal.

—Tengo la sensación de que llevas aquí mucho tiempo.

—Yo también y te juro que cuando lo pienso me quedo flipada de cómo se me fue la pinza contigo, no sé cómo permití ciertas cosas tan rápido, pero eras como un imán al que necesitaba atraer.

—Ni yo —contestó esbozando una sonrisa de esas que deja entrever la carcajada.

—¡Qué malo eres! —Le di un puñetazo flojo en el hombro y me apretó fuerte contra él.

Volvimos a besarnos entre sonrisas, miradas y sin necesidad de decir más nada. Estábamos a gusto, se percibía esa tensión sexual que había entre nosotros, estar así desnudos era un verdadero regalo de la vida.

Salimos a secarnos y me fui con la toalla liada a mi cuarto, a vestirme para bajar a desayunar, me asomé y el pequeño seguía durmiendo, así que me puse a preparar hasta la maleta del viaje, luego haría la del niño.

—Hola —dijo Fidel, asomando su cabecita en mi cuarto.

—Hola, mi amor —me fui corriendo hacia él, para cogerlo en brazos y abrazarlo.
—Nos vamos de viaje.
—Sí, cariño, nos vamos a Tenerife, verás que divertida es esa isla.
—Tengo ganas de montarme en el avión.
—En unas horas estaremos volando —lo cogí como si fuera un avión y bajé con él así, el padre nos vio y siguió arqueando la ceja y le hice una pedorreta con la boca y lengua fuera, que el pequeño se echó a reír a carcajadas.

Capítulo 17



—Me estoy asustando —murmuró el pequeño cuando el avión despegó.

—Yo también —me eché a reír cogiendo su mano—. Es la primera vez que me subo a uno —le dije al oído, causándole una risita—, pero vamos, que no pasa nada ya en nada se pone recto y parecerá que estamos en la butaca del cine.

Tristán nos miraba, iba en ventanilla, el niño en medio y yo en pasillo, los tres juntos, así que nos escuchaba y arqueaba la ceja.

—Ahora pasará el carrito y os pido algo para que merendéis.

—Vale, papi —sonreía con los nervios que resaltaban a simple vista.

Y no tardó en aparecer el carrito, el niño murmuró que quería un batido y un donut, así que se lo pedí, su padre y yo nos pedimos unos cafés con unas galletas.

—Papá, ¿me vas a dejar comer todos los helados que quiera en el viaje?

—Por supuesto que no.

—Por supuesto que sí —intervine haciendo un gesto con los ojos a Tristán, para que ni replicara.

—No tiene límites —protestó.

—Bueno, eso está por ver —el niño me miraba como diciendo que tenía valor en contestar al padre. ¡Vamos qué si lo tenía!

—Jimena...

—¿Qué? —hice un gesto de burla y le saqué la lengua. Miré de reojo al pequeño que aguantaba de reírse.

—Jimena...

—Me vas a borrar el nombre, papá —solté y ahí sí que rompió a carcajadas Fidel.

—Le has dicho papá.

—Sí, hijo, es que no sé ni lo que me toca, si jefe, papá o lo mismo cualquier día me entero de que es mi novio y me muero —bromeé consiguiendo hacer soltar una risa hasta al mismísimo Tristán y al pequeño no digamos...

—Pues si tú le llamas a mi papá, papá, pues yo te llamo a ti mamá y así jugamos todos.

—¡Me encanta, hijo! —dije aplaudiendo y consiguiendo que se rieran los dos, sí los dos. A este paso a la vuelta traía a un Tristán nuevo.

—Mi papá se rio —murmuró el pequeño, pero hasta el padre lo escuchó que arqueó la ceja medio sonriendo.

—A tu padre te lo dejo este viaje listo para trabajar en el circo, ya veremos las carcajadas que suelta, aún no me conoce —le decía al pequeño que no dejaba de reír a sabiendas que Tristán, estaba más atento aún a todo lo que decía.

—Mi papá es arquitecto.

—Sí y a la vuelta también será humorista, tú veras —le hice un guiño al pequeño que se iba a mear encima y yo veía al padre que se le escapaba esas sonrisas de ver a su hijo así.

—Me estoy arrepintiendo de haberos traído...

—¿Qué dices, papá? —le solté a Tristán—. Si llevas dos hijos que somos dos luceros.

—A ver, si hay que jugar prefiero que juguemos al matrimonio que llevan a su hijo a Tenerife de viaje.

—Tristán ¿Al matrimonio? —Me metí en el papel para hacer reír al pequeño y ver su reacción—. ¿Tú y yo? No sé si le gustaría a un muchachito que hay por aquí —ladeé la cabeza varias veces señalando al pequeño que se moría de la risa.

—A mí sí, además serías mi mami si luego lo hacéis de verdad —se puso las manos en la barbilla apoyando los codos a sus pies.

—¡Si es que te quiero con toda mi alma! —me lo comí a besos—, pero no veo a tu padre casándose con la empleada.

—No te veo así —intervino mirándome serio, pero con ganas de sonreír.

—Bueno, ¿y cómo me ves? —sonreí y señalé mi oreja mirando al niño para que escuchara que iba a responder su padre, el pequeño no podía dejar de reír, tenía un buen sentido del humor y lo pillaba todo.

—La mujer que espero que nunca nos abandones a Fidel y a mí —me hizo un guiño y el niño se puso la mano en la boca riendo y mirándome.

—¿Toda la vida aguantando a ustedes todos? —Los señalé y veía que Tristán afirmaba con esa sonrisilla.

—Bueno y nosotros a ti —dijo el pequeño y me puse las manos a cada lado.

—¡Pero niño! Encima que te defiende me llamas pesada —saqué morros a modo de enfado.

—No, es para que no te canses de aguantarnos, pues te aguantamos un poco nosotros.

—Ya, que te has liado —le hice cosquillas.

—Sí —decía a carcajadas.

—Entonces que me quede claro... ¿En qué plan vamos de vacaciones?

—De vacaciones.

—¡Fidel! —me eché a reír, no lo había pillado.

—Pero al final, ¿tu padre es mi padre o qué es?

—Tu novio —se echó a reír y el padre arqueó la ceja, más me reí, nos debía de estar escuchando todo el avión.

—Y si tu padre es mi novio... ¿Tú y yo qué somos?

—Tú madre, y yo hijo.

—Y yo el Espíritu Santo, amén —se santiguó Tristán y nos tuvimos que reír. Madre mía lo que se estaba soltando.

Nos pasamos un vuelo en el que creo que Tristán rio más que en todos estos años, fue de lo más divertido y eso que esto no había hecho más que empezar.

Aterrizamos en Tenerife y un coche nos esperaba para llevarnos a un hotel que estaba en una preciosa cala privada y que nos pusieron nada más llegar una pulserita de esas de “Todo incluido”.

—De aquí me sacan con veinte kilos de más —dije mientras seguíamos al maletero hasta nuestra habitación.

—Entonces si no nos hubieran puesto la pulsera no podríamos comer —murmuró el pequeño

mirándosela.

—No es eso hijo, es que con esta puedes beber y comer lo que quieras que no lo tienes que pagar, es gratis, regalo con el viaje —me eché a reír.

—Vale, mamá —sonrió.

—¡Te como! No se puede ser más bonito —lo cogí en brazos mientras andaba para darle unos besitos.

La habitación era gigante, una cama de matrimonio más grande de lo normal, y una camita individual pegada a la pared, además de un baño impresionante y una zona de minibar toda llena de bebidas y snacks, al fondo una terraza con unas vistas a la piscina y cala.

Me acordé de mi madre, bueno, no me la podía quitar de la cabeza, pero era como si me hubiera puesto una coraza para no sufrir. ¿Por qué tenía que hacerlo? Claro que dolía, pero no tenía que mortificarme, tenía que asumir que le llegó su hora o ella se la buscó, pero no quería recordarla sufriendo, quería hacerlo con recuerdos de algunos momentos en los que estaba bien.

Dejamos las cosas y bajamos a cenar, el hotel estaba de lo más animado y el pequeño miraba a todos lados alucinando.

Nos sentamos en una de las terrazas de los innumerables restaurantes y bares que había por los jardines, ese era especializado en marisco, así que nos pedimos una bandeja que aquello era para alucinar, no le faltaba de nada, hasta el pequeño soltó un “wow” y eso que se estaba quedando dormido, estaba cansado del viaje.

Cenamos y tomamos un vino, al final me senté al niño en mi falda y lo pegué a mi pecho mientras tomaba algo, así se quedó dormido y a mí me daban solo ganas de apretarlo y comerlo a besos, ojalá hubiera sido mi hijo, era todo amor.

Nos dieron al final charlando y bebiendo las doce de la noche, estábamos súper a gusto y el niño dormía plácidamente sobre mí.

Tristán lo cogió de mi falda para irnos a la habitación y llevarlo él en brazos, de mí yo no me fiaba ni de bromas, vamos con dos copas capaz de rodar al niño por esa cuestecita que teníamos que pasar para cortar camino.

Le quité la ropa y le puse una camisetita, lo tapé y ni se inmutó el tío, estaba en el séptimo sueño y tan bien.

—Serías la madre perfecta para Fidel... —murmuró cuando nos metimos en la cama y me echó sobre su hombro.

—Sería el hijo perfecto —sonreí. No tienes ni idea de la suerte que tienes.

—Lo sé, hoy me encantó ver cómo lo hiciste reír y lo feliz que se le veía y me sacó algo tan bonito de dentro de mí, que hasta tuve miedo.

—¿A qué tuviste miedo?

—A sentirme como me siento y luego perderlo todo.

—Y, ¿cómo te sientes? —Este era el niño de los acertijos solo se entendía él.

—Creo que estoy sintiendo algo muy bonito y fuerte —besó mi frente—. Eres la única persona capaz de hacerme sonreír aparte de Fidel.

—Pues no entiendo porque tienes miedo, no soy tan mala persona —me crucé de brazos y puse cara triste.

—Eres la mejor persona del mundo —hablaba tranquilo y tocando mi pelo—, además me gusta tu carácter, tu personalidad, la mujer de armas a tomar que eres y a la vez totalmente sensible. Me gusta como defiendes al niño y como le das esa felicidad que ni yo era capaz de darle, eres todo aquello que llegó a nuestras vidas y las cambiaste por completo. Mírame, mis primeras

vacaciones con él —besó mis labios.

—Tristán, es muy bonito todo eso y la verdad que hasta se me hizo un nudo en la garganta, pero, ¿me quieres decir algo?

—Quiero que te quedes en nuestras vidas, no como esa persona que lo cuida, sino como esa persona que lo va a proteger como a su propia vida y quiero que me sigas curando este corazón, que me dejes demostrarte que, poco a poco, seré el hombre que fui y que jamás conociste y sé que te gustará, quiero que seas con la mujer con la que envejezca y que...

—Para, que te juro que se me está bajando la tensión —me reí poniéndome la mano en el pecho y levantándome un poco—. Te prometo que no me estoy riendo de lo que has dicho que es algo precioso, pero estás dando muchos rodeos.

—¿Quieres compartir una vida junto a mí? —dijo girándome y poniéndome, mirando hacia él, teníamos encendida solo la luz del baño que estaba un poquito abierta por si se levantaba el niño.

—¡Ya me quedo sin cobrar! —Me reí.

—Conmigo no te faltará de nada.

—No busco que me resuelvan la vida, pero yo no tengo nada que ofrecer, solo el piso de mi madre que lo voy a alquilar, lo he estado pensando y así me saco un dinero todos los meses.

—Claro, pero no lo tendrás que usar, te repito que conmigo no te faltará de nada.

—¿Me dejarás verme con mi amiga y apuntarme al gimnasio mientras el niño está en clases?

—Claro, eres libre de hacer todo lo que quieras, jamás te prohibiría nada —me besó—. Además, el gimnasio y los desayunos con tu amiga, os lo pago yo —sonrió.

—¿Me estás comprando? —resoplé riendo.

—No, pero estaría dispuesto a hacerlo —carraspeó.

—Entonces, acepto —me reí y lo besé.

Era obvio que, entre broma y broma, todo era verdad, pero me encantaba verlo ilusionado y que fuera yo esa persona, me gustaba verlo sonreír, soltar sus sentimientos, que rompiera su silencio y que se atreviera a volver a vivir, no de la forma en la que lo estaba haciendo.

Nos besamos un buen rato y disfruté de esa sonrisa que se le quedó todo el tiempo, además tenía una dentadura que era para estar todo el día enseñando, brillante y blanca, era impresionante...

Capítulo 18



Esos días en el hotel fueron como un soplo de aire fresco y es que lo pasamos genial, alquilamos un coche y fuimos un día al Loro Parque, donde el pequeño alucinó con las actuaciones de los delfines y las orcas.

Otro día fuimos a Siam Park, un parque de atracciones de agua que es alucinante, ahí el niño se lo pasó pipa, pero bueno que el padre y yo también lo estábamos disfrutando de lo lindo.

Un día subimos al Teide, le expliqué al pequeño un poco y le fascinó llegar hasta arriba, le conté que el volcán estaba dormido y que algún día despertaría, pero no hoy, eso se lo dejé bien claro y se reía aliviado.

También aprovechamos para pasar dos días visitando pueblos y comprando recuerdos, además Tristán me regaló varias cosas, una pulsera que me puse de plata, un sombrero, un collar, un vestido. La verdad es que nos estaba mimando mucho al pequeño y a mí, me llevaba siempre por el cuello inclusive me besaba delante del pequeño que aplaudía feliz y eso sí, no dejaba de llamarme mamá y lo hacía con felicidad.

Pasamos ocho días en los que disfrutamos hasta de un día en el hotel completo, pero la verdad es que no nos quedamos más porque a los tres nos gustaba ver cosas a quedarnos ahí anclados en plan, turista total.

Esos días me acordé mucho de mi madre, le hubiera encantado saber lo que estaba naciendo entre Tristán y yo, además que sentía que era algo que iba a durar en el tiempo, notaba que era un hombre de verdad, de esos que llegan para quedarse.

Cuando volvimos del viaje fuimos a despejar mi casa, Desiré nos ayudó, doné toda la ropa de mi madre y me quedé los recuerdos y algunas cosas, lo demás lo dejé para el alquiler que, por cierto, se lo quedaba la hija de una vecina que se quería ir a vivir con el novio, ya que los dos trabajaban, así que fue rápida la gestión.

Por supuesto yo me instalé en la habitación de Tristán y no en la de los juegos ni en la que ya ocupaba, sino en la suya, esa que parecía que jamás abriría para nadie y lo hizo para mí.

Tristán comenzó a sacar ese hombre que escondió mucho tiempo, que vivía aferrado a algo que no dejaba escapar, pero comenzó a cambiar desde aquel viaje, sonreía y hasta Rosalía, se emocionaba al verlo siempre con la sonrisa.

Pasamos el verano de playa, salir a comer, llevar al niño a un parque, a un McDonald, a vivir como una familia normal.

Fidel estaba loco de contento, me quería y se notaba en esos abrazos que me daba mientras me comía a besos, o siguiéndome a todas partes, era mi grano en el culo como yo lo llamaba, pero era mi amor, ese pequeño me ganó a lo grande.

Yo me apunté en septiembre al gimnasio en el que trabajaba Desiré, así que por las mañanas

llevaba al pequeño al cole, luego me iba a desayunar con mi amiga y una hora de gimnasio, allí me duchaba y luego a las once me iba a un curso de inglés hasta la una, así iba con tiempo para recoger al pequeño. Me quería sacar los títulos y ese era mi sueño, así que Tristán, me apareció un día con una tarjeta de que era aceptada en esa academia y él había pagado el curso, fue todo un detalle.

Él trabajaba por las mañanas, de ocho a dos, luego por la tarde la dedicaba a pasarla con nosotros, ayudábamos a Fidel con la tarea, aunque más que ayudar lo acompañábamos, pues la hacía perfectamente solo y luego merendábamos, un poco de distraer al niño y ducha para dormir que los días entre semana lo acostábamos temprano para que descansara bien.

Los fines de semana salíamos, o incluso alquilaba una casita en el campo o cualquier cosa, pero siempre hacíamos algo, aunque a veces nos quedábamos en casa relajados, pero la vida para ellos comenzaba a ser normal, es más, ya lo era, eso era lo que más feliz me hacía sentir.

Luego llegaron las primeras Navidades y la verdad es que hacía muchos años que no la recordaba con tanta ilusión. Lo preparamos todo precioso, el jardín con luces, el salón con un árbol blanco y los adornos en rojo y plateados, unos farolillos por alrededor, aquello cogió un ambiente navideño de lo más bonito.

Esos días Rosalía se fue con su familia dos semanas, así que yo preparé la cena y comida de Navidad, por supuesto Tristán me ayudó, pero yo fui la que elegí que preparar y todo eso, menos el marisco, él lo encargó y lo trajo fresco con una pinta espectacular y si hablamos del sabor...

El día de Papa Noel, Fidel alucinó al ver el salón, se lo preparé todo de globos, los regalos bajo el árbol y algunos repartidos por el salón, no le faltó detalle y es que le di muchos dolores de cabeza con eso a Tristán, lo tenía todo el día diciendo de ir a por esto o por lo otro para el niño, además de lo que pedíamos por Internet, pero es que todo me parecía poco.

Ese día yo le di la primera mi regalo a Tristán, era un precioso reloj que compré en una joyería y me dejé un mes de lo que gané del alquiler, pero me hacía ilusión regalárselo.

Él me sorprendió con una preciosa sortija con la que se puso con una rodilla en el suelo y me pidió delante del niño que me casara con él y fuera oficialmente la madre del niño, que le pusiera mi apellido. No veas lo que yo lloré.

Hasta el pequeño Fidel lagrimeó, aquello fue precioso y, por supuesto acepté. Los quería como a mi propia familia y los sentía como tal, yo quería ser esa figura materna que tuviera el pequeño para toda su vida y como no, ser la mujer de ese hombre que entró pisando fuerte y que robó mi corazón.

Y ese cuarto, ahí se quedó, algún que otro sábado nos íbamos allí después de tomar unas copas, me encantaba jugar entre sus manos, dejarme llevar por él y disfrutar del momento, con él todo valía.

Así es como comenzó mi nueva vida, esa que me gustaría que hubiera disfrutado mi madre sin ese maldito problema, pero segura de que donde estuviera, estaría feliz y orgullosa de ver lo que era mi nueva familia y lo feliz que era junto a ellos...

Epílogo



Podía decir, con absoluta certeza, que había vivido los años más felices de mi vida al lado de Tristán, ese hombre serio y reservado, y Fidel, el niño que me robó el corazón con su primera sonrisa.

Concretamente cinco años, el tiempo que había pasado desde que empecé a trabajar como niñera interna en su casa.

En estos años había sido consciente de la verdad que hay en las palabras de “La vida da muchas vueltas”, y tanto que sí que las da.

¿Por dónde empiezo?

Después de esa sorprendente propuesta de matrimonio que me hizo Tristán en nuestras primeras Navidades juntos, solo unos meses después de que me pidiera que viviera con ellos como su familia y no como una empleada, la vida había girado como en una rueda y habíamos pasado por momentos buenos y malos, como cualquier familia, pero afrontándolos unidos.

Fidel era mi hombrecito, mi niño del alma como dijera en su día la tonadillera más famosa de España, el dueño absoluto de mi corazón, pero, sobre todo, era mi hijo. No lo había llevado en mi vientre, ni siquiera pasé por esos dolores de parto, pero era mío, y es que no es necesario vivir esas dos experiencias para sentirse madre o padre y, mucho menos, para que el vínculo entre madre e hijo sea fuerte, resistente e irrompible.

En cuanto Tristán me propuso matrimonio empezamos a moverlo todo para que me permitieran darle mis apellidos a Fidel. El niño estaba encantado, siempre con esa sonrisilla nerviosa que me tenía enamorada y preguntando si ya era mi hijo oficial.

Desde el viaje a Tenerife en el que lo de mamá e hijo empezó como una broma, no había día que no me llamara así, y yo a él.

Era mi debilidad, y por ese motivo tenía alguna que otra peleílla con Tristán, que no dejaba de poner los morros hacia fuera cuando se enfadaba conmigo, pero, claro, por la noche llegaba ese escarmiento que él decía y...

Bueno, ya os hacéis una idea de lo que pasaba en ese cuarto.

Tan solo decir que yo de allí salía como vencedora absoluta en lo que a nuestro hijo se refería.

Empezamos con los preparativos de la boda, iba a ser en verano y algo sencillo, tan solo estaríamos nosotros, Rosalía, Fidel, Desiré y un socio que tenía Tristán y del que no supe nada hasta ese momento, además del oficiante del enlace.

Lo celebramos en el jardín de la casa, y para los poquitos que fuimos, tanto a Desiré como a su socio, Alexander, les dijimos que se vinieran con una pequeña maletita con ropa de baño y para cambiarse al día siguiente, íbamos a tenerlos el fin de semana en la casa con nosotros.

Que sí, solo había una habitación disponible, la que yo ocupaba cuando me contrató, pero mi

hijo se llevaba tan bien con su tía Desi, como él la llamaba, que dormirían juntos.

Recuerdo el día de mi boda como si no hubiesen pasado cuatro años.

Los nervios, las risas con mi amiga que fue la encargada de peinarme y maquillarme, fui su conejillo de indias y primera experiencia oficial, pues la tía había empezado, poco después de morir mi madre, a hacer un curso para dedicarse a eso y no me había contado nada.

—*Hija, bastante tenías tú con todo lo tuyo* —me contestó ella.

Y me dejó preciosa, las cosas como son. Tirabuzones por toda la melena, recogida a un lado con un bonito pasador con cristales y perlas. Un maquillaje natural donde resaltaba el rosa de mis labios.

Y el vestido, enamorada me quedé al verlo.

Blanco, de gasa, la falda con una caída perfecta y un vuelo al moverme que iba a hacer las delicias de mis bailes.

El corpiño tenía escote en V y tirantes finos que se unían en la parte trasera del cuello en dos tiras hasta la cintura que quedaban por la espalda.

Toda esa parte estaba al descubierto, así que, más fresquita para un caluroso día de verano.

—*Por cierto, llevo un año viniendo a esta casa, y no me has enseñado nunca ese cuarto del terror* —me soltó Desiré, así, como quien no quería, y la miré por el espejo arqueando la ceja.

—*¿Serás cotilla?*

—*Chica, que es para ver si es como el de juegos del Grey*

—*Pues te vas a quedar con las ganas* —me encogí de hombros, pero sabía que esa mujer no iba a parar hasta que lo viera, así que...

—*Jesús bendito!* —gritó cuando entramos, a escondidas, como cuando éramos niñas y hacíamos una de nuestras travesuras.

—*Ese tiene que estar escandalizado de lo que hay aquí, así que no le nombres mucho, que el día que te llegue la hora de partir, igual no te recibe San Pedro* —empezamos a reírnos y ella fue de un lado a otro mirándolo todo.

Estaba como yo el primer día, impactada, pero, a diferencia de mí, a ella le veía en la carita que tenía curiosidad por probar algunas cosas.

—*¿Se puede saber qué hacéis aquí las dos?* —la voz de Tristán resonó en el cuarto, y yo corrí a esconderme detrás de mi amiga.

—*¡No me puedes ver antes de la boda, por Dios! Hijo, que eso da mala suerte* —protesté.

—*Contesta, Jimena. ¿Qué hacéis aquí?*

—*Desi quería verlo y...*

—*Yo tengo uno en mi casa, te lo muestro cuando quieras* —escuché que decía Alexander, y noté a mi amiga estremecerse.

Lo que podía salir de aquella proposición, que yo ya era una experta en esos menesteres.

Los chicos bajaron y nosotras después, vamos, que a mí no me volvía a ver ese hombre con el vestido de novia antes de tiempo ni muerta.

No tenía padre, por lo que mi paseíllo desde la casa hasta el altar lo haría sola, pero cuál fue mi sorpresa al llegar hasta la puerta, cuando me encontré a Fidel esperándome. Con sus pantalones grises de lino y una camisa blanca.

En cuanto me vio a aparecer, sonrió, se irguió y me ofreció el codo para que me agarrara a él.

—*¿Lista, mamá?* —preguntó mi pequeño caballero de seis años.

—*Más que lista, hijo.*

Y allí que fuimos los dos, por la alfombra blanca que habíamos puesto hasta el atril en el que

nos esperaban Tristán y el oficiante.

Rosalía estaba sentada junto a Desiré y Alexander, la mujer lloraba como una niña pequeña, emocionada a más no poder, mientras mi amiga le frotaba la espalda para calmarla un poco.

Al verme aparecer, mi futuro marido me regaló esa sonrisa que no había dejado de aflorar en sus labios desde el viaje en avión a Tenerife.

—*Aquí está mamá, como te prometí, te la he traído* —le dijo Fidel. Tristán asintió, me cogió la mano y la llevó a sus labios para besarla.

—*Estás preciosa, mi vida* —sonrió.

Él estaba guapísimo también, vestido igual que nuestro hijo, pantalones de lino gris y camisa blanca.

Una boda de lo más veraniega, sí señor.

Corta pero emotiva, así fue la ceremonia, en la que mi amiga nos dedicó unas bonitas palabras y Rosalía nos deseaba todo el amor y la felicidad del mundo.

Allí mismo en el jardín comimos, un rico menú preparado por Rosalía y por mí, que no se me iban a caer los anillos por hacerlo, como alguna vez dijo mi madre cuando yo era pequeña.

Comimos, reímos, bailamos y vi que Alexander estaba muy pendiente de mi Desi.

Según Tristán, ese hombre estaba muy interesado en ella.

—*Si solo la quiere para unos juegos de esos... no, ¿eh? Que esa mujer lleva once años ya sin estar con nadie* —le dije yo.

—*Conozco bien a Alexander, y créeme, no es solo para jugar para lo que la quiere.*

Por la noche, en cuanto mi hijo empezó a quedarse dormido, Rosalía se lo llevó a la cama y ahí nos quedamos los cuatro, tomando unas copas y disfrutando de ese cielo cubierto de estrellas.

Tardamos poco en ir a ponernos los trajes de baño y meternos en la piscina.

El alcohol me había desinhibido, como solía pasarme siempre, y acabé comiéndome a besos a mí ya marido, mientras Desi me decía que me lo llevara a un hotel.

Me reí a carcajadas y, ni hotel ni leches, que Tristán me cogió en brazos y así salió de la piscina, conmigo, para llevarme a nuestra habitación donde disfrutaríamos de nuestra noche de bodas.

La luna de miel la pasamos en un bonito hotel en Gran Canaria, yo no quería irme muy lejos por el niño, que si nos necesitaba estuviéramos cerca, y como decía Tristán, “tus deseos son órdenes para mí”.

Bueno, no en todo que en el cuarto del terror le gustaba mandar a él.

Fueron diez días de lo más románticos, desayunando en la suite, comiendo en los mejores restaurantes de la isla, y esas cenas en la terraza, con vistas al mar, impresionantes.

Y de allí, de aquel viaje donde hubo risas, turismo, y mucho amor, nos vinimos con sorpresa. Sí, como los huevos Kinder.

Así mismo me veía yo unos meses después, antes de que naciera nuestra hija.

Sí, íbamos a tener una niña, la princesa de la casa. Fidel estaba encantado con la noticia, y mi amiga Desiré más todavía, decía que iba a malcriar a su ahijada. Así mismo se proclamó ella, madrina oficial de mi niña, y le pedimos a Alexander que fuera el padrino.

Llegó el día del nacimiento y, por un momento, me acordé de mi madre el día que tuve que darle una ducha, fría, sí, ese en el que temí que la hubiera poseído el maligno, y es que así estaba yo, con los ojos saltones como dos huevos, gritando a todo pulmón y llamando de todo a mi marido. Si en ese momento me hubiera visto soltar espumarajos por la boca, no me habría sorprendido ni un poquito.

—*Jimena, tranquila, que ya está a punto de nacer* —me decía Tristán.

—*¡No me vuelves a meter esa cosa por ahí, en tu vida! ¡¡Que te la corten!!*

Las enfermeras se reían, yo gritaba, jadeaba y sudaba como un cochino en el matadero, me quería morir, estaba notando que me partía, qué dolor, y las horas que estuve así, que era primeriza y de las auténticas. Mucho dilatar, muchas contracciones, pero la niña ahí bien cómoda, hasta que, tras un último empujón, espatarrada delante de todo ser viviente que había en esa sala, escuché el llanto de mi hija y rompí a llorar yo también.

—*Eres una campeona, mi vida. Lo has hecho muy bien* —dijo Tristán, que lloraba casi tanto como yo, antes de besarme en los labios.

Y la vi, sobre mi pecho, tan pequeñita y frágil que supe que nada ni nadie le haría daño en la vida.

La iba a querer tanto como a su hermano mayor, porque sí, yo acababa de ser madre por primera vez después de un parto doloroso, pero tenía dos hijos a quienes nunca les iba a faltar el amor de esta que habla.

—*Dalia* —dije con una sonrisa.

Miré a Tristán y se quedó sorprendido, y es que así era como se llamaba su novia, aquella muchacha que le arrebataron antes de tiempo y de un modo atroz.

—*¿Estás segura?* —me preguntó.

—*Sí. De algún modo fue ella quien nos unió, por ella no eras el Tristán de siempre, y yo te ayudé a recuperarte, porque su memoria así me lo pedía, aunque no la conociera a ella.*

Tristán me abrazó llorando, me besó y después lo hizo en la cabecita de nuestra hija.

—*Hola, Dalia, soy tu padre.*

Reí, porque en ese momento parecía Darth Vader, pero se le veía tan feliz que el secreto que mejor había guardado en mi vida, había merecido la pena no ser revelado hasta ese último momento.

Y mi niña creció sana, feliz, y con esa misma sonrisa que Fidel también heredó de su padre. A sus tres añitos, era la consentida de la casa.

Tristán con ella había dejado de ser el padre severo y controlador que conocí cuando entré a trabajar para él. Si la niña pedía algo, a su corta edad, él se lo daba.

Yo temía que Fidel se pusiera celoso, o que algún día me dijera que su padre quería más a la niña que a él, pero una tarde que dormíamos los tres en su cama, me demostró no solo cuánto quería a su hermana, sino que él mismo daría la vida por ella llegado el momento.

—*Mamá, ¿te acuerdas las veces que reñiste a papá porque no me dejaba hacer algunas cosas?* —preguntó.

—*Sí, ¡qué lucha tuve! Anda que no le costó entender que eras un niño, no un anciano de cuatro años.*

Empezó a reír y al ver a Dalia hacer gorgoritos, le besó la frente y la abrazó.

—*Me alegro que no sea así con mi hermanita. Y que ya no lo sea conmigo.*

—*Hijo, vuestro padre os quiere mucho, sois lo más valioso que tiene, se preocupa y os cuida.*

—*Lo sé, y ahora yo también cuidaré de Dalia.*

Tenía la familia más bonita del mundo, estaba completamente enamorada de mi marido y de mis dos hijos.

Cada día con ellos en estos años lo atesoraba como un gran tesoro. No cambiaría ni uno solo.

Ni siquiera el peor de todos, cuando Tristán se llevó al niño de casa y eso fue lo que ocasionó que yo hiciera las maletas y me fuera por donde una vez había llegado.

Ese fue el motivo por el que estaba hoy aquí, cinco años después, casada con él y siendo la madre de sus dos hijos.

—Mamá —me giré al escuchar a Fidel, mi pequeño caballero de diez años—. La tía Desi al teléfono —dijo entregándomelo.

—¿Y tu hermana?

—Sigue dormida, Rosalía está pendiente.

—Vale, gracias mi niño.

Le di un beso en la mejilla y esperé a que se fuera para hablar con aquella loca, qué le pasaría ahora.

—A ver, ¿qué quieres? Estoy en el jardín de mi casa, tomando un zumo de frutas, esperando a que mi marido baje del despacho donde, por cierto, el tuyo le está entreteniéndome.

—Estoy embarazada.

—¿Qué? Pero, ¡eso es maravilloso! Felicidades, mujer.

—De felicidades nada, que a Alexander creo que no le ha hecho mucha ilusión.

—Desi, ¿estás loca? Pero si ese hombre se desvive cuando está con mis hijos en casa.

—Tú lo has dicho, tus hijos, que él siempre será el tío guay y eso, pero no quería ser padre, te lo digo yo.

—Hija, de verdad, menudos añitos me estáis dando. Cinco años que os conocéis, uno que si sí, que si no, que si venga cenamos, pero me dejás pronto en casa. Que vale, no digo que te llevara a su cuarto de juegos la primera noche, pero hija, que le tuviste al hombre tres años demostrándote que te quería.

—Joder, no me echés la bronca. Ya sabía él lo que había, y le pareció bien.

—¡Y tanto qué sí! Que en cuanto le dijiste que te lanzabas a la aventura de conocerlo, te llevó al altar sin que lo supieras. Así de enamorado estaba ese hombre. ¿Y crees que no va a querer ser padre contigo? Te has vuelto loca.

—¿Y qué hace en tu casa? Porque allí lleva una hora, justo el tiempo que hace que se enteró de lo del Kinder.

—¿Y a mí por qué no me ha dicho nada? Verás, me va a oír.

Y mientras mi amiga me pedía a gritos que no le dijera nada, yo subía las escaleras con un cabreo de tres pares. Vamos, que no me cuenta nada el señorito y encima la deja sola en casa y llorando. Yo, lo mataba.

Abrí la puerta con una mala leche, que cuando Tristán me vio arqueó la ceja.

—¿Cuándo coño pensaba usted decirme que voy a ser tía, señor Alexander?

—Jimena... —Miré a mi marido y sin hablar le pedí que se callara.

—¿Te ha llamado Desi? —me preguntó Alexander.

—Al teléfono la tengo llorando, que la dejás sola, comiéndose la cabeza una hora, y te encierras aquí. No estarías bebiendo, ¿verdad? —por Dios, acababa de convertirme en mi madre.

—Mi vida, tranquila, que solo ha venido para hablar de una buena reforma en su casa. Quiere ampliarla —Tristán me cogió por la cintura y en ese momento Alexander, me quitó el teléfono para hablar con su mujer.

Sonreí de esa manera maliciosa a la par que pícara que de vez en cuando me salía, y Tristán soltó una carcajada.

—¿Serás mala? Acojonado has dejado al pobre hombre.

—Que se aguante, por la que ha liado por salir de su casa y sin decir nada. Claro que, a la otra loca, ya le vale, que me llama unas horas después para contármelo. Vaya pareja, de verdad.

—Nosotros no éramos así, ¿verdad? —Se inclinó y empezó a besarme el cuello.

—No —jadeé al notar que sus manos ya estaban por otros lugares de mi cuerpo que no eran la cintura.

—Eso me parecía.

Me cogió por las nalgas y me sentó en la mesa de su escritorio, mientras me besaba y, poco a poco, se deshacía de mi braguita y me levantaba el vestido.

—Tristán... que tenemos visita... —protesté, pero me estaba empezando a excitar de una manera, que ya sabía yo cómo iba a acabar todo eso.

—Chsss, tranquila, tú, solo déjate llevar.

Y lo hice, me dejé llevar como aquella primera vez en la bañera de su cuarto del terror, como la vez en la que fui yo quien pidió que me llevara allí y acabó dándome ese placer que a él también le llenaba por aquel entonces.

Me dejé llevar, sí, y me dejaría llevar, por él, por mi Tristán, siempre, una y mil veces más.

Porque, ¿qué es la vida si no nos dejamos llevar de vez en cuando?